

TÚ Y YO
TENEMOS

• ALGO •

PENDIENTE

CARLOTA MANZANO



TÚ Y YO,
TENEMOS
• ALGO •
PENDIENTE
CARLOTA MANZANO

TÚ Y YO,
TENEMOS
• ALGO •
PENDIENTE
CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Tú y yo, tenemos algo pendiente

Carlota Manzano

©julio, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Tú y yo, tenemos algo pendiente

Carlota Manzano

©julio, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



«La palabra pasado habla por sí misma: ya fue, quedó atrás... Pero en ocasiones, aplicar su significado y echar mano al olvido, se convierte en una tarea difícil si te acompaña en el presente, de una forma u otra. La vida da muchas vueltas, tantas, que no sabemos dónde nos llevará, lo que viviremos, dónde terminaremos o a quién volveremos a encontrar. En algún punto, en algún lugar, caminos que se separaron pueden volver a coincidir en espacio y tiempo. Y es ahí, en ese momento, cuando se sabrá si solo quedan retazos de recuerdos del pasado, o, por el contrario, este regresa con fuerza para resonar en el presente. El problema o no, según se mire y para quién, viene cuando los sentimientos que quedaron pausados, apartados, dormidos en una especie de calma e indiferencia, haciéndote pensar que ciertas etapas estaban superadas, resurgen dándote de frente con la realidad que te habías esforzado en negar».

Olaya

La música sonaba a mi alrededor, mis piernas temblaban a cada paso rápido que daba mientras intentaba controlar la respiración alterada, provocada por el esfuerzo que llevaba haciendo desde hacía aproximadamente una hora y media. Me encontraba en mi ático, más concretamente subida a la cinta de correr que tenía en la habitación destinada para ella.

Me quedaba poco para bajarme, ya había hecho mi sesión intensa de correr y había bajado el ritmo los últimos minutos poniéndome a caminar ligera, mientras veía a través de la ventana cómo la lluvia caía con fuerza. Ese era el motivo por el que no había salido de casa, aunque no era la primera vez que me aventuraba a hacer deporte en el exterior en unas condiciones parecidas. Pero el día se había hecho interminable en el trabajo y, simplemente, no me había apetecido poner un pie fuera una vez dentro.

Bajé la mirada para comprobar el tiempo y pulsé el botón que paró la cinta. Con un suspiro me bajé saliendo de la aplicación de música en el móvil y me dirigí hacia la cocina para hidratarme. Estaba sedienta y le puse remedio bebiendo dos vasos de agua despacio, los que me supieron a gloria.

No hacía frío, a pesar de cómo estaba el tiempo. Era verano, el calor y el agobio eran constantes y no daban tregua, incluso durante las noches. Fui hacia la habitación y una vez en ella, entré en el baño para darme una ducha. El día llegaba a su fin, así me lo repetí cuando el agua me caía sobre la cabeza.

Un día para olvidar, eso había sido, al igual que se había repetido desde que regresé del último viaje. El detonante de ello se inició cuando mi padre me llamó a su despacho. Trabajaba en su empresa, tenía los estudios necesarios y me había formado y preparado a conciencia para ocupar un puesto junto a él, siendo la persona en la que recaía la mayoría de las responsabilidades. A pesar de la tranquilidad y facilidad que supuso para mí no tener que preocuparme por entrar en el mundo laboral buscando un puesto, teniendo la ventaja que os he comentado, me costó tomar la decisión.

Me llevaba genial con mi padre, no me suponía ningún problema estar codo a codo con él, con un mismo fin. A lo de que me costó me refiero a que, una vez que terminé mis estudios, me planteé seriamente si tomar un camino diferente y totalmente opuesto. De hecho, los dos años siguientes después de finalizar el máster de *marketing* los ocupé en trabajar en otro sector.

Quise probar para quitarme la espinita y las dudas. No me fue para nada mal, la verdad, todo lo contrario, pero con el paso del tiempo me di cuenta de que me faltaba algo, de que no me llenaba como había sido mi propósito al querer volar por libre. Esa sensación, sumándola a que mi padre a la mínima de cambio, cada vez que veía una oportunidad para ello, no paraba de tentarme y de dejar caer con comentarios que me uniera a él, me hicieron tomar la decisión definitiva.

Llevaba en el negocio familiar seis años, me sentía realizada, con ilusión, con energía y vitalidad. Todo perfecto, ¿verdad? Hasta ahí, hasta la mañana de hacía una semana y media en la que mi padre me llamó para que me reuniera con él en su despacho. Os pongo en antecedentes retrocediendo en el tiempo, para que sepáis por qué lo digo...

—Don Matías, qué gusto escuchar su voz antes incluso de sentarme en la silla. ¿A qué debo el honor de su llamada?

—Por lo que veo te has levantado graciosa —habló con humor—. Te espero.

—Que sea con un café bien cargado porque la graciosidad no quiere decir que haya dormido mucho esta noche.

—Ven aquí y explícame eso.

Con una sonrisa colgué y giré en mitad de mi despacho, dirigiéndome hacia la puerta. Como le había dicho, acababa de entrar y fui a darle encuentro. Saludé a varios empleados en la poca distancia que me separaba de su despacho y cuando estuve en la puerta llamé dando unos golpecitos con los nudillos, haciéndolo reír porque lo hice cuando ya había dado varios pasos dentro.

—¿Mala noche? —me preguntó recostando la espalda en la silla.

—Llevo varias igual. —Me encogí de hombros sin perder la sonrisa al ver el café que me esperaba encima de su

mesa.

Me acerqué y cogí la taza una vez que me senté enfrente de él.

—¿Hay algo que no me hayas contado? ¿Es por el trabajo? —Frunció el gesto.

—No empieces a crearte suposiciones porque no hay ningún motivo —aseguré después de saborear el primer sorbo—. Ni yo lo sé, así que... será el calor.

—¿Con el aire acondicionado? —Levantó una ceja.

n—Anda, dime qué quieres desde tan temprano. Normalmente hasta después de las diez no das señales. —Apoyé los brazos en la mesa.

—No podía alargarlo, esta noche tienes que salir de viaje.

—¿Cómo? —Esa vez la que frunció el gesto fui yo—. No me dijiste nada ayer.

—Es que no lo he sabido hasta que he abierto los ojos, bueno, para ser más exacto, hasta que no he encendido el móvil al levantarme —negó—. Estamos a punto de conseguir un contrato muy jugoso, ¿te acuerdas de la empresa Debon?

—¿En serio? Ya sabes que sí. —Captó mi interés.

—Pues estamos a nada de conseguir firmar el contrato. —Sonrió—. Quería llevarlo hasta el último momento en secreto para darte la sorpresa. Tenía la intención de cerrarlo yo, pero en la información que he recibido detallan que la reunión debe realizarse pasado mañana, sin falta. Viajarás y harás noche en la ciudad y mañana asistirás a un evento. Por lo visto han organizado una fiesta bien entrada la tarde que se alargará, y al día siguiente cerraréis el trato. Ya sabes que estoy muy liado con otro cliente importante y durante varios días no puedo moverme de aquí.

—¿No me digas? Que calladito has estado —negué emocionada—. Lo último que me dijiste es que se estaban haciendo de rogar y todo por culpa de nuestra competencia más directa.

¿Y quién era nuestra competencia más directa? La única que podía entorpecernos para conseguir nuestros propósitos y llegar a nuestros objetivos, porque el resto de las empresas que trabajaban en nuestro sector no podían competir con nosotros. Había sido así desde hacía muchísimos años, tiempo en el que continuábamos en los primeros puestos de fiabilidad y eficacia. Ya entraré en detalles porque mencionar lo que englobaba esa competencia me toca la moral.

—Así es, tampoco te di datos erróneos. Por eso quiero asegurarme, para estar tranquilo. Tienes que salir urgentemente para reunirte con ellos porque los Emerson nos pisan los talones. Es una gran oportunidad y no podemos perderla, ni fallar.

—¿Cómo se han enterado? Hemos sido muy meticulosos y que yo sepa, era confidencial. —Hice una mueca.

—No tengo una respuesta para ello, ya me gustaría. El caso es que lo han hecho y como no, quieren posicionarse los primeros y dar al traste con lo que llevamos trabajado hasta el momento.

—Ni en sueños. —Me levanté despacio—. Voy a dejar preparadas varias cosas y me voy para casa para preparar una pequeña maleta.

—Perfecto, cariño. —Me sonrió—. Ya están avisados de que vas tú. No tengo dudas de que lo conseguirás —asintió—. Voy a reservar los billetes y te paso la información.

Me bebí el café de golpe y le dediqué un guiño a mi padre antes de darle la espalda y dirigirme hacia la puerta para ponerme con lo que le había dicho.

—Olaya. —Me giré cuando tenía el pomo agarrado.

—¿Sí?

—Mete más ropa de la que has pensado, puede que se alargue unos días la negociación.

—¿Tan mal lo ves? —Levanté una ceja.

—Nunca se sabe hija, mejor ser precavidos.

—Cuenta con ello —asentí—. Me llevo toda la documentación.

—Toda tuya y a por todas.

Lo dejé riendo al salir de su despacho con el puño en alto. A por todas, me repetí mientras iba directa a mi despacho. Me apresuré en recopilar toda la documentación perteneciente a la empresa Debon y cuando la tuve dentro del maletín, me centré en lo más urgente que debía dejar cerrado.

—¿Olaya? —Levanté la cabeza hacia la puerta, viendo a Paula asomándose.

—Dime. —Le sonreí.

—Necesito que revises una documentación antes de llevarla a contabilidad. —Entró levantando una carpeta.

—¿De qué se trata? —La cogí.

—De unas transferencias que hay que hacer —asentí haciendo una pasada visual rápida.

—No puedo pararme a ello, tengo que salir de viaje. —Cerré la carpeta al comprobar que eran bastantes—. Llévasela a mi padre, él se encargará por esta vez. —Se la acerqué para que la cogiera.

—Vaya, no sabía nada.

—Ni yo hasta hace unos minutos. —Reímos.

—Pues te dejo tranquila —asintió.

—Gracias, calculo que en una hora estaré fuera de la empresa. Si te surge algo importante házmelo saber igualmente.

—Ah, no, que después sales echando humo de aquí —negó divertida—. A partir de ya, solo entraré al despacho del jefe.

—Haces bien. —Sonreí de medio lado—. Dale trabajo que lo he visto muy relajado. —Le hice un guiño, haciéndola reír.

—¿Te vas muy lejos? ¿Por cuántos días?

—Al norte y ni idea, según lo que se alargue la negociación. —Me encogí de hombros.

—No hace falta que lo diga, pero mucha suerte y que vaya muy bien —dijo dedicándome una sonrisa.

—Gracias, Paula. Siempre es bien recibido.

Intercambiamos varios comentarios más y volví a quedarme sola. Me aislé de todo lo que había de puerta para fuera de mi despacho y una hora y media después, salía dejándolo todo cerrado y con lo que necesitaba a cuestas.

—Me voy —avisé a mi padre desde el marco de la puerta de su despacho, estaba abierta.

Apartó la mirada de la pantalla del ordenador y asintió mientras se levantaba para acercarse a mí.

—Mantenme informado de todo, ¿de acuerdo? —me pidió, abrazándose.

—Sabes que lo haré. —Le sonreí cuando nos separamos.

—Cuenta con que verás alguna presencia no grata en la fiesta de mañana por la noche, los Emerson no se apartarán fácilmente. Para que vayas mentalizada y no se te hinche la vena y acabes explotando. —Apretó los labios, conteniéndose para no reír.

—Tarde para eso. —Le hice un guiño, provocando que terminara soltando una carcajada.

—Ya te he enviado los billetes de avión y la información del hotel al que tienes que dirigirte con la reserva hecha. También te he pasado la acreditación para la fiesta de mañana y los datos de donde se realizará. Allí ya concretarás la hora de la reunión que se llevará a cabo en la empresa Debon.

—Tranquilo —le presioné un brazo—, ni que fuera la primera vez que viajo por lo mismo.

—Tienes razón. —Puso los ojos en blanco, haciéndome sonreír—. Tengo una sensación rara y me hace estar más en alerta.

—Pues relájate porque vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos, lo demás sale de nuestro control y solo podemos enfrentar lo que sea de la mejor manera.

—Lo sé, hija. Confío en ti plenamente, pero no quiero que sientas el agobio de la responsabilidad si algo sale mal. No nos vamos a hundir si no firmamos ese contrato.

—Pero perderíamos algo muy beneficioso.

—Sí, pero no sería el fin del mundo si...

—Vale, relájate. De camino a casa voy a llamar a mamá para que cuando llegues a casa, te haga olvidar el trabajo y las responsabilidades. —Reí.

—Me parece perfecto. —Se unió a mí en las risas.

Volvimos a abrazarnos, a darnos dos besos y nos despedimos hasta que volviéramos a hablar y a vernos.

Capítulo 2



Eran las nueve y cuarto de la noche cuando salí del aeropuerto de La Coruña, yendo directa hacia la parada de taxis tirando de la maleta. El recorrido hasta el hotel duró quince minutos. En cuanto pagué, me despedí del taxista y lo tuve todo conmigo, me dirigí hacia el interior.

—Buenas noches, tengo una reserva —le hablé a la recepcionista, dándole mi documento de identidad.

—Buenas noches, enseguida lo compruebo. —Me sonrió y asentí.

Medio giré mientras ella trabajaba, observando el vestíbulo y la decoración. Las sensaciones que daba eran muy buenas porque todo lo que vi me encantó.

—Ya está. —Llamó mi atención la recepcionista—. Aquí tiene su documentación. —La dejó encima del mostrador mientras se levantaba. Regresó dejando una llave electrónica de mi habitación—. Que tenga buena estancia.

—Muchas gracias. —Le sonreí—. ¿A qué hora cierra el comedor?

—A las diez, le da tiempo. Puede ir directamente ahora.

—Sí, mejor —asentí.

Así lo hice cuando me despedí de la chica. Seguí sus indicaciones y fui directa al comedor porque eran las nueve y media, y no me apetecía salir para buscar un lugar donde cenar. Antes de la hora de cierre salí y llegué frente a la puerta de mi habitación.

En cuanto entré dejé la maleta, el maletín y el bolso encima del banco que había a pie de la cama e hice una parada rápida en el baño. En ese momento me acordé de que no había quitado el modo avión del móvil y fui a buscarlo dentro del bolso. En cuanto tuve línea empezó a sonar con varias notificaciones de llamadas y de mensajes.

Sonreí sentándome en la cama. Los mensajes eran de mis amigas, Iraide y Salma, y las llamadas de mis padres. Lo primero que hice fue devolverle la llamada a mi madre, comentándole de que ya estaba en el hotel.

—Ay, hija, podrías haber avisado antes. Con algún simbolito de esos que pones en los mensajes ya hubiera sabido que habías llegado bien —se quejó nada más descolgar.

—¿Cómo querías que llegara? —Apreté los labios, divertida—. No me he acordado de activar el móvil y he salido directa a por un taxi para llegar cuanto antes al hotel al ser de noche.

—Yo qué sé. —Bufó—. ¿Qué haces? Dámelo, que todavía no he hablado con la niña —se quejó y escuché su voz alejada, señal de que mi padre le había quitado el teléfono.
a

—¿Todo bien, cariño? —me preguntó.

—Sí. —Reí—. ¿Más relajado desde que estás en casa?

—Ya sabes que la respuesta es afirmativa. —Reímos.

—Acabo de subir de cenar, he llegado muy justa de tiempo. Ya estoy en la habitación.

—Perfecto, pues descansa y mañana hablamos.

—Igualmente, os quiero.

—Igual que nosotros, cariño. Te queremos.

Colgué riendo porque mi madre seguía protestando a su lado, cada vez elevando más el tono. Ahora le tocaba el turno a él para calmarla, sonreí negando por ese pensamiento. Me acomodé en la cama, apoyando la espalda en el cabezal y entré en la aplicación de mensajes, en la conversación del grupo que tenía con mis amigas. Empecé a leer desde el último mensaje que les envié en el aeropuerto.

y

Olaya: *Salgo de viaje en menos de una hora. Nos vemos a mi vuelta.*

Empezaron a reaccionar una hora y media después, cuando salieron de los trabajos.

Iraide: *¿Qué me dices? ¿Dónde vas y por cuánto tiempo? Y lo más importante, ¿cómo no nos has dicho nada hasta ahora? Confiesa pecadora, ¿con quién te vas de viaje? Seguro que tienes al lado a Pol, ¡qué fuerte! Salmaaa, ¿dónde estás? Apareceee... ¿Tú sabías algo? Qué manera de mantenerme en la ignorancia. Es eso o es que no me entero de nada de lo que pasa a mi alrededor, ja, ja, ja...*

o

Iraide: *¿Estoy sola aquí? Pues nada, hablaré conmigo misma porque el día ha sido caótico y necesito desahogarme de la forma que sea.*

,

Iraide: *Como he dicho, ha sido para olvidar por una persona en concreto. En este momento vosotras diríais casi a la vez, ¡por Luca! Pero como no estáis ya lo digo yo. Sí, el muy impresentable ha estado todo el día paseándose por delante de mi mesa, moviendo el culo con cada paso que daba, poniéndome taquicárdica mientras me miraba de reojo con una sonrisa pícaro de medio lado. Me he cabreado conmigo misma porque se me baja hasta la tensión y no dejo de buscarlo por cada rincón. ¿Os lo podéis creer? Joder, que se deje de tantas miraditas, tonterías y paseos, y que me lleve al archivo oscuro para hacer las cosas en condiciones, leches, que una tiene sangre en las venas. Ah, no, ni lo digáis, no seré yo quien haga un movimiento de ese tipo, porque ya se lo tiene demasiado creído como para que encima, le dé un subidón por mí. Así no se puede trabajar, ahora mismo estoy bufando, acalorada y más mosqueada aún porque vuelvo a pensar en él. ¿Cómo os quedáis?*

Iraide: *Esto de hablar sola no mola, ¿eh? ¿Dónde narices estás Salma? Hace más de media hora que has salido del trabajo y me estás leyendo.*

Salma: *Aquí, ja, ja, ja... Entretenida dejando que te desahogues. Olaya, ¿adónde te has ido? ¿Por aire, mar o tierra? Chica cómo te gusta hacer las cosas en un visto y no visto.*

Iraide: *La madre que te parió que más buena no puede ser, pero la hija... Ya te vale, ja, ja, ja... Una duda aclarada, tú tampoco sabías nada.*

Salma: *Pues no, nos falta saber el destino, el motivo y si tiene pegado a ella a Pol.*

Iraide: *Si ha tenido la suerte de saber lo del viaje no hay duda de que se ha apuntado, ya te lo digo.*

Salma: *¿Más tranquila con lo de Luca?*

Iraide: *Ni un poco, pero es lo que hay. Estoy pensando seriamente en cambiar de trabajo. Si es que soy tonta, está jugando conmigo, llevándome a su terreno y eso que ni me ha tocado. Me cago en todo.*

Salma: *¿Qué dices? ¿Con lo bien que estás ahí? Ni se te ocurra, antes haces que lo abandone él.*

Iraide: *No puedo rebatir eso, pero la verdad es que la opción que os comenté hace varias semanas cada vez tiene más peso.*

Salma: *¿Sigues con ello en la cabeza?*

Iraide: *Sí, y para colmo, ayer se volvieron a poner contacto conmigo. Están muy interesados en que me una a ellos.*

Salma: *¡No fastidies! ¿En serio? Pues sí que van fuertes y a por todas, no se dan por vencidos.*

² **Iraide:** *Espera, desconecto un rato que Canela está maullando y solo puede ser por un motivo, la ha liado.*
t

Salma: *Ve a su rescate, yo voy a la ducha.*

Hacía casi una hora que no estaban en línea y sonreí empezando a teclear.

Olaya: *Buenas noches, preciosas. Hace un rato que llegué a La Coruña y al hotel. Antes de subir a la habitación me he parado a cenar algo porque no quedaba mucho para que cerraran el comedor. Ya estoy en la habitación, en la cama y de aquí no pienso moverme hasta mañana. He tenido que viajar urgente por trabajo. Ni Pol, ni nada, estoy sola y tengo una reunión muy importante, pero para eso aún queda un día entremedio en el que asistiré a una fiesta que empieza a última hora de la tarde y que se alargará, al menos hasta que consiga mi objetivo para el día siguiente en el que necesito cerrar el contrato con la empresa que me ha traído hasta aquí. Voy a ponerme el pijama y se terminó el día.*

Dejé el móvil a un lado y me levanté para hacerlo. Una vez cómoda fui al baño y sonreí antes de salir al escuchar el sonido de varios mensajes. Llegué a la cama y me subí a ella, cogiendo el móvil.

Iraide: *¡¡Por fin das señales!!*

Iraide: *Estaba a nada de llamar a tu padre para saber algo de ti. ¿Hasta cuándo estarás ahí?*

Olaya: *Como mínimo hasta pasado mañana que será la reunión, pero puede alargarse unos días más. No lo sé, según vaya todo. ¿Qué ha hecho Canela?*

Iraide: *Hacerme la cortina del salón más ventilada. Ha dejado agujeros por cada una de sus uñas y de los tirones que ha dado. Se ha quedado enganchada a ella y no podía soltarse.*

Olaya: *Mejor para el verano, ¿no?*

² **Iraide:** *Eso, tú defiéndela como siempre, ja, ja, ja...*

Olaya: *Será que tú no lo haces, es tu niña mimada.*

Iraide: *Normal, no tengo otra. —*Acompañó a sus palabras con un emoji sacando la lengua y otro con ojos de

corazones.

Salma: *¡Eh! Ya estoy al día después de leerlos. Buenas noches, cariños.*

Estuvimos hablando durante un buen rato, hasta que nos despedimos. Puse el móvil a cargar y lo dejé en la mesita de noche, apagado. Lo mismo hice con las luces, acomodándome en la cama, dispuesta a dormirme. No tardé en hacerlo porque llevaba arrastrando muchas noches el sueño y porque no había parado en todo el día de un lado al otro. Sorprendentemente dormí toda la noche, sin interrupciones, un descanso que fue muy bien recibido.



Estaba terminando de arreglarme en el baño, retocando el maquillaje que me había puesto, cuando el teléfono fijo de la habitación sonó. Caminé ligera hacia él y descolgué.

—Su taxi ha llegado, la espera en la puerta principal —me informaron desde la recepción.

—Muchas gracias, enseguida bajo.

Colgué y me aligeré. No tenía nada más que hacer, estaba preparada y haciendo tiempo hasta que llegara porque hacía unos veinte minutos que había solicitado un taxi para ir a la fiesta. Me paré frente a un espejo de cuerpo entero y me alisé el vestido que me había puesto.

Iba elegante, pero que resaltara. La tela se ajustaba al cuerpo, marcando mi silueta, hasta varios dedos por encima de las rodillas. En la parte alta uno de los hombros quedaba al descubierto, por el otro pasaba un tirante mediano sujetando el vestido. No tenía mangas, aunque la temperatura donde estaba distaba mucho a la que estaba acostumbrada. Me alegré de echar una pequeña chaqueta que combinaba perfectamente y no le restaba elegancia al conjunto, así lo comprobé delante del espejo mientras me la acomodaba y me retiraba el pelo que había dejado suelto, solo sujetando varios mechones por un lado de la parte delantera para tener la cara despejada.

Caminé hasta la maleta y me subí a los zapatos de tacón que ya tenía preparados, cogiendo un bolso pequeño en el que metí el móvil que era lo único que me faltaba por guardar. Lista para enfrentar la noche salí decidida de la habitación, guardándome la tarjeta de acceso.

Saludé a la chica y al chico que había en ese instante detrás de la recepción, recibiendo lo mismo por parte de los dos y en cuanto di un paso fuera del hotel vi el taxi parado a poca distancia justo enfrente. Me acerqué sonriendo hasta él y entré, facilitándole al taxista la dirección a la que tenía que ir.

Eran las ocho, la claridad del día continuaba, lo que propició que estuviera atenta a todo el recorrido que hicimos, fijándome en los detalles de las calles y zonas por las que pasamos.

—Ya hemos llegado —me informó el taxista cuarenta minutos después, parado frente a un edificio, mirándome a través del espejo retrovisor interno.

—Gracias. —Busqué la tarjeta en el bolso y se la di para pagar.

Mientras me la devolvía llevé la vista hacia el edificio, observando toda la zona.

—¿Estamos a las afueras? —Me interesé.

Lo único que acompañaba al edificio era una gran zona verde, en la que se te perdía la vista hacia cualquier lado a que miraras.

—Más o menos, esta dirección está bastante apartada.

—Vale, pues calcularé el tiempo para cuando tenga que reservar el taxi de regreso —dije pensativa.

—Puede descargarse esta aplicación. —Me ofreció una tarjeta y la cogí—. En pocos minutos lo tendrá reservado ; no fallará en llegar a la hora que le digan.

—Muchas gracias. —Le sonreí.

Me despedí de él y me bajé, ajustándome la chaqueta al cuerpo. La temperatura era un poco fresca y empecé a caminar hacia la entrada principal para ponerme a cubierto. Le di mis datos al hombre que estaba junto a ella, enseñándole en el móvil la acreditación que me envió mi padre y no tardó en darme paso al interior.

Solté un pequeño suspiro al instante, al notar el cambio de temperatura mientras me adentraba en el edificio, siguiendo las indicaciones de varios carteles que llevaban a una gran puerta. Frente a ella me paré escuchando una melodía que venía del otro lado. Miré el pasillo en las dos direcciones, sin encontrar a nadie y me decidí a abrir después que quitarme la chaqueta.

—Señorita Olaya. —Me giré al escuchar mi nombre, cuando había dado unos pasos dentro del gran salón.

—Hola. —Le sonreí al dueño de la empresa Debon, ofreciéndole una mano.

—Es un placer tenerla con nosotros. —Evité mostrar alguna diferencia en mi expresión, ni ninguna reacción.

¿El motivo? Las caricias que me hizo en la mano, una vez dejó de apretármela aceptando mi saludo. La que, por cierto, todavía no había soltado y necesitaba que lo hiciera. No era la primera vez que tenía delante a ese hombre,

a David, el anfitrión de la fiesta y con el que tenía que cerrar el contrato que supondría un éxito para nosotros, rematando el final de todas las negociaciones que habíamos hecho con él, mi padre y yo.

No era mayor, quién tenía delante de mí superaba por poco los cuarenta años. Sinceramente no sabía la cifra concreta de su edad porque no había sido un dato que me hubiera interesado nunca. Debido a una enfermedad inesperada de su padre, Manuel, lo había sustituido en el cargo y en él llevaba varios años.

—El placer es mío —respondí tranquila, haciendo un poco de fuerza hacia atrás con la mano, gesto que supo interpretar. Me soltó sin perder la sonrisa.

l —Esta noche nada de trabajo, solo es para disfrutar, ¿de acuerdo?

—Como quiera, solo necesito saber la hora en la que mañana será la reunión y no sacaré más el tema. Mi padre me dijo que me lo notificaría una vez llegara.

—Por supuesto, a las diez en mi empresa. Y por favor, dejemos los formalismos, dirígete a mí como David.

y —Perfecto —asentí—. Lo intentaré, pero no prometo nada porque desde que nos conocemos nunca lo he hecho.

Hice el intento de zanjar el acercamiento con él y de dar media vuelta para caminar por el salón hasta encontrar un lugar donde quedarme, pero me sorprendió poniendo una mano en mi espalda, pidiéndome con la otra que caminara.

—Me gustaría presentarte a varias personas, si no te incomoda —comentó.

Supongo que mi cara le hizo saber las dudas que me asaltaron porque no entraba en mis planes estar pegada a él, solo lo justo y necesario pensando en el trabajo y como me había dejado claro que esa noche no tocaríamos nada sobre el tema... Hasta había calculado mentalmente en poco tiempo el que me llevaríairme de la fiesta, estando un tiempo prudencial en ella, por cortesía.

—Sí, claro. —Carraspeé.

—Prometo que no te agobiaré y que solo será un momento.

—Tranquilo, no pasa nada. —Sonreí relajándome.

Necesitaba hacerlo para no estropear el resultado que quería conseguir al día siguiente. Empecé a caminar junto a él, teniendo muy presente la palma de su mano sobre la tela del vestido, sin apartarse de mi espalda. «¿Por qué no la quita?», me pregunté escamada.

Era la primera vez que delante de mí había detectado un cambio significativo en él. Hasta este momento todos nuestros encuentros habían sido en reuniones en las que acompañaba a mi padre. Todo muy formal, sin ningún gesto de se saliera del protocolo que utilizábamos con todos los clientes y de ello hacia bastante, porque después fue mi padre el encargado de tener contacto con David, como me dijo en su despacho dándome la sorpresa, cuando me notificó que tenía que viajar.

Paranoia de mi cabeza o no, tenía una sensación rara que no conseguí apartar estando junto a él. Y yo, que hacía caso a todas las señales que me llegaban, sin pasar ninguna por alto, no podía dejar de estar en alerta constante mientras sonreía, un poco tensa, yendo hacia el grupo de personas hasta el que me guio para presentármelas y entablar conversación. Nadie supo descifrar lo forzada que actué, no me conocían de nada para saber identificar que no estaba cómoda, aparte de que actué como mejor supe hacerlo de cara a todos, incluido hacia David.

Aguanté el tipo con honores, ya os lo digo, y cuando creía que podría alejarme e ir a la mía, al despedirnos del grupo de hombres y mujeres, me vi arrastrada hacia otro, como me comentó.

—Esta vez sí que será la última. —Sonrió de medio lado David.

—Tú lo has dicho. Primero porque estoy sedienta y... No —le quité la intención de llamar la atención de uno de los camareros que recorrían el salón, ofreciendo canapés y bebida—, prefiero tomarme algo tranquila en la barra, ¹ puedo esperar un poco más. Y segundo, porque no tardaré en irme de la fiesta. Ayer no paré en todo el día, el viaje fue inesperado y lo hice todo a la carrera llegando de noche. No quiero retrasarme mucho más para llegar al hotel porque hoy he hecho turismo hasta bien entrado el mediodía.

—¿Tan pronto?

—Espero que no te lo tomes como una ofensa, es que realmente...

—No es lo que he pensado, Olaya. Simplemente he hecho la pregunta porque la fiesta no ha hecho más que empezar y me hubiera gustado disfrutar más de tu compañía.

—¿Hacia dónde vamos? —Quise saber fijándome en lo que quedaba delante de nosotros.

No habíamos salido del salón, pero sí que nos habíamos apartado y alejado de los grupos que se habían formado y enfrente de mis ojos, a bastante distancia todavía, solo había una puerta.

—Quiero enseñarte algo.

—Has dicho que querías presentarme a más personas, ¿no están aquí?

Me paré de golpe esperando su respuesta porque no tenía intención de estar con él en otro lugar que no fuera en el que estábamos, pero no llegó a pronunciarse, o más bien sus palabras quedaron interrumpidas cuando escuchamos su nombre a nuestras espaldas.

No necesité girarme para reconocer perfectamente el tono de voz. El vello se me erizó, contuve la respiración poniéndome en tensión, mis ojos se agrandaron desviando la vista hacia otro lado para que David no fuera consciente de mi reacción. Todo ello sucedió en milésimas de segundo, mientras la sangre me hervía por el rechazo que me provocaba el dueño de la voz que habló.

Me paré de golpe esperando su respuesta porque no tenía intención de estar con él en otro lugar que no fuera en el que estábamos, pero no llegó a pronunciarse, o más bien sus palabras quedaron interrumpidas cuando escuchamos su nombre a nuestras espaldas.

No necesité girarme para reconocer perfectamente el tono de voz. El vello se me erizó, contuve la respiración poniéndome en tensión, mis ojos se agrandaron desviando la vista hacia otro lado para que David no fuera consciente de mi reacción. Todo ello sucedió en milésimas de segundo, mientras la sangre me hervía por el rechazo que me provocaba el dueño de la voz que habló.

Capítulo 3



Novak

—David. —Pronuncié su nombre con la intención de frenarlo, para hacerme notar.

Hacia más de una hora que había llegado a la fiesta, tiempo en el que no lo había perdido de vista por el interés que tenía en él. Y después de ver que no se había apartado de la chica a la que no había tardado en recibir, porque había presenciado la entrada de ella perfectamente y el acercamiento de él, no me había quedado más remedio que interrumpir lo que tuviera intención de hacer.

—Vaya, menuda sorpresa. Novak. —Me ofreció la mano, gesto que acepté, asintiendo.

—Sé que esperabas a mi padre, pero le ha sido imposible asistir. Vengo en su nombre —aclaré.

—No sabía que habías regresado, según la última información de la que disponía por tu padre, la vida te iba fenomenal en Berlín.

—Así ha sido, hasta que he decidido regresar. Aún no sé si será temporalmente o me estableceré otra vez en España definitivamente —aseguré.

No atendí al siguiente comentario que hizo porque desconecté de él, teniendo muy presente la presencia de la chica, Olaya. Oh sí, la conocía también, ya entraré en detalles más adelante. Continuaba dándome la espalda, David ni se había dado cuenta de que no se había girado hacia mí. Me hacía una ligera idea de lo que debía estar pensando desde el instante en el que había reconocido mi voz, porque lo había hecho, no había margen de error sobre ello.

—... Ahora iba con la señorita a un sitio, pero cuando regrese podemos hablar tranquilamente. —Centré la atención otra vez en él.

—Si pudieras atenderme antes, no creo que tarde mucho en abandonar la fiesta. Apenas hace dos horas que he aterrizado y llevo dos vuelos en el cuerpo —sugerí.

—¿Olaya? ¿Sucedó algo? —Se giró hacia ella, siendo consciente de que no nos prestaba atención.

—Eh, no, claro que no. —Ladeó la cabeza hacia él, sin mover el cuerpo.

—¡Qué despiste! Si no os conocéis en persona, al menos sabéis quiénes sois, ¿me equivoco? —Pasó la mirada de uno a otro.

Como si no lo supiera de sobra, me dije. No que nos conocíamos ni hasta qué punto lo hacíamos, me refiero a que era conocedor de la vinculación de nuestros padres con él y lo que representaban ambos, entre ellos. Competencia directa éramos, queriendo ir un paso por delante, y en este caso, el paso era hacia David. Así había sido en todo lo referente al trabajo de mi padre, desde que yo tenía uso de razón y crecí con ello.

Fue en ese instante en el que Olaya se giró despacio, quedando al lado de David, como él, mirándome directamente. No di indicios de nada en mi actitud, ni mucho menos me mostré diferente. Ni hacia ella, ni hacia el que nos miraba de cerca, muy atento a nuestras reacciones. Por suerte, para que no se le subiera el ego a David, porque este esperaba ser espectador de un choque entre los dos, Olaya se mantuvo en la misma línea que la mía, esquivando cómo debía sentirse y lo que le provocaba mi presencia inesperada.

—No.

—Sí.

La negativa salió de ella, la afirmación de mí, al mismo tiempo. David levantó una ceja, observándonos con más interés y tuve la necesidad de sacarnos del embrollo.

—Es normal que no te acuerdes, Olaya —empecé a decir, tranquilo, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón del traje—. Hace muchos años que no nos vemos, éramos unos adolescentes.

—Tampoco tanto, ¿no? —intervino él.

—Más o menos, no me he puesto a calcular la fecha exacta en la que me fui de España para empezar una nueva vida. —Levanté una ceja.

—Lo entiendo. —Rio, quitándole importancia con un gesto de la mano.

—Como decía, es normal que no me recuerdes. Soy Novak Emerson, supongo que es todo lo que necesitas saber para entender lo que estoy diciendo. —Ella continuó sin dar muestras de nada—. Yo no he tenido problema en identificarte porque hace poco salieron en la prensa imágenes tuyas junto a tu padre, en un evento al que

asististeis.

Simplemente asintió dándome la razón. Olaya, mejor que nadie, sabía que nuestras caras no las olvidaríamos en la vida, pasara el tiempo que pasara sin vernos. Como había sucedido cuando había reconocido mi voz porque la tensión en ella, para mí, había sido más que evidente, por mucho que hubiera hecho un esfuerzo en ocultarla.

—Bueno, pues después de este reencuentro, si me das unos minutos para hablar con Novak... Después te buscaré para continuar con lo que quería hacer —habló David dirigiéndose a ella.

Por unos segundos, muy breves y casi imperceptiblemente, pude distinguir alivio en su expresión.

—Tranquilo, tómate el tiempo que necesites. Si no me encuentras nos vemos mañana, espero que no me falles. —Remarcó.

Y ese «no me falles», iba directo a atravesarse en mí, todos lo tuvimos claro. Por el simple hecho de que podía hacer que su futuro cliente cambiara de opinión y de bando, llevándomelo a mi terreno para que contratara a la empresa de mi padre y dejara de lado la del suyo. Pasé por alto el comentario porque si hubiera hecho alusión a algo sobre el asunto, hubiéramos tenido la fiesta montada entre los dos, y no era el sitio ni el momento para hacerla estallar, con lo que se estaba conteniendo de cara a David.

—No te preocupes por nada. Te espero en mi despacho mañana a la hora que te he dicho. Estaré deseando el reencuentro... para formalizarlo todo. —Lo último lo añadió por el levantamiento de ceja que Olaya le hizo, por lo de que lo estaría deseando. Ella no pudo controlarlo. Yo seguí sin inmutarme, atento a todas las palabras que decían y a todos los detalles—. Aunque espero que pueda encontrarte en cuanto termine con Novak. —Terminó diciendo, con una sonrisa.

Ella asintió devolviéndole el gesto sonriente, pero uno muy diferente al de él, tenso. David no pudo identificarlo tampoco, yo como ya había sucedido anteriormente, no tuve problema en hacerlo. Como también sabía que en cuanto se alejara de nosotros daría unas vueltas rápidas disimulando, haciendo ver que se quedaba en la fiesta, pero que en cuanto tuviera la oportunidad no tardaría en salir por la puerta escopeteada, abandonando el edificio como si se estuviera derrumbando.

Estuvimos en silencio mientras la veíamos caminar hacia la barra más cercana.

—¿Vas a hacerme una propuesta o a reforzar la de tu padre? —Lo miré de reojo.

—¿Tengo alguna posibilidad?

—Por ahora no. —Rio como el que tiene el poder y dependía de él todo—. Pero nunca se sabe.

—Por intentarlo... —Me encogí de hombros.

Antes de girarme hacia él para quedar cara a cara, curvé un poco los labios al ver de refilón a Olaya. Le dio un sorbo a la bebida que se había pedido y no tardó en dejarla solitaria en la barra. Se dirigió hacia la puerta del salón disimuladamente y salió, cerrando tras de ella.

—Vamos a tomarnos algo. Creo que va a ser interesante, amigo. —Recibí de él varias palmadas en el hombro, mientras se mantenía ajeno a todo lo demás que no fuera yo.

—Te sigo —asentí con una sonrisa.

Ni era mi amigo, ni lo sería nunca. Por si os ha creado alguna duda por su comentario. Jamás había traspasado esa línea con los clientes de mi padre, con los que había tenido algún tipo de contacto y acercamiento. Todo era trabajo y por interés, para de contar. David lo sabía de sobra, aunque quisiera tomarse más confianzas de las que había entre los dos. Nos conocíamos porque en varios de los viajes breves que había hecho a España, para visitar a mi familia, en alguno de ellos había acompañado a mi padre en su trabajo.

—No tengo mucho más que añadir a las propuestas que te ha ido haciendo mi padre —dije cuando llegamos a otra barra diferente a la que había estado Olaya. Apoyé los brazos en ella.

Me preguntó qué quería tomar y esperé mientras hablaba con un camarero.

—Solo puedo añadir que no te apresures en tomar una decisión —continué.

—Lo que me ofrecen los Ariza es muy interesante —se refirió a Olaya y a su padre por el apellido.

—Lo de los Emerson también. —Levanté una ceja refiriéndome a nosotros.

—No lo pongo en duda. —Rio cuando el camarero dejó delante de nosotros las copas.

Cogí la mía y le di un sorbo, refrescándome la garganta.

—¿Qué necesitas para cambiar de opinión? ¿O al menos para pensarlo un poco más? —insistí.

—Tu padre te ha leído bien la cartilla, ¿eh? —Sonrió de medio lado.

—Mi padre no ha hecho absolutamente nada —negué con la vista fija en el hielo, mientras lo balanceaba—. Estoy actuando por mi cuenta.

—Era una broma, hombre. —Palmeó mi espalda—. Solo puedo decirte que lo pensaré con la almohada, pero creo que me entenderás cuando te digo, que hacer negocios con Olaya es mucho más sustancioso. —Giré la cabeza hacia él.

1

—Según el propósito que tengas y busques. —Levanté una ceja.

—Ya me vas entendiendo, amigo. —Soltó una carcajada.

Me lo quedé mirando por unos segundos, serio, interiorizando lo que ya había intuido desde que estaba en la fiesta. Me tocó los cojones que fuera a dejarse llevar por cierta parte de su cuerpo y no con la cabeza superior, la pensante. Aparté la atención de él cuando dos hombres se acercaron a nosotros y después de una presentación rápida y de varios comentarios, empezaron a entablar una conversación que no me interesaba ni lo más mínimo. Ahí vi la oportunidad para alejarme.

a—Os dejo para que habléis con calma, voy a dar una vuelta por el salón —intervine captando la atención de los tres—. Ha sido un placer. —Les ofrecí la mano a los dos hombres que se habían unido a nosotros, gesto que aceptaron sonrientes.

a

—Estamos en contacto. —Fue la despedida de David y asentí.

—Espero que así sea.

Sin más, les di la espalda y empecé a caminar con la copa en una mano. Me la llevé a los labios, dándole varios sorbos a la bebida y fui hacia una esquina donde había varios sofás. Uno estaba libre y hacia él me dirigí. La puerta de entrada quedaba a la izquierda, cerca, y llevé la vista hacia ella cuando me senté, pensativo.

Vacíé la copa de un trago y la dejé encima de una mesa pequeña que tenía al lado, levantándome para largarme de allí. Ya había hecho acto de presencia en representación de la empresa de mi padre, por lo que la noche para mí había concluido. Me dirigí hacia la salida y antes de abrir la puerta, busqué con la mirada a David.

En ese instante ya se había separado de los dos hombres y caminaba por el salón, mirando a todas las personas que había. Ya puedes buscar que no la vas a encontrar, me dije satisfecho. Salí cerrando tras de mí y caminé por el pasillo mientras hacía una llamada para reservar un taxi.

El aire fresco de la noche fue bien recibido porque el del interior hacía tiempo que se había viciado. Cogí varias bocanadas mientras me apoyaba en la fachada. Fuera del límite de las luces que salían del edificio todo era oscuridad, no se veía más allá.

/

El sonido de una llamada me sacó de mis pensamientos y negué al ver el nombre de mi padre en la pantalla.

—Dime —dije al descolgar.

—Novak, ¿cómo ha ido?

—No creo que tengas mucho que hacer —comenté con sinceridad.

—¡No me jodas! ¿No lo has visto receptivo?

—Mañana se reúne con la hija de Matías y me da que será el final para ti.

—Mierda, ¡qué pérdida más mala!

—Seguro que no es el fin del mundo —asegué con la vista ida hacia la oscuridad.

—Ya lo sé, pero no sabes cómo me fastidia perder ante nuestro adversario. —Bufó.

—A veces se gana, otras, se pierde...

—Gracias por hacerme el favor, hijo. Sé que hace tiempo que no te interesa este mundo y que tienes encaminada tu vida hacia otras cosas.

—No digas tonterías, no me costaba nada cubrirtte, aunque el resultado hubiera sido el mismo si no hubiera aparecido. Te lo aseguro.

—¿Por qué estás tan convencido? ¿Qué te hace pensar eso?

—David tiene otros intereses, como por ejemplo la hija de Matías.

Silencio al otro lado de la línea, el que duró unos minutos.

—¿Y eso te mosquea o te afecta de alguna manera?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Novak...

—Papá cambia de pensamiento, solo te estoy dando los datos que he presenciado y que me he encontrado. No sé si eras conocedor de ese detalle, pero ya te digo que para David tiene mucho más peso que todo lo que se le

ofrezca para su negocio.

—¿Estás muy cansando? —Cambió de dirección la conversación y lo agradecí.

—Bastante. Apenas dormí la noche anterior ultimando todas las cosas para viajar tranquilo, sin tener que preocuparme en recibir una llamada urgente que me haga regresar. Súmale el vuelo desde Berlín, el tiempo de espera en el aeropuerto en España porque me llamaste nada más aterrizar pidiéndome el favor de que me presentara a esta fiesta, más el viaje hasta La Coruña... pues te puedes hacer una idea, porque apenas hace un par de horas que llegué y no he parado. He pasado rápido por el hotel para dejar la maleta, darme una ducha rápida y arreglarme.

—¿Todavía estás en ella?

—Fuera, esperando un taxi.

—Entonces, según tú, no tenemos nada que hacer, ¿no? —insistió.

—Si quieres llamarlo e intentarlo... por mi parte ya no puedo hacer nada más. Tienes la excusa perfecta, para disculparte por no haber podido asistir.

—Lo haré en cuanto te cuelgue.

—De acuerdo, ya me dices el resultado de la llamada. Te dejo, el taxi no tardará en llegar.

—Está bien, Novak. Descansa hijo.

Pulsé el botón de colgar y me impulsé de la pared, yendo hacia los escalones que había frente a la entrada principal. Me senté en uno de ellos a esperar. No era del todo cierto que el taxi estaba a punto de llegar, aún tardaría un poco porque el lugar estaba bastante apartado, pero había tenido la necesidad de cortar la conversación antes de tiempo, con esa justificación porque era la mejor que tenía en ese instante.

Bajé la mirada hacia el móvil y empecé a girarlo entre las manos, pensativo otra vez. Después de largos minutos, la recepción de un mensaje me hizo parar los movimientos y curvé los labios al ver que se trataba de Basil, mi amigo.

Basil: *He estado esperando para escribirte, pero es que ya no he aguantado más. ¿Has llegado a España? Tenía preparado hace horas un mensaje en el que te preguntaba cómo te había sentado el sol de España, pero tío, ya es de noche y sigo sin saber nada de ti.*

Novak: *Pues sinceramente no me ha dado mucho el sol, no puedo responderte a esa pregunta no dicha. Al aterrizar en el aeropuerto he recibido una llamada de mi padre y me he quedado en él, para coger otro vuelo. Estoy en La Coruña provisionalmente y acabo de salir de una fiesta a la que tenía que asistir él, pero no ha podido. Pasado mañana regresaré. Perdona porque he estado liado y agobiado, y ni me he acordado de decirte nada.*

Basil: *Joder, tu padre ha aprovechado bien a su favor los primeros segundos de que estuvieras en España.*

Novak: *Ya ves, pero tampoco me ha supuesto mucho hacerle el favor. Solo que estoy cansado y con ganas de ponerme en horizontal en una cama.*

Basil: *¿Solo? Ja, ja, ja...*

Novak: *No, si tienes en cuenta las almohadas y la ropa de cama.*

Basil: *Qué cachondo, pensaba que en esa fiesta habrías encontrado a alguien con la que darle fin a la noche.*

Novak: *¿En qué tipo de fiesta te piensas que he estado? Ja, ja, ja...*

Basil: *Ah, yo qué sé. De tu padre puedo esperarme cualquier cosa porque lo que él quiere esquivar, al final termina mandándote a ti.*

Novak: *Ya... otra cosa es que yo acepte según lo que sea. Tengo ganas de llegar y de ver a mi madre, saber cómo está, porque no me fio de que me haya escondido algo en las llamadas.*

Basil: *Eh, tío, no te agobies, ¿vale? Por mí sabes que las veces que la he visto tenía muy buen aspecto. Ya queda poco para que lo compruebes por ti mismo. Es uno de los motivos por el que has regresado, ¿no?*

Novak: *Así es, en parte...*

Basil: *En cuanto estés de regreso házmelo saber que lo vamos a celebrar a lo grande.*

Novak: *Cuenta con ello. Te dejo, el taxi que estaba esperando acaba de llegar.*

Basil: *Vale, tío. Descansa que te lo has ganado. Hablamos mañana.*

Novak: *Gracias, estamos en contacto.*

Me levanté y me guardé el móvil, mientras me acercaba al taxi. Una vez dentro y después de darle al taxista la

dirección del hotel, cerré los ojos, recostando la cabeza hacia atrás.

dirección del hotel, cerré los ojos, recostando la cabeza hacia atrás.

Capítulo 4



Olaya

Nada más entrar en la habitación del hotel me desprendí de la ropa y fui al baño. Todo ello cabreada, como llevaba desde momentos antes de abandonar la fiesta. No había conseguido calmar los nervios durante el trayecto, todo lo contrario, los había ampliado por todos los pensamientos que había tenido.

¿Qué mierda hacía Novak en España? ¿En la fiesta? ¿Desde cuándo se encargaba de los asuntos de trabajo de su padre? Porque hasta donde yo sabía, hacía muchísimo tiempo que no se inmiscuía en nada referente a ello.

—Joder, me había preparado para encontrarme con cualquiera de la empresa Emerson, pero no con él —dije en alto, terminando con varios bufidos.

Me puse el pijama con movimientos bruscos, agobiada, y justo cuando terminé, llamaron a la puerta. Abrí recibiendo a un chico que traía una bandeja para mí. Cuando pasé por delante de la recepción pedí que me subieran un sándwich completo con un refresco. En ese instante no tenía el cuerpo para pararme a llenar el estómago, pero la noche era muy larga y en el momento en el que consiguiera tranquilizarme se me abriría el apetito. O al menos, eso pensaba.

Cogí la bandeja agradeciéndoselo y cerré, quedándome otra vez sola.

—Como me estropecé los planes con el cliente, se las verá conmigo —siseé sin poder apartar ni un segundo todas las posibilidades negativas.

Hacía tanto que no lo veía, muchos años. Ni por asomo podía haberme pasado por la cabeza que sería él, el que asistiría a la fiesta en representación de su padre, Alfonso. Su presencia la había recibido como si me echaran por la cabeza un cubo de agua helada, con cubitos incluidos, cayendo uno a uno encima de mí. Me cagué en todo, otra vez, ya había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho, exteriorizándolo e interiormente.

Las palabras que había dicho, refiriéndose a que no sabía si su regreso sería temporal o se establecería en España, definitivamente, me habían tocado la moral y otras cosas porque si sucedía lo primero, estaría intranquila hasta

que desapareciera, y si se daba lo segundo... No lo quería ni pensar, porque suponía demasiadas cosas que tendría que enfrentar y no me daba la gana hacerlo, ni siquiera pensar en ello.

Después de dejar la bandeja en una mesa que había debajo de la ventana, me senté en la cama, con dolor de cabeza. Me froté la cara, sobrepasada, hasta que llevé la vista al pequeño bolso que había llevado a la fiesta. Me levanté soltando un suspiro para atender la llamada que estaba sonando en el interior.

Cuando saqué el móvil y vi el nombre de mi padre en la pantalla hice una mueca. Sentía rabia por haberle podido fallar en algo importante, aunque todavía me quedaba la reunión del día siguiente, la que esperaba que Novak no tirara por tierra. Ese pensamiento me encogió el estómago, imaginándolo todavía en la fiesta, allanando su terreno.

Lamenté el no verme con fuerzas para estar en un mismo lugar que él, sabiendo que rondaría cerca, y para colmo, la actitud que había mostrado hacia mí David me había desconcertado, la que todavía estaba analizando para saber a qué había venido.

—Papá —dije nada más descolgar.

—¿Está todo bien? —preguntó directamente por la poca fuerza con la que había hablado.

—Sí.

—¿Cómo va la fiesta? ¿Agobiante?

—Ya estoy en el hotel, hace una hora que me fui.

—Estás desanimada. ¿Por qué? Y no me estoy refiriendo al trabajo, Olaya. Si has considerado que tu tiempo en la fiesta había finalizado por mí perfecto, sabes que no estoy juzgando nada.

—Ya lo sé. —Sonreí con cariño, caminando hacia la ventana. Dejé la vista fija en las farolas encendidas de la calle. Ya era noche cerrada—. He visto a alguien que no esperaba, supongo que el choque me ha trastocado.

—¿De quién se trata? —Dejé salir el aire despacio.

—Novak.

Silencio por su parte, eso es lo que recibí imaginando la sorpresa que se había llevado al escuchar el nombre, al igual que la mía al encontrármelo.

—No tenía ni idea, hija. Sabía que los Emerson no perderían la oportunidad de estar en la fiesta, nos siguen de

cerca y saben que nuestras negociaciones con David están a punto de concluir y cerrarse, pero no imaginé...

—No hace falta que me des explicaciones, papá —negué, sonriendo con cariño hacia él—. Sé que si lo hubieras sabido no me hubieras pedido que viniera.

—Así es, hubiera hecho lo inimaginable para ir yo.

—Ya está hecho, todo está bien ¿de acuerdo? La reunión de mañana sigue adelante, así he quedado con David. Mañana a las diez me reuniré con él en su empresa y espero cerrar de una vez por todas el contrato. Ahora más que nunca quiero que a los Emerson les entre un dolor de barriga por el simple hecho de que hemos ganado ante ellos.

—No me dejas muy tranquilo con ese «todo está bien». Solo he necesitado escuchar tu voz al descolgar para saber que no es así.

—Estoy asimilando lo que he visto y me he encontrado, solo es eso.

—Puedo mirar un vuelo para estar mañana temprano allí y...

—Ni se te ocurra. Sé hacer mi trabajo y nada me va a afectar para llevarlo a cabo, ¿vale?

—Como quieras. ¿Cómo has visto a David?

—Muy receptivo, la verdad. —Puse los ojos en blanco, sin que pudiera verme.

—¿Y por qué he detectado un poco de ironía?

—Percepción tuya, he hablado muy normal —dije divertida.

—Claro, será eso. —Rio sabiendo que no iba a sacarme nada al respecto, al menos por el momento.

—Espero no haber fastidiado nada al marcharme tan pronto dejando al Emerson dentro —solté un suspiro.

—No pienses en eso, ¿de acuerdo? Te has presentado en la fiesta y has movido tus fichas, siéntete orgullosa de ello.

—Tampoco hubiera podido hacer mucho más porque nada más entrar al salón, David me ha recibido y a los pocos minutos me ha pedido que dejáramos el trabajo apartado, comentando que la noche era para disfrutar.

—Ahí lo tienes, has hecho lo correcto.

—¿Te he dicho que te quiero? —Sonreí apoyando un hombro en la pared, cerca del marco de la ventana.

—Hace tiempo que no.

—Mentiroso. —Reímos.

—¿Has cenado?

—Acaban de traerme un sándwich a la habitación, el comedor estaba cerrado cuando he llegado.

—Pues te dejo para que cenes tranquila, así quiero que estés, ¿de acuerdo? No te preocupes por nada, Olaya.

—Vale papá.

—Vale papá, pero haré lo que me dé la gana, ¿no?

—Veo que lo tienes claro —confirmé con humor.

Riendo, así colgamos hasta que nos llamáramos al día siguiente, después de la reunión. Más animada me senté en la silla frente a la mesa y destapé el sándwich, la buena pinta que tenía me abrió un poco más el apetito.

Quince minutos después había terminado y me había preparado para finalizar el día. Tumbada en la cama revisé varios correos electrónicos que se me habían acumulado, todos de trabajo.

La entrada de un mensaje me dejó sin respiración y me hizo volver a maldecir. No tenía registrada a la persona que lo había escrito, número a número se mostraba en la notificación que deslicé, sin entrar. El texto solo decía: «Olaya, ¿sigue siendo tu número?»

Borré la notificación, haciéndola desaparecer de la pantalla, con una sensación que no me gustó nada. ¿Cómo mierda se acordaba de mi número de teléfono? Esa pregunta fue la que me repetí mientras bufaba y apagaba el móvil rápido. Lo solté en la mesita de noche de golpe, dejando la vista fija en él. El mensaje lo había enviado Novak, pero ¿a cuento de qué? Hacía siglos que no nos comunicábamos. Lógicamente no literalmente, pero para que os hagáis una idea del tiempo que había pasado y así seguiría siendo porque en cuanto encendiera el teléfono al día siguiente, bloquearía el número.

Cabreada porque no había puesto la alarma lo volví a coger con rabia y lo encendí. Por suerte cuando se activó no

encontré nada más que me alterara, por lo que puse varias alarmas para despertarme con tiempo de sobra para presentarme a la reunión y volví a desactivarlo. Esa vez lo puse a cargar y apagué la luz de la habitación, quedándome tumbada bocarriba, mirando hacia el techo en la oscuridad.

¿Tendría que haber respondido? ¿Su intención era decirme algo referente a David? ¿Habría echado por tierra el trabajo de mi padre? No, no podía ser porque si se hubiera dado, también hubiera recibido un mensaje de David diciéndome que la reunión quedaba aplazada y no había sido el caso. Entonces, ¿a qué venía que intentara comunicarse conmigo?

Me giré poniéndome de lado y llevé conmigo el extremo de la almohada, dejando la cabeza escondida en ella.

—Deja de pensar, olvídate de ese hombre como llevabas haciendo hasta antes de volver a encontrarlo —murmuré cerrando los ojos con fuerza, sintiéndome inquieta.



Apurando el café que me había parado a pedir para llevar, en una cafetería, observé el edificio de la empresa Debon. Faltaba media hora para las diez, hora en la que tenía que reunirme con David. No había mirado el móvil nada más despertar, con miedo por si veía algún mensaje de él o llamada perdida que me dieran a entender que ya podía regresar a casa con las manos vacías.

Al apagar la primera alarma me levanté de la cama y fui al baño. Me di una ducha, me sequé y arreglé el pelo, me vestí de lo más normal, pero un poco formal, y me maquillé un poco, más que nada porque la noche que había pasado, en la que apenas había dormido, había dejado evidencias en mi cara. Disimulé las ojeras y cuando me quedé conforme, preparada para enfrentar el día, fue cuando quité el cable del cargador y cogí el móvil.

En ese instante solté un suspiro porque no vi ninguna notificación, señal de que mi cita de las diez seguía en marcha. Me sirvió para estar más tranquila y bajé al comedor para desayunar. Lo hice con calma, sin prisa. Tenía el estómago cerrado y no comí mucho, pero sí que me tomé varios cafés para asentar un poco los nervios que continuaban por todo lo alto, provocando que me sintiera revuelta, y no por los nervios del trabajo.

—Todo va a salir bien —me dije en voz alta, mientras empezaba a caminar hacia la entrada del edificio.

Le di el último sorbo al café y en el recorrido tiré el vaso en una papelera. Con decisión traspasé la puerta principal, yendo directa hacia la recepción.

—Buenos días —hablé—. Soy Olaya Ariza, tengo una reunión con el señor Debon a las diez.

—Me encanta que te hayas adelantado. —La voz de David a mi espalda me sobresaltó, al no esperarlo.

Me giré encontrándome con una sonrisa de medio lado.

—Perdona, no quería asustarte. Yo me encargo, Carmen. —Se dirigió a la recepcionista que asintió con una sonrisa hacia su jefe—. Acompáñame —me pidió y lo seguí cuando se dirigió hacia dos ascensores que había en el lateral izquierdo.

—He venido pronto, si tienes que hacer algo antes puedo esperar a que sea la hora.

—Tranquila, serán dos los cafés que voy a preparar. Mucho mejor tomárnoslos acompañados. ¿No crees?

—Bueno, según para quién —dije en tono bajo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó cuando nos paramos frente a uno de los ascensores, girando la cabeza hacia mí

—Que al menos a mí, hay cosas y momentos en los que me gusta disfrutar de ciertas cosas en soledad. Como es el primer café del día.

—¿Mal humor al despertar? —Sonrió de medio lado.

—Según el día. —Carraspeé.

—¿Y hoy es uno de ellos?

—Según se mire y lo que me encuentre.

Su reacción fue reír. Yo no le vi la gracia porque no había dicho ninguna mentira, pero me quedé callada cuando las puertas del ascensor se abrieron delante de nosotros y me ofreció pasar primero. Lo hice sintiéndolo a mi espalda. Al igual que nosotros, cuatro personas más ocuparon el interior, lo que agradecí porque desde que había vuelto a poner los ojos en él lo estaba analizando: cada gesto, expresión y palabra, para saber a qué atenerme.

Salimos en la cuarta planta donde tenía el despacho y volví a seguirlo hasta él.

—Adelante, siéntete como en casa —dijo al abrir, volviendo a darme paso primero.

—Gracias. —Entré decidida, quedándome cerca de su mesa.

Él la rodeó. No lo perdí de vista cuando se dirigió hacia un armario que quedaba a la derecha. Lo abrió y colgó la

americana que se quitó.

—¿En tu casa te quedas de pie? —preguntó divertido mientras se dirigía hacia el otro extremo.

—Muchas veces —respondí, pero ocupé una silla para que no hiciera ningún comentario más al respecto.

Volvió a reír mientras se paraba frente a una mesa donde tenía todo lo necesario para preparar los cafés.

—¿Con leche?

—Sí, pero no mucha y con un terrón de azúcar.

—Marchando.

A simple vista parecía receptivo y su humor me daba a entender que no tenía por qué salir mal la reunión que íbamos a tener. Cuando tuvo hechos los cafés, se acercó a la mesa por el lado opuesto donde estaba su silla y dejó mi taza delante. Se sentó quedando enfrente de mí y le dio un sorbo al suyo sin dejar de observarme.

—¿La fiesta fue bien? —Me interesé para ser cortés.

—Muy bien. Te busqué, pero te fuiste muy rápido. —Dejó con cuidado la taza en la mesa.

—Ya te lo avisé, estaba cansada. —Me encogí de hombros.

—Una pena, no fue lo mismo sin ti. —Ladeó la cabeza.

Me mordí la lengua para no decirle que no habría habido diferencia si me hubiera quedado. Vamos, ni que fuéramos amigos como para saber si hubiera sido lo mismo estando yo o no. En ningún momento habíamos compartido momentos parecidos. Resumen rápido: no nos conocíamos. Fin.

—Estoy segura de que mereció la pena y si estoy aquí es porque respetaste el trabajo de mi padre —asentí satisfecha.

—Me resistí. —Me hizo un guiño—. Los Emerson son un hueso duro de roer. —Maldecí interiormente, imaginando todas las jugadas que habría intentado Novak. Pero me sorprendí, sin mostrarlo, cuando continuó hablando—. Debo decir que esperaba más de ellos. Novak solo me tanteó e hizo varios comentarios. No insistió tanto como pensaba, señal de que no le soy de mucho interés.

—Mejor para nosotros. —Me referí a la empresa de mi padre—. Estará perdiendo facultades.

—¿Tú crees? —preguntó pensativo, golpeándose la barbilla con un dedo— No sé, es bien sabido las cualidades de Novak, Olaya. Teniendo en cuenta que él te refrescó la memoria diciéndote quien es, sabrás que consigue lo que se propone siempre, sea en el ámbito que sea. Lo sé por su padre y porque he seguido su trayectoria, aunque lleve tiempo apartado de la empresa. Por eso me sorprendió que se alejara pronto de mí, que me dejara a mi aire y que, como tú, no tardara en desaparecer de la fiesta en cuanto tuvo la oportunidad.

—Ya te dijo que estaba cansado y que lo haría.

—¿Lo justificas? Interesante. —Levantó una ceja.

—No estoy haciéndolo, simplemente recuerdo sus palabras, las que los dos escuchamos.

—Tienes razón —negó divertido—. Supongo que su padre lo tuvo de un lado al otro, bastante hizo con cubrirlo.

—Me mantuve callada sobre el asunto—. El propio Alfonso me llamó para disculparse por su ausencia y para remarcarme la presencia y disposición de su hijo. No quería darse por vencido, como pareció que hizo Novak.

—¿Empezamos? —No quise continuar con el tema porque lo único importante para mí es que estaba reunida con él.

Me incliné para coger el maletín que había dejado a los pies de la silla.

—No hay prisa. Todavía no has probado el café.

—Puedo bebérmelo mientras concretamos los detalles y te aclaro las últimas dudas que puedas tener —respondí abriéndolo y sacando la carpeta que contenía la información.

—Veo que estás en modo negocios.

—De eso se trata esta reunión, ¿no?

—Por supuesto, pero ello no quita que no podamos disfrutar del proceso. —Sonrió de medio lado, haciéndome un guiño—. Insisto. —Señaló con un gesto mi taza de café.

Dejé salir el aire despacio al mismo tiempo que ponía la carpeta sobre la mesa. Acepté a regañadientes, aunque él no lo supo. Me centré en la taza y la cogí, dándole el primer sorbo. Ante mi acción su sonrisa se amplió. No sabía a cuento de qué venían tantas curvas en sus labios, no se le borraban. Pero para mí era perfecto, íbamos a cerrar el contrato lo más cordial y relajadamente que podíamos.

Mientras nos tomábamos los cafés empezó a hablarme de la fiesta, de cómo fue, del número de personas que asistió y a qué hora la dieron por terminada. Para lo tarde que fue, a las tres y media de la madrugada, se le veía muy fresco, sin una pizca de resaca ni nada que indicara que apenas había dormido, porque añadió que no consiguió descansar hasta las cinco. Como si me importara... Pero actué en todo momento delante de él como si lo hiciera, escuchándolo atentamente.

—Ahora sí —dije cuando retiré la taza vacía hacia un lado.

—Si aceptas que te invite a comer. —Apoyó los brazos en la mesa.

—Lo lamento, tengo que estar en el aeropuerto a las dos del mediodía.

—¿Tan pronto? ¿Y si nos hubiera llevado más tiempo cerrar el acuerdo?

—Hubiera improvisado cogiendo otro vuelo. —Me encogí de hombros.

—Pues entonces cuando terminemos, te llevo al hotel y después al aeropuerto.

—Te lo agradezco, pero no hace falta.

—Insisto.

—Está bien. —Dejé salir otra vez el aire, despacio.

—Perfecto —me hizo un guiño—, pues vamos a comenzar.

Cuando le sonó el teléfono, interrumpiéndonos antes de empezar, vi el momento perfecto para enviarle un mensaje a mi padre. En él le informé de que todo iba según los planes para que estuviera tranquilo y le pedí que me buscara un vuelo para el mediodía, porque el que tenía de regreso era para el día siguiente. Detalle que no pensaba decir delante de David, así tuviera que hacer noche en el aeropuerto si mi padre no conseguía otro con tan poco margen de tiempo.

Antes de que él colgara sonreí interiormente ante la respuesta de mi padre, minutos más tarde, diciéndome que a las cuatro volaba de regreso. Abrí el correo electrónico que me envió y comprobé los datos en el billete. Guardé el móvil y me dediqué a extender la documentación sobre la mesa, para dejarlo todo preparado para cuando colgara y se centrara en mí.

1

1

Capítulo 5



—Bienvenida, cariño —me recibió mi padre cuando salí a la terminal del aeropuerto, con una sonrisa.

—Hola papá. —Nos abrazamos.

—Enhorabuena —dijo quitándome el asa de la maleta de la mano, para llevarla él.

—Eso tendría que decírtelo yo. Todo lo has trabajado tú, yo solo he llevado a cabo la última parte, la más fácil. —
Me agarré a su brazo.

—De eso nada, somos un equipo y de los mejores. —Me hizo un guiño.

Reímos mientras salíamos caminando hacia su coche.

—¿Quieres venir a casa a cenar? Tu madre me ha insistido para que te lo pregunte hasta que digas que sí —dijo divertido cuando estuvimos montados en él.

—No es ni media tarde —negué mirando por la ventanilla—. Me apetece llegar al ático, darme otra ducha para quitarme la pesadez del día y ponerme cómoda.

—Es normal, tranquila. Ya habrá tiempo —asintió—. Es viernes, tienes todo el fin de semana para descansar.

—Sí. —Sonreí girando la cabeza hacia él, apoyándola en el asiento.

—Sé que te lo he dicho muchas veces, pero estoy muy orgulloso de ti. —Me miró de reojo.

—Gracias, papá. —Lo observé con cariño.

Nos quedamos en silencio mientras me llevaba hasta la dirección donde vivía. Estacionó cerca de la entrada del bloque y nos bajamos.

—Podía sacarla yo —negué refiriéndome a la maleta.

—Lo sé, pero yo también. —Rio.

—Nos vemos el lunes en la empresa si no lo hacemos antes. —Lo abracé.

—Descansa todo lo que puedas. ¿Estás bien? —Quiso saber cuando nos separamos.

—Claro. —Sonreí—. Toma, llévate el maletín con la documentación. Sé que te gusta revisarla. —Se lo acerqué.

—Yo me encargo —asintió metiéndolo en el maletero, lo había llevado conmigo en el asiento del copiloto.

Nos despedimos y me dirigí hacia el edificio tirando de la maleta, con ganas de traspasar la puerta de mi ático. Subí en el ascensor y en cuanto lo hice, solté un suspiro dirigiéndome hacia la habitación. Puse el equipaje encima de la cama y lo abrí, sacando la ropa que iba directa hacia la lavadora. Después de pocos minutos tuve la maleta guardada en el armario y todo lo demás en su sitio. No había llevado muchas cosas.

Entré en el baño para darme una ducha y cuando salí lo hice con el pijama de verano puesto. Cogí el móvil, encendí el aire acondicionado para que el agobio que hacía desapareciera y me dirigí al salón, haciendo lo mismo antes de ir a la cocina. Me bebí un vaso de agua y abrí la nevera para coger un refresco, con el que me senté en el sofá.

Desbloqueé el teléfono y entré en la aplicación de mensajes, directa al grupo que tenía con mis amigas.

Olaya: *Ya estoy en casa. Todo ha ido genial.* —Acompañé a las palabras con varios emojis sonrientes.

Faltaba poco para que dieran señales porque en menos de media hora estarían libres de los trabajos. Le di un sorbo al refresco y lo dejé en la mesa pequeña que tenía enfrente del sofá. Me recosté en él, soltando un suspiro y cerré los ojos, tapándomelos con un brazo.

—En casa —susurré.

Estaba cansada y también agotada mentalmente. La falta de descanso de la noche anterior no favoreció para que casi, sin darme cuenta, me quedara adormecida, sintiendo como el espacio se refrescaba, lo que colaboró a que entrara en un sueño profundo.



—¿Qué...? —Me incorporé sobresaltada.

Miré hacia los lados, desorientada, hasta que me situé. Estaba en el sofá de mi salón y lo que me había despertado había sido el timbre sonando repetitivamente. Me levanté para saber quién era.

—¿Sí? —dije por el telefonillo.

—¡¡Por fin!! —Sonreí al escuchar a Iraide—. Estábamos a punto de tirar la puerta abajo. Abre.

—Yo hubiera optado por llamar al piso de su vecino *buenorro*, para que nos dejara entrar. —Rio Salma.

Divertida y aún medio dormida, les abrí dejando la puerta entornada. Fui al sofá y me senté, dándole otro sorbo al refresco. Había perdido el frío y comprobé en el móvil la hora que era para saber cuánto había dormido.

—Joder, son casi las nueve. —Me sorprendí porque había descansado tres horas y media largas. Vi varias notificaciones de mensajes y llamadas perdidas de mis amigas, lo tenía en silencio.

—Mira qué cara tiene —dijo Iraide entrando la primera, riendo.

—Pocas posibilidades había para que nos ignorara —comentó Salma cerrando la puerta.

Llegaron hasta mí y se lanzaron a abrazarme, haciéndome reír.

—¡Que no llevo mucho fuera! —comenté achuchándolas.

—Como si yo necesitara algún motivo especial para toquetearte, nena. —Rio Iraide sentándose a un lado, como hizo Salma, al otro.

o

—¿Cómo ha ido todo? —Quiso saber la última.

—Bien, he traído conmigo el contrato firmado. —Sonreí.

—¡¡Felicidades!! —dijeron y aplaudieron.

—Gracias, pero el mérito es de mi padre —negué divertida, subiendo las piernas al sofá.

—No te acomodes que vamos a celebrarlo. —Me dio un pequeño empujón Salma.

—¿Esta noche? No me apetece salir.

—¿Con todo lo que has dormido? No te lo crees ni tú.

—Acabo de despertarme y ya son las nueve. —Hice una mueca—. Podemos dejarlo para mañana, al menos yo, porque vosotras estáis divinas para la noche. —Me fijé en los modelitos que llevaban.

—Poco habrás descansado durante estos días para entrar en un sueño tan profundo. —Puso los ojos en blanco Iraide—. Hemos intentado por todas las vías avisarte con tiempo, pero chica, no ha habido manera. Hemos estado a nada de llamar a la casa de tus padres, preocupadas.

—La verdad es que sí. Lo necesitaba y en cuanto me he relajado he caído casi sin darme cuenta. —Me encogí de hombros.

—¿Y esa carita que has puesto? —Levantó una ceja Salma.

—¿Cuál he puesto? —Reí.

—Uy, yo también la he visto.

—Todavía me estoy despertando. —Puse los ojos en blanco.

—No, no. Tu expresión, la que ha durado solo un segundo, ha sido como diciendo, con lo que he soportado y con la que tenía encima, como para no caer a plomo —continuó Salma.

—He pasado muchos nervios por si algo salía mal en la negociación —dije en tono bajo.

—Pero no ha sido así, ¿no? —Se interesó Iraide.

—Ya he dicho que ha terminado bien. —Sonreí rodeándome las piernas con los brazos.

—Y hasta llegar a ese «terminado», ¿cómo se ha dado todo? —preguntó intrigada Salma.

—¿Por qué me estáis interrogando? —Reí, negando.

—Ah, yo qué sé, ha empezado ella —intervino rápido Iraide, señalando a Salma.

—Y tú me has seguido al instante, no te digo. —Bufó la aludida.

—¿Habéis cenado? —negaron— Podemos pedir algo.

—No —respondieron a la vez—. Vas a ir a la habitación, te vas a poner monísima y vamos a salir a cenar en condiciones para celebrar lo de tu trabajo y que yo me he tirado a Luca y he dejado el mío —soltó de carrerilla Iraide.

—¿¡Qué me estás contando!?! —La miré agrandando los ojos y con la boca abierta.

—Lo que oyes amiga. Menuda la que me ha dado por privado para no molestarte con los mensajes. —Rio Salma.

—¿Has dejado el trabajo después de tirarte a Luca? ¿Por qué? ¿No era lo que querías?

—Ay, chica, yo qué sé, se me fundieron los plomos. —Lloriqueó tapándose la cara con un cojín.

—Madre mía. —Me froté la mía—. ¿No fue bien?

—Levitó, ya te respondo yo. —Soltó una carcajada Salma.

—¿Entonces? O estoy muy dormida todavía o no lo entiendo. —Las miré a las dos.

—Bueno, en realidad sería más correcto decir que dejé el trabajo y como consecuencia de ello, me tiré a Luca —aclaró Iraide.

—Te has decidido a aceptar la oferta con la que te perseguían —asegué sonriendo.

—De cabeza lo he hecho —asintió—. Mejoraron aún más la oferta y no me lo pensé. Creo que me irá bien y que el cambio será positivo.

—Claro que sí, cariño. —Le agarré una mano, frotándosela—. Lo has hecho decidida y convencida, eso es lo que cuenta. Enhorabuena, es un giro importante. Me alegro mucho.

—No te creas, al menos después de notificar a la empresa que me iba dudé. Chica, después del *polvazo* con Luca me arrepentí. —Reímos las tres.

—Por lo visto no solo sabía mover el culo al caminar delante de ti, ¿no? —Apreté los labios, conteniéndome para no volver a reír.

—Ay, Dios cómo lo sabes. —Dramática resbaló por el sofá, quedándose sentada en el suelo.

Soltamos las tres una carcajada.

—Pues eso que te has llevado, con mejor sabor de boca no has podido irte —comentó Salma.

—No me hagáis recordar los momentos que viví con Luca en el archivo y después en el baño, porque me entran los calores y los sofocos de golpe. —Nos señaló.

—Joder, hiciste un pleno, ¡qué envidia! —Reí.

—Vamos a ponerle solución esta noche. —Se levantó de golpe Salma, decidida—. Tú y yo vamos a terminar por todo lo alto. —Me señaló.

—Como que no tengo el cuerpo ni para levantar un pie del suelo —negué divertida.

—Como si eso fuera un problema, tú déjate hacer y no tendrás ni que moverte. —Rio Iraide—. Eso sí, a mí no me excluyáis que, para mi desgracia, Luca ya es pasado.

—Porque tú quieres, estoy segura de que...

—Ni lo digas. —Me tapó la boca—. Un *polvazo* vale, dos si encarta, bueno... Pero hasta ahí, porque ese hombre es un mujeriego y cuanto más lejos, mejor. Solo me traería problemas, lo sé.

—Pues ya está, es pasado y para tu cuerpo y recuerdo se queda el gustazo —asintió Salma, pensando lo mismo.

—Me vais a sacar a rastras de casa, ¿no?

—Cómo lo sabes. —Rieron las dos ante la confirmación de Iraide—. Si no mueves el culo por ti misma, lo haremos nosotras por ti. —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

Soltando un suspiro me levanté del sofá. No tenía ningunas ganas de salir de casa, mucho menos de arreglarme para ello, pero quería estar con ellas y, en el fondo, sabía que me vendría bien despejarme y volver a la normalidad. Con esa actitud entré en la habitación y saqué del armario un vestido fresquito y veraniego de tirantes.

Cuando salí del baño, maquillada, me encontré a Iraide sentada en la cama, al lado del vestido.

—¿Y Salma?

—En la terraza, hablando con Santiago.

—¿En serio? —negué yendo hacia la cómoda.

Saqué un sujetador sin tirantes y me quité el pijama, colocándomelo. Ante el silencio de Iraide me giré hacia ella.

—¿Ha pasado algo que no sepa?

—No, sigue igual. No pinta muy bien, está tensa.

—Si no la deja tranquila, peor irá —negué acercándome hasta ella.

—Estás *buenorra*. —Rio dándome una palmada en el trasero, encima de la braga.

—Dime lo que quieras, pero como vuelvas a darme una torta, te enteras. —La acompañé en las risas, pero con una amenaza muy seria.

—No quiere darse por vencido y cada vez que Salma le frena los pies se queda fatal —continuó refiriéndose al tema de Santiago.

Habían sido pareja durante cuatro años, hasta que nuestra amiga le pilló una mentira, la que la llevó a saber que la estaba engañando con otra desde hacía meses. Ese fue el final, seis meses atrás.

—No tendría que descolgar. Lo mejor sería que lo bloqueara por todos lados. —Hice una mueca poniéndome el vestido.

—Ya, pero es la única forma para que la deje tranquila durante un tiempo. —Se encogió de hombros.

—Ese lo que necesita es un choque de realidad. —Sonreí de medio lado.

—Y tú estás dispuesta a dárselo, ¿no? Me gusta cómo piensas, amiga. Me apunto. —Soltó una carcajada.

—Te avisaré. —Le hice un guiño.

—¿Y tú qué? —Me giré hacia ella, quedándome en el centro de la habitación.

—¿De qué hablas?

—A mí no me la has colado, ¡qué lo sepas! Sé que hay algo que no nos has dicho. —Levantó una ceja.

—¿Toda esa deducción por encontrarme cansada y medio dormida después de un viaje? —negué poniéndome frente al espejo de cuerpo entero, acomodándome el vestido.

—No has llegado con los mismos ánimos con los que te fuiste, Olaya. Y después de la ilusión que deberías tener por el buen resultado en el trabajo, el que se ha alargado en el tiempo, bastante, me hace pensar que hay un motivo que estás ocultando —dijo cuando se puso detrás de mí—. Estás perfecta. —Sonrió con cariño, gesto que le devolví.

—Han sido unos días raros —confesé.

—¿En qué sentido? Tampoco te ha dado tiempo a mucho.

—Poco, pero intenso —susurré alisándome la falda del vestido.
a

—¿Qué ha pasado? —Apoyó la barbilla en mi hombro, observando nuestro reflejo en el espejo.

—La actitud del cliente me ha descolocado —empecé diciendo.

—¿Y eso?

—De repente se mostró demasiado cercano, ¿entiendes? —Levantó una ceja—. Todos los encuentros anteriores que tuve con él se dieron junto a mi padre. Su comportamiento y actitud siempre habían sido rectos, correctos, mostrándose distante.

—¿Pero al estar tú sola, se ha abierto demasiado?

—Al menos esa ha sido mi impresión y porque lo he cortado en más de una ocasión —negué—. No sé, lo mismo ha sido una paranoia y yo estaba más susceptible de lo normal, por los nervios que tenía de que todo saliera bien.

—No lo creo, sabes identificarlo muy bien y nada de lo que has dicho te nubla la mente —aseguró.

—Ya —negué divertida.

—¿Solo ha sido por ese tipo?

—En realidad él fue lo de menos —susurré.

—¿Cómo? Joder, menos mal que has estado fuera solo dos días. —Frunció el gesto.

—Me encontré a la competencia en la fiesta.

Se separó y se movió hasta quedarse frente a mí, tapando el espejo.

o

—¿Y? ¿Desde cuándo enfrentarte a ellos te pone mal o te inquieta? —Levantó una ceja. Nos quedamos unos segundos en silencio—. ¡No fastidies! —Agrandó los ojos al ver mi expresión y más lo hizo, al máximo, cuando asentí.

—¿Qué pasa? —Apareció Salma. Nos miró atenta al haber escuchado solo la última parte.

—Mierda. —Se frotó la frente Iraide.

—¿Qué me he perdido? —Hizo una mueca Salma, llegando hasta nosotras.

—Que el cliente de Olaya intentó tirarle la caña al no estar su padre. Quería trincársela, así tal cual —empezó a explicarle Iraide. Apreté los labios, divertida—. Pero eso no es nada comparado con la bomba no dicha que acaba hacerme saber.

—Me estáis poniendo nerviosa. —Se puso las manos en la cadera Salma.

—Los Emerson se presentaron en la fiesta que dio el cliente de Olaya, queriendo meter el dedo en la llaga hasta el final, como siempre. Y en este caso lo hicieron a lo grande porque no sé cuántos fueron de ellos, pero solo con un presencia...

—¿Qué...? —Salma pasó la mirada de una a otra, sin ubicarse, hasta que lo entendió— ¡No!

—¡Sí! —Reaccionó Iraide.

—¿Cómo puede ser? ¿Viste a Novak?

—Fue un visto y no visto, me largué al poco tiempo. —Me encogí de hombros dirigiéndome hacia el armario.

En silencio saqué el bolso que iba a llevarme y lo llené con todo lo necesario.

—¿Qué hacía allí? —Quiso saber Iraide—. Me extraña mucho que se encargara de algo referente al trabajo de su padre, hace muchos años que no tiene nada que ver con él en ese sentido.

—Por lo visto Alfonso no pudo asistir —dije en tono bajo.

—¿Hasta qué punto te afectó? —susurró Salma.

—¿No la ves? Está claro.

—No me afectó en nada, solo fue el primer impacto. Puede que se me haya quedado la sensación dentro, pero se irá. —Me levanté de golpe, dejándolo claro.

—A mí no me engañas —negó Iraide—. Y que conste que lo entiendo, ¿eh? El choque visual tuvo que ser impresionante y más, sin esperarlo ni imaginarlo.

—Ya, bueno, pero ya pasó. —Fui hasta el zapatero y saqué los zapatos, subiéndome a ellos—. Vamos a quemar la noche, ya estoy de vuelta en casa. —Les sonreí para que cambiaran la expresión.

—Olaya...

—He dicho que ya pasó —le repetí a Iraide que era quién había dicho mi nombre.

—He mandado a una inmensa mierda a Santiago para que se reboce en ella. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces lo he hecho —soltó Salma de golpe.

|

aLa miramos y terminamos riendo las tres, por la forma tan graciosa con la que lo dijo.

—Menudo plan tenemos. —Se dobló de la risa Iraide—. Anda, vámonos ya porque todavía nos sentamos en el sofá a ahogar nuestras penas con helado y alcohol. —Se dirigió a la puerta, sin poder parar de reír.

Sonreí viendo cómo salía de la habitación y caminé hasta Salma.

—¿Estás bien? —Le retiré el pelo por encima de un hombro.

—Lo estaré, solo necesito unos minutos —asintió.

—Todos los que necesites. —Le hice un guiño agarrándola de un brazo.

—¿Y tú?

—Ningún problema —aseguré, al menos me aferré a ello sin querer pensar en otra posibilidad.

—¿Y tú?

—Ningún problema —aseguré, al menos me aferré a ello sin querer pensar en otra posibilidad.

Capítulo 6



Novak

—¡Hijo! —dijo mi madre nada más abrir la puerta, con un pequeño grito.

Abrí los brazos para recibirla y la estreché contra mí cuando se lanzó.

—Hola mamá, tenía muchas ganas de verte. Déjame ver lo guapa y joven que estás. —Me aparté haciéndola reír.

—Eres un halagador. —Me acarició la cara.

—Soy sincero y realista, a la vista está. —Levanté una ceja, divertido—. Estás preciosa.

—Te he echado mucho de menos. —Volvió a abrazarme cuando entré en la casa, emocionada.

—¿Cómo te encuentras? —Le di un beso en la cabeza.

—Acabas de comprobarlo, bien. —Sonrió.

—No me diste muchas explicaciones de la visita al médico hace varios días. —La seguí cuando me pidió que la acompañara hasta la cocina.

—Mira, estoy terminando de preparar lasaña. ¿Te quedas a comer? Tu padre no llegará hasta la noche.

—Cuenta con ello —asentí sentándome en un taburete de la barra alargada que estaba en el centro—. No me has respondido.

—El médico me dijo que está todo controlado, Novak. No te preocupes, hijo, lo último que quiero es que vivas con incertidumbre.

—Y yo lo último que quiero es que estés mal —negué—. No te preocupes por mí, piensa solo en ti.

—Tengo espacio para todas las preocupaciones. —Rio, haciéndome sonreír.

—Me gusta verte así, estás mucho más animada que la última vez.

—Es porque todo va bien, ya te lo he dicho. Las últimas pruebas fueron positivas, el doctor me dio esperanzas y quiero aferrarme a ellas.

—¿Sigues con la medicación?

—Sí —soltó un suspiro—, y también con los ingresos en el hospital cada diez días, para hacer el tratamiento —asentí.

—¿Cuándo es la próxima vez? Quiero acompañarte.

—Sabes que me gusta ir sola —negó.

—Y tú sabes, que yo no te voy a dejar sola siempre que pueda. —Levanté una ceja—. Estoy de vuelta, mamá. ¿Vale?, asúmelo. —Le hice un guiño.

—Oh, la que me ha caído. —Puso los ojos en blanco, haciéndome reír—. Dentro de cuatro días —asentí.

—¿Papá nunca va? —pregunté despreocupado mientras iba hacia la nevera.

—No le dejo.

—Ya... —Sujeté la lata de cerveza con fuerza, antes de sacarla y cerrar la puerta—. A mí tampoco, y voy a hacer lo que quiero sin importarme lo que digas.

—No te pongas mal cuerpo, hijo —me pidió con gesto preocupado.

—Me toca los cojones que solo viva para él mismo y sus intereses —aclaré lo que ella ya sabía.

—No es así del todo, Novak. Está pendiente de mí.

—¿Cuándo? ¿Los pocos minutos que entra en casa? ¿Cuánto dura en ella? Solo viene para cenar y a veces solo para dormir —negué cabreado.

—Cariño... Estoy acostumbrada a su rutina y ritmo.

—Ese es el problema, mamá, que no tendrías que acostumbrarte a nada. No eres su sombra, la que está siempre cuando lo necesita. ¿Y tus prioridades? —Bajé la mirada hacia la lata, intentando contenerme porque me hervía la sangre de la impotencia.

—Todo está bien. —La sentí a mi lado y giré la cabeza hacia ella, momento en el que me frotó la espalda—. No quiero verte mal por nosotros.

—No te confundas, si estoy mal es solo por ti, mamá. Me jode lo sola que estás siempre. ¿De qué sirven todas las comodidades y los lujos que puedes tener?

—Ahora estás tú aquí. —Me sonrió con cariño.

—Y voy a estar contigo, pero tendré que hacer mi vida y no vivo bajo el mismo techo. —Dejé salir el aire lentamente.

—Novak...

—Vale —me froté la cara con una mano—, lo siento.

—No lo hagas. Me llena de orgullo ver el hombre que eres, los principios y los valores que tienes. —Me abrazó y la rodeé con un brazo, dándole un beso en la cabeza.

—Gracias a ti, mamá. Que no se te olvide —susurré y me apreté a ella.

—¿Tienes claro que te quedas aquí para siempre? ¿Lo has pensado bien?

—Aún no me lo he planteado, la verdad. He viajado con la intención de decidirlo una vez estuviera de vuelta. Pero, al menos, si no me establezco definitivamente, tardaré bastante en irme. Eso lo tengo claro.

—¿Y el trabajo?

—He pedido el traslado provisional. —La tranquilicé—. Hasta dentro de una semana no me incorporo.

—Vale, entonces todo está bien. —Se separó sonriendo, gesto que imité—. ¿Cómo has encontrado tu casa?

—Perfecta. —Le hice un guiño—. Sé de alguien que ha estado manteniéndola constantemente, a pesar de que le pedí que no lo hiciera y que contratara una empresa. —Levanté una ceja, haciéndola reír.

—No me costaba nada, cariño. Me ha servido de distracción —dijo mientras la veía moverse por la cocina.

—Tiene muy buena pinta —me referí a la lasaña.

—¿Cuándo no para tí? —Rio—. Es uno de tus platos favoritos.

—Es que nadie cocina mejor que tú, por eso no vendré mucho a comer.

—¿Y eso?

—Porque me vas a cebar en pocos días como lo haga. —Reímos.

Me levanté para ayudarla y entre los dos rematamos la lasaña. La metí en el horno y saqué un refresco para ella, antes de dirigirnos al porche. El sol apretaba con fuerza, el verano había llegado con intensidad.

—Me encanta —dije cuando nos sentamos en las sillas que acompañaban a la gran mesa de la terraza, cerrando los ojos, sintiendo el calor en la cara—. Aquí todo se recibe mejor.

—En esta época en Berlín ya empieza a hacer calor, ¿no?

—Sí, pero no es la misma sensación. —Curvé los labios.

—Como el hogar, nada —dijo satisfecha.

—Sí —susurré poniéndome serio, interiorizando sus palabras.

—¿Has llegado muy cansado? Tu padre me dijo que te pidió que viajaras como favor, ni siquiera saliste del aeropuerto después de aterrizar del vuelo de Berlín —soltó un suspiro.

—Soy un chaval todavía. —Abrí un ojo, para ver su gesto divertido.

—Y tanto que lo eres.

—Bueno, algunas partes del cuerpo ya hacen mella en mí y me indican lo contrario. —Solté una carcajada.

—¿Con lo que te cuidas? Bah, exagerado. —Movi6 las manos, quitándole importancia.

—Tuve bastante trajín, pero descansé ayer en La Coruña, durante todo el día. —Me encogí de hombros—. El viaje hasta aquí no se ha hecho pesado, ha sido rápido.

—No tendría que haberte molestado —negó.

—No tiene importancia mamá, si la hubiera tenido, me habría negado. —Curvé los labios.

—Lo que me extrañó cuando me lo contó, es que no lo hicieras.

—Ya ves, me pilló de buenas. —Reímos—. Supongo que estaba receptivo al estar recién llegado. La emoción del momento. —Le hice un guiño.

—¿Y cómo fue allí?

—Hice lo que me pidió, hacerme presente en una fiesta. Punto final. En cuanto cayó la noche me largué.

Por unos segundos se quedó mirándome. El que respondiera serio y más rápido de lo normal, llamó su atención.

—¿Algo salió mal?

—No, representé a los Emerson y se acabó.

—Noto algo raro. —Ladeó la cabeza, analizándose.

—Quizás porque no te he dicho que no le puse mucha efusividad a mi intervención. —Sonreí de medio lado—. No era asunto mío meterme de lleno en su trabajo.

—Actuaste bien, hijo. Hace mucho tiempo que te desvinculaste de ello, y no sabes cómo me alegro de que lo hicieras.

—Yo también. —Jugué con la lata de cerveza, arrastrando las gotas de agua por el cambio de temperatura.

—No te sientas mal por no haber hecho más.

—No lo hago, por eso, no. Créeme.

—¿Entonces?

—Nada, estaba pensando en todo lo que tengo por delante. —Curvé un poco los labios.

—El regresar es un cambio importante, sí. —Sonrió con cariño—. Echaba de menos estos momentos.

—Y yo. —Le devolví el gesto—. ¿A qué hora tienes que estar en el hospital dentro de cuatro días?

—A las diez de la mañana —asentí.

—Pues te recojo a las nueve y desayunamos antes de ir, está cerca.

—Me llevas y te vas.

—Ni tú te lo has creído al decirlo. —Levanté una ceja dándole un sorbo a la cerveza sin dejar de observarla, provocando que pusiera los ojos en blanco.

—No quiero que pases el día y la noche en el hospital.

—¿Qué más puedo pedir? Tengo una cita completa con una mujer impresionante que me llena de besos siempre.

—Reímos.

—Gracias, hijo.

—No vuelvas a dármelas porque me enfadaré, ¿vale?

—Está bien. No hay quién pueda contigo —negó.

—Así mejor —asentí satisfecho.

—El otro día me encontré con Félix y Basil —se refirió a mis dos amigos, a Basil ya lo conocéis un poco.

—Me lo dijo Basil —asentí.

—Me obligaron a pararme. Iba cargada porque acababa de salir del supermercado y me quitaron las bolsas de las manos, arrastrándome hasta una cafetería —comentó con cariño, sonreí de oreja a oreja—. Después me trajeron a casa.

—Como debe ser —asentí.

—Oye, y ¿la chica con la que estabas tonteando? ¿Qué pasará con ella si te quedas aquí y durante el tiempo que te decides?

—¿Amber?

—Sí, creo. —Reímos.

—No teníamos nada serio, mamá. Tú lo has dicho, estábamos tonteando. —Me encogí de hombros—. En ningún momento hablamos de ser algo más, solo disfrutábamos de los momentos y de los calentones. —Apreté los labios divertido.

—Oh, me he quedado obsoleta. La juventud me dais muchas vueltas —dijo pensativa, haciéndome reír otra vez.

—Digamos que no he llorado al alejarme, ni mucho menos he pensado en ella desde la última vez que la vi. Y de ello hace más de dos semanas.

—Vaya, pensaba que te gustaba.

—Y lo hace, pero hasta ahí —aclaré.

—No has tenido una relación estable desde que...

—Déjalo —la corté rápido, recostando la espalda en la silla.

—¡Novak! —Se sorprendió, supongo que mi reacción le dio a entender más de lo que debía. Fallo mío al no calcularlo.

—No pasa nada. Si no he tenido una relación estable como dices, es porque nadie me ha llamado la atención para llevarlo a cabo, mamá. No hay problema, tampoco tengo intención de encontrar el amor —negué divertido al ver la mueca que hizo—. Disfruto de lo que me llega, no necesito más y si en algún momento se da, pues ya se verá. No estoy cerrado a nada, pero tampoco abierto.

—¿Cómo se come eso?

—¿Comiendo y digiriéndolo? —Reí, provocando que se uniera a mí.

Nos quedamos en silencio disfrutando del buen día que hacía, aunque llegados a un punto empezamos a

agobiarnos. Entramos al interior de la casa y agradecimos el fresco del aire acondicionado. Veinte minutos después estábamos sentados en la mesa de la cocina, degustando la comida y yo, relamiéndome por lo deliciosa, que me supo la lasaña.

—Ha sobrado —me informó divertida y satisfecha.

—No me tientes. —Puse los ojos en blanco.

—Por un poquito más no pasa nada —insistió.

, —Por hoy tengo el cupo cubierto.

—Pues te la pongo en un táper y te la llevas, que tendrás la nevera vacía. —Se levantó y la paré cuando quiso quitar los platos.

—Yo lo hago. —La imité y recogí la mesa—. Y no voy a negarme a esa propuesta. —Dejé claro, haciéndola sonreír.

Fregué todo lo que había sucio, mientras ella llenaba dos táperes con lasaña y nos tomamos un café en el sofá del salón. Una hora más tarde, cuando noté que hacía esfuerzos por mantener los ojos abiertos, me despedí de ella, pidiéndole que descansara. Salí de la casa con sentimientos encontrados. Por un lado, con temor por la enfermedad de mi madre y lo que pudiera ocasionar, a pesar de lo bien que parecía ir todo. Por otro lado, feliz por el reencuentro y por haber compartido tiempo con ella.

No me importó ni preocupó no ver a mi padre, lo mismo me daba, la verdad. A pesar de mi reticencia y de cómo me sentía con su presencia y sus actos, intentaba siempre mostrar una cara amable y relajada ante él. Pero ello solo se debía a mi madre, para no hacerla sufrir porque yo no me sentía unido a él. Así había sido desde hacía muchísimos años y continuaría siendo, por haberme jodido la vida, tal cual. Y si le sumaba lo desatendida que tenía a mi madre con lo que lo necesitaba...

Arranqué sacudiendo la cabeza y me dirigí a casa. Había llegado a media mañana de La Coruña, solo la había pisado para dejar el equipaje y había salido rápido al encuentro de mi madre. Necesitaba acomodarme, interiorizar estar otra vez de vuelta y descansar, porque no había sido del todo cierto lo que le había dicho de que descansé el día anterior en La Coruña.

Estuve inquieto, nervioso, a penas dormí la noche de la fiesta ni la siguiente. ¿El motivo? El encuentro que tuve con Olaya. Me pasó factura, más de lo que hubiera imaginado y pequé al hacer el intento de ponerme en contacto con ella. Mi intención al escribirle un mensaje fue simplemente para decirle que tenía el camino libre con el cliente, que yo me había apartado sin propiciar que dudara, pero no obtuve respuesta. Es más, bloqueó mi número sabiendo perfectamente quién le había escrito, aunque no reconociera el número de teléfono porque hacía años

que lo cambié.

Después de estacionar en el garaje de casa y de entrar en el interior, recibí un mensaje de Basil que me hizo sonreír y negar. Cuando aterricé, lo avisé de que ya estaba en casa, al igual que a Félix.

En casa, me dije observando todas las estancias por las que pasé hasta llegar a la habitación.

que lo cambié.

Después de estacionar en el garaje de casa y de entrar en el interior, recibí un mensaje de Basil que me hizo sonreír y negar. Cuando aterricé, lo avisé de que ya estaba en casa, al igual que a Félix.

En casa, me dije observando todas las estancias por las que pasé hasta llegar a la habitación.

Capítulo 7



Olaya

—Otra ronda —le pedí al camarero, animada.

Llevábamos casi dos horas en el *pub*, con muy buen ambiente. Ya habíamos pedido varias, pero ninguna de las tres notábamos los efectos del alcohol. Todavía, claro, porque como continuáramos con el ritmo que llevábamos no podríamos ni salir del local por nuestros propios pies.

—¡Qué continúe la fiesta! —gritó a mi lado Iraide.

—Que me dejas sorda —dije con la risa floja.

—Tienes un oído muy fino, yo no me entero de nada con el jaleo que hay. —La igualó en el tono de voz Salma, a mi otro lado.

—Eso, vosotras igualad mi sordera por cada oreja —negué sin poder parar de reír.

—Aquí tenéis, guapas. —Nos sonrió el camarero, divertido, dejando las tres bebidas frente a nosotras.

—¡Tú sí que eres guapo! —le gritó Iraide.

—Gracias —respondió él, riendo.

—A mí también me lo pareces. —Levantó una mano Salma, haciendo que el chico se centrara en ella.

—Pues doblemente gracias. —Se contuvo en volver a reír.

—Yo creo que le ha quedado claro —negué divertida.

—¿No vas a completarlo? —me preguntó directamente.

—¿Eres de los que les gusta que le endulcen los oídos? —Levanté una ceja, sin dejar de sonreír.

—Según en qué momentos no viene nada mal. —Me hizo un guiño.

—Ya se lo ha llevado de calle, jolines —se lamentó Iraide.

—¿Qué dices? Solo estamos hablando, como hacíais vosotras. —Giré la cabeza hacia ella, sorprendida.

—Claro, claro... —Tosió Salma.

—¿Os vais a pelear? —Nos miró a las tres el camarero, entre intrigado y preocupado.

—¿Por ti? —dijimos a la vez las tres.

Los cuatro terminamos soltando una carcajada.

—Tranquilo majo, que para que nos enfademos entre nosotras tiene que haber un motivo de muchooo pesooo. Y, aun así, lloverían las collejas, pero después los abrazos —remarcó Iraide.

—Vale, me dejáis más tranquilo. —Nos hizo un guiño.

—Nos veremos pronto. —Levanté la copa, despidiéndome de él.

—¿Cuándo? —Sonrió de medio lado.

—Cuando estemos sedientas —aclaré riendo.

Le di la espalda y empecé a caminar seguida por mis amigas, hasta el centro de la pista. El local era bastante grande y la parte central la ocupaba una pista en la que la gente bailaba, mientras mesas altas la rodeaban, haciendo un círculo entorno a ella.

Empezamos a movernos al ritmo de la música, o, mejor dicho, al ritmo que las condiciones nos dejaban. Hacía tiempo que habíamos dejado atrás las lamentaciones, las penas, las dudas... nos habíamos desahogado mientras cenábamos, varias horas antes. Dispuestas a disfrutar de la noche, en cuanto pagamos la cuenta en el restaurante, todos los temas que no queríamos recordar se quedaron en el interior de él.

Aunque debo decir que las lamentaciones y las penas, no fueron del todo catastróficas porque las dos botellas de vino con las que acompañamos la cena hicieron el efecto necesario, para tomarnos todo con más humor del que tenía.

Casi una hora después empecé a agobiarme, así se lo grité a mis amigas.

—Necesito salir un poco de aquí. —Las junté para decirlo lo más cerca que pude de sus oídos.

—¿Quieres irte? —Salma hizo un puchero.

—Si queréis continuar, me da igual esperar hasta que os canséis si encuentro un sitio donde descansar un poco, sin tanto agobio. Estoy a nada de empezar a devolver los empujones. —Sonreí de forma exagerada.

—Chica, ¡qué poco aguante con los roces! —Rio Iraide.

—A estas alturas ninguno. —Me encogí de hombros—. Entre el mareílo que tengo y que casi no se puede respirar...

—Te acompañamos fuera de la pista, pedimos otra ronda y buscamos alguna mesa.

—Espero que pueda sentarme, si no, termino haciéndolo encima de una. —Bufé.

—Ya estás pidiendo mucho. —Rio Salma.

—¡Cuidado con las manos! —grité girándome de golpe.

Me encontré con un chico levantándolas, pero riendo a más no poder.

—¿Qué ha hecho? —Se asomó por encima de mi hombre Iraide.

—Manosearme el culo. —Lo fulminé con los ojos.

—Oye tú, cuidadito, ¿eh? —Se dirigió a él y al grupo de cuatro que lo acompañaba—. Que su culo solo lo tocamos esta y yo. —Señaló a Salma.

—¿En serio? —Conforme lo dijo recorrió nuestros cuerpos despacio.

—Si quieres comprobarlo otra vez, sé de unas que estarán encantadas de presentarse a ti. —Sonreí de medio lado.

—¿Quiénes? —preguntó interesado y risueño.

—Estas. —Levanté las dos manos, poniéndoselas en frente para que las viera bien abiertas.

Como respuesta los cinco chicos soltaron una carcajada porque no estaban mejor que nosotras, mientras yo me veía arrastrada por mis amigas, lejos de ellos.

—No me habéis dejado utilizarlas —me quejé.

¹—Calla, que todavía la liamos y nos echan. —Rio Salma.

Llegamos a la barra en la que estaba nuestro amigo camarero y nos hicimos un hueco en ella. Iraide llamó su atención, yo solo pude apoyarme, dándome cuenta de que no iba tan bien como había pensado.

—Me gira todo. —Me tapé la cara con las manos.

—Guapo, para ella y para mí otra ronda —le pidió Iraide, incluyendo a Salma—, para nuestra amiga —sentí su mano en mi cabeza—, un refresco bien frío.

—Vosotras deberíais optar por lo mismo.

—¿Nos ves mal?

—No he dicho eso. —Rio él.

—Nosotras tenemos más aguante, dale sin miedo que sabemos hasta donde podemos llegar —habló Salma, coqueta.

Liberé la vista apartando las manos y las observé. Le estaban haciendo ojitos las dos y me entró la risa floja. Cuando tuvimos las bebidas le di un trago largo al refresco. Me hicieron compañía en la barra, hasta que yo terminé. Ellas se lo tomaron con más calma, lógicamente.

—Creo que me voy a ir —dije en tono bajo.

—¿Qué has dicho? —Se inclinó hacia mí Iraide.

—Que me voy. —Alcé la voz—. No me quedan muchas fuerzas. —Me recosté en la barra.

—Espera a que nos las terminemos y salimos las tres —me pidió Salma, levantando la copa.

—Vale —dije con un suspiro.

Veinte minutos después, los que se me hicieron interminables, caminábamos hacia la salida, agarradas de los brazos y haciendo una barrera. El tiempo de espera y el refresco que me había tomado no ayudaron mucho a que el alcohol que tenía en el cuerpo menguara, y a que el mareo aflojara. De lo único que tenía ganas era de llegar al ático y de lanzarme en la cama para descansar todo lo que necesitaba.

Íbamos por el último tramo para salir del bullicio de la gente, aunque por donde pasábamos no se amontonaban muchos grupos de personas. Eso fue lo que facilitó a que mi cabeza girara rápido, más de lo que podía soportar en ese instante, al detectar algo que llamó mi atención. Me paré en seco, haciendo frenar a mis amigas.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas ir al baño antes de salir? —Quiso saber Salma.

Ignoré sus preguntas porque el mareo se intensificó, y porque estaba muy entretenida en intentar centrar la vista, moviéndola por una zona concreta para saber si estaba en lo cierto o no.

—¿Olaya? ¿Te encuentras muy mal? ¿Quieres...?

—Un momento. —Fue lo único que conseguí pronunciar, sin apartar la vista de todo lo que había cerca de la pared que quedaba a la izquierda.

Hice algunos recorridos más, hasta que solté varios suspiros porque no encontré a quien creía haber visto, pero me atraganté con la respiración en el momento en el que el cuerpo de un hombre se movió y dejó visible a otro. Agrandé los ojos. Apartado y con la vista fija en mí, estaba Novak. Durante unos segundos ninguno de los dos se movió ni apartó la atención, hasta que él, ni corto ni perezoso, cogió una copa de una mesa y la levantó hacia mí, antes de darle un trago a la bebida sin dejar de observarme.

—Me cago... Modo carrera ¡yaaa...! —Tiré de los brazos de mis amigas, todo lo disimuladamente que pude y las guie hacia la salida, como si estuviera perfectamente y controlara a mi cuerpo.

No era así ni por asomo, no sé de dónde saqué las fuerzas y la concentración, pero lo hice, me iba mucho en ello. Escuché lejanas las preguntas de mis amigas, pero ni me paré a prestarles atención hasta que no saliéramos del *pub*. Cuando traspasamos la puerta y estuve a salvo, hice una mueca al sentir el calor del exterior. Era asfixiante, con lo bien que me hubiera venido que fuera fresco para aclararme la cabeza.

—Joder, se está peor fuera que dentro —se quejó Salma.

—Ya te digo. Vamos a pedir un taxi y entramos otra vez hasta que llegue —comentó Iraide.

—No —respondí rápido.

—No nos moveremos de detrás de la puerta, pero, al menos, algo más frescas estaremos —continuó.

—No —repetí.

—¿Qué te ha dado? —Me miró intrigada Salma.

—¿Qué le va a dar? —Rio Iraide—. Ahora mismo no sabe ni lo que quiere. —Siguió riendo.

—Pues las dos negaciones han sonado muy rotundas. No sé yo, ¿eh? —Dudó Salma.

—Nos alejamos de aquí y cuando lleguemos a la esquina de la calle llamamos a un taxi para que nos recoja en ella. —Di varios pasos, temblorosa e inestable.

—Un momento. —Me paró Iraide, agarrándome de golpe de un brazo, haciéndome perder la estabilidad.

—Jolines, que estoy haciendo esfuerzos para no caerme con los zapatos de tacón. —Bufé.

—Perdona. —Rio—. ¿Qué pasa?

—¿Qué va a pasar? —Puse los ojos en blanco—. Que quiero irme. —Bufé—. Estoy agotada, alcoholizada, el mareo no me deja ver bien y los zapatos están terminando conmigo.

—Quítatelos. —Salma bajó la mirada hacia mis pies.

—Como lo haga no podré ponérmelos otra vez, los tengo hinchados —suspiré haciendo una mueca por los pinchazos que sentía.

—Inténtalo otra vez. —Me giré hacia Iraide que fue la que habló.

Me la encontré con los brazos cruzados y con una ceja levantada, esperando a que volviera a hablar.

—¿El qué? —Fruncí el gesto.

La vista me traicionó y la dirigí hacia la puerta para controlar la situación, aunque lo hice mirándola de reojo. Cuando volví a centrarme en Iraide continuaba igual, pero en sus labios se había formado una sonrisa de medio lado, interpretando el motivo por el que quería alejarme de allí lo más rápido posible. Y es que, nunca actuaba de esa forma, a no ser que... A pesar de los años que hacía y habían pasado, no había margen de error y más sabiendo que él debía estar en la ciudad.

—Lo has visto, ¿no? —habló por mí y la mueca que le devolví le contestó.

—¿A quién? Joder, que no estoy lúcida. ¿Qué me he perdido otra vez? —intervino Salma.

—A Novak, nena. Céntrate y busca la luz entre tantos grados de alcohol —negó Iraide.

—¡No fastidies! ¿Estaba dentro?

—Es obvio, porque fuera solo estamos nosotras. —Soltó una carcajada Iraide.

—Haced lo que queráis. Me largo a casa por mi cuenta —solté mosqueada.

A tomar por saco los zapatos, me dije deshaciéndome de ellos. Me los quité y cerré los ojos por unos segundos al sentir el fresco de la acera, en plano. Esa fue mi primera reacción sintiendo alivio, pero la mueca de asco no tardó en aparecer en mi cara en cuanto empecé a caminar. Me dio igual, pesó más la comodidad que el asquito que me dio caminar descalza. Nada que no se solucionara con un buen lavado de pies al llegar a casa.

Gracias a ello caminé más ligera. Pero no me fui sola, enseguida escuché los tacones de mis amigas detrás de mí. A pocos metros de llegar a la esquina me paré al darme cuenta de que no las oía. Me giré hacia ellas para saber el motivo y las encontré mirando hacia atrás, hacia la puerta del *pub*.

Llevé la vista hacia el mismo punto y cogí varias bocanadas de aire al ver a Novak apoyado en la fachada, al lado de la entrada del local. Miraba en nuestra dirección y me tocó todo lo inimaginable por el simple hecho de que estuviera observándonos y pendiente de nosotras.

¿Y qué hice? Tomar las riendas de la situación y lo que hubiera hecho cualquier adulto centrado, una pedorreta ruidosa destinada solo a él. Así, tal cual, con un posterior levantamiento de dedo para que le quedara más claro lo que me parecía su presencia y su atención.

Iraide y Salma al escuchar el ruido que hice giraron hacia mí. Primero con expresión de sorpresa en las caras, pero no tardaron en borrarla para pasar a soltar varias carcajadas con las que se doblaron, literalmente. Les di la espalda a todos, porque Novak no se había inmutado ni se había movido, y continué mi camino para salir de su visión.

Me tocó la moral ver desde la distancia el inicio de una sonrisa, cómo sus labios quisieron curvarse, pero lo controló, por como yo había reaccionado. Me cagaba en todo una y mil veces, directa y literalmente. Joder, joder, ¿Por qué ha tenido que regresar? ¿Y por qué narices he tenido que encontrármelo, con lo grande que es la ciudad? ¿Y para qué mierda ha salido del local? Bufidos y más bufidos fueron mis respuestas a las preguntas que me hice.

—Solo a ti se te ocurre actuar así, todo un portento de seriedad. —Rio Iraide a mi lado.

—Demasiado bien lo he hecho —siseé.

Saqué el móvil del bolso para llamar a un taxi, pero Salma me lo quitó de las manos.

—Ya lo hago yo, que capaz eres de darle otra dirección por cómo estás —dijo divertida.

Caminamos hasta un portal y nos sentamos en las escaleras a esperar. La poca luz de una farola cercana nos adormeció a las tres, haciendo esfuerzos por mantenernos despiertas hasta que el taxi apareciera. Diez minutos después paró en doble fila y nos levantamos ayudadas por las tres, entre risas.

La primera que se bajó fui yo, ya que mi bloque era el primero en el recorrido. Me despedí de mis amigas con dos besos y del taxista con un gesto de la mano y salí caminando todo lo rápido que pude hasta el portal, con el bolso colgado de un hombro y los zapatos de una mano.

Entré en el ático y después de dejar la puerta bloqueada, me dirigí directamente a la habitación, para ponerle solución a la suciedad de los pies. Me desprendí del vestido dejándolo tirado en una silla. No pensaba ducharme, pero sí entrar en la bañera para lavarme los pies en condiciones. Antes de entrar en el baño encendí el aire acondicionado para que fuera refrescando la estancia.

Sentada en el borde de la bañera, mirando hacia dentro, solté un gran suspiro cuando sentí el agua fría en los pies. Así estuve durante unos minutos, hasta que me los lavé a conciencia. El último esfuerzo que hice fue desmaquillarme, no muy bien, pero ya le pondría remedio a la mañana siguiente porque en ese instante no estaba para más.

Me tiré en la cama apagando la luz, sin pararme a ponerme el pijama. Me molestaba todo. Me cubrí hasta la cintura con la sábana por el aire acondicionado, dejando la parte alta al descubierto y desnuda, mientras abrazaba la almohada escondiendo la cabeza en ella. Volví a suspirar por lo a gusto que me sentí, con los ojos cerrados.

, Con lo bien que iba la noche y el cierre peor no había podido darse, me lamenté en pensamientos, recriminándom
a la reacción que había tenido ante él. Le había dado motivos para saber que su presencia, de una forma u otra, me importaba y afectaba. Y hacía tiempo que me prometí a mí misma que si volvía a encontrármelo alguna vez, en la situación que fuera, jamás le daría indicios de nada. Simplemente lo esquivaría y pasaría de largo.

Había fallado, pero todo provocado por el alcohol, y maldecí entre murmullos al no haber tenido el control de mi cuerpo y de mis reacciones, mientras sentía que los párpados me pesaban cada vez más y poco a poco dejaba de ser consciente de todo, entrando en un sueño profundo y bien recibido.

—La próxima vez será muy diferente, aunque espero que no vuelva a darse nunca más. —Escuché mi propia voz lejana y débil, pausada como la respiración.

Había fallado, pero todo provocado por el alcohol, y maldecí entre murmullos al no haber tenido el control de mi cuerpo y de mis reacciones, mientras sentía que los párpados me pesaban cada vez más y poco a poco dejaba de ser consciente de todo, entrando en un sueño profundo y bien recibido.

—La próxima vez será muy diferente, aunque espero que no vuelva a darse nunca más. —Escuché mi propia voz lejana y débil, pausada como la respiración.

Capítulo 8



Novak

Apoyado en la fachada, sin moverme, me quedé unos minutos fuera del local con la vista fija en la esquina por la que habían desaparecido Olaya y sus amigas. Había sido consciente en todo momento de que estaban dentro, a pesar de que me había mantenido alejado porque el agobio de la gente podía soportarlo el tiempo justo que me duraba una copa, el resto necesitaba tomar distancia del bullicio.

Me di cuenta nada más llegar, al ir hacia la barra para pedir. Las localicé y por cómo vi interactuar a las tres desde lejos, me dio a entender que llevaban bastante tiempo dentro.

En el mensaje que recibí de Basil al poco de entrar por la puerta de mi casa, después de llegar de estar con mi madre, me decía que por la noche saldríamos a celebrar mi regreso, junto a Félix. Con tiempo de sobra, me di una ducha y me eché un rato a dormir. Cuando me espabilé me arreglé y fui en busca de mis amigos.

Al primero que recogí fue a Basil porque su casa quedaba más cerca en el recorrido. Tanto con él como con Félix, el reencuentro fue entre abrazos, alegría y bromas. Hicimos una parada más larga en el piso de Félix, en el que no tomamos una cerveza haciendo tiempo para ir a cenar. Media hora larga después nos montábamos los tres en mi coche y nos desplazamos hasta el restaurante al que solía ir con ellos, muy a menudo, antes de mi cambio de vida.

Cenamos con calma, en un buen ambiente, interiorizando que volvíamos a estar juntos y lo que se alargaría, hasta que yo tomara una decisión definitiva. Cada uno comentó cómo le habían ido en los últimos días porque, a pesar de mi distancia física, siempre continuamos muy en contacto con llamadas, mensajes, videollamadas y viajes de vacaciones de unos u otros. Nuestra amistad se inició en la infancia, la que habíamos mantenido cuidándola como un tesoro para no distanciarnos ni lo más mínimo.

Con todas las posibilidades que había y las que daba la ciudad, en ningún momento imaginé que iríamos a parar a un *pub* en el que también estarían Olaya, Iraide y Salma. Sí, las conocía bastante bien a las tres, al igual que mis amigos. Al menos, lo hice años atrás, porque a saber cómo les había cambiado la vida a todas durante el tiempo que me había mantenido fuera.

No era un tema de conversación entre nosotros. Siempre lo habíamos esquivado y apartado, desde bastante antes de que me decidiera a cambiar de país para vivir. La realidad era que, si Basil o Félix coincidían con ellas en algún momento, lo que daba por hecho y era normal al vivir todos por la misma zona, en ninguna ocasión iban a decírmelo o a hacer algún comentario al respecto. Ellos mejor que nadie sabían que era un tema vetado para mí.

Desvié la vista hacia lo que quedaba delante de mí. La calle estaba tranquila, casi en silencio. El sonido del interior del *pub* no se diferenciaba en el exterior al estar insonorizado. Cogí una bocanada de aire caliente por la temperatura que hacía, y eso que era bien entrada la noche, pero ni por esas daba un respiro el calor y la sensación de agobio.

Sacudí la cabeza y apreté la mandíbula al recordar la reacción que había tenido Olaya. Que no era plato de buen gusto para ella creo que ya os quedó claro desde el principio, pero algo en mí quiso pensar que después de tantos años el ambiente enrarecido entre los dos se habría evaporado, o, al menos, menguado. Ese pensamiento se aniquiló al ver cómo se comportó por mi inesperada presencia y aparición en la fiesta que organizó David, en La Coruña.

No es que yo tomara una actitud diferente a la suya. No, la igualaba. Siempre había sido así por los motivos que nos llevaron a enfrentarnos en el pasado. Aunque debo decir que después de descubrir ciertas cosas que me tocaron los cojones, cuando ya llevaba un tiempo viviendo en Berlín, mis pensamientos y mi actitud dieron un cambio respecto a ella.

Eso y que simplemente maduré de golpe, por lo visto más que ella. Fruncí los labios, divertido, al recrear en la memoria la pedorreta ruidosa que me había dedicado desde la distancia y el levantamiento de dedo, uno muy significativo.

s—¿Qué haces aquí? —Asomó la cabeza Félix, por la puerta—. Llevamos un rato buscándote.

Ninguno de mis amigos sabía que las había visto, encontrándolas casi al final de la barra cuando llegamos. Me lo tragué y callé, disimulando y entreteniéndolos para que no se dieran cuenta de quiénes estaban también en el *pub*.

—Si te digo que necesitaba un poco de aire fresco no cuela, ¿verdad? —Sonreí separándome de la pared.

—Hombre, pues no. —Rio—. La diferencia de temperatura aquí te da una bofetada. —Hizo una mueca—. Y mira que dentro es agobiante, pero algo se nota el aire acondicionado.

—Vamos. —Me acerqué a él.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Cuando te aíslas siempre hay un motivo, y no bueno. —Me miró con curiosidad.

—No me apetece hablar de ello ahora —comenté pasando por su lado.

Con esa frase cerré la posibilidad de que continuara indagando. Me siguió al momento.

¹ —Vale, captado —aceptó y sonreí de medio lado.

Llegamos a la mesa que estábamos ocupando, sin encontrar a Basil. Félix me informó de que estaría dando vuelta por el local para encontrarme.

—¡Qué control! Ni que fuera a perderme. —Reí sacudiendo la cabeza.

—Llevas mucho tiempo fuera, las cosas han cambiado —dijo serio y lo miré levantando una ceja. Terminamos los dos riendo.

Me llevé la copa a los labios y di un trago. Miré el reloj, las cuatro de la madrugada estaban cerca.

—¿Queréis continuar la noche? Yo cuando aparezca Basil me voy a casa. Para ser el primer día y recién aterrizado, ya he tenido bastante. Os dejo las llaves de mi coche y pido un taxi.

—No digas tonterías, nos vamos todos. —Me quitó la intención—. Tampoco hay nada interesante por lo que alargar la noche y queda menos de una hora para que cierren.

—Como quieras, a ver qué opción elige Basil —comenté llevando la vista hacia las personas que nos bloqueaban la visión.

Poco se veía desde nuestra mesa. La fiesta estaba en su pleno apogeo y la gente lo daba todo al ritmo de la música dentro y fuera de la pista de baile con las bebidas en alto.

¹ La cabeza de nuestro amigo apareció a lo lejos y reí al diferenciar en su expresión el agobio que tenía.

—Joder, macho. Mira si te quiero y me he preocupado, que me he lanzado al ojo del huracán. Hacía tiempo que no me manoseaban tanto. —Bufó, haciéndonos reír a Félix y a mí.

—Eso que te llevas antes de irnos, al menos a ti te han palpado —comentó Félix, en tono de humor.

—Si al menos hubiera sabido de qué manos venían los toqueteos. —Rio él.

—Estábamos hablando de irnos cuando llegaras, pero si te apetece...

—Ni lo digas. En este local no hay mucho más que hacer, a no ser que te dejes llevar por los empujones y termines de un lado al otro —negó.

—Por mí nos podemos ir ya —propuso Félix y asentí.

s Deslicé mi copa al centro de la mesa y cuando se movieron los seguí de cerca. Era la segunda que me había pedido y la dejaba casi entera, pero teniendo en cuenta que iba a conducir... había sido un gustazo volver a hacerlo con mi coche, en el que invertí un dineral para comprármelo. Pero poco lo pude disfrutar porque a los pocos meses de que me lo dieran, me largué dejándolo encerrado en el garaje de mi casa. Mis amigos se habían encargado de ir moviéndolo y de hacerle todos los controles para mantenerlo activo, al igual que todas las inspecciones para que pudiera circular sin problema.

s

Nos despedimos de Félix enfrente del portal de su bloque, quedando en llamarnos y volví a circular tomando la dirección de la casa de Basil.

—Estás muy callado —dijo bajando el volumen de la música.

No tenía mucho volumen, pero la dejó al mínimo, casi apagada.

—Estoy cansado, que no es lo mismo —le rectifiqué.

—¿Seguro que solo es eso?

—Sí —afirmé cuando me paré en un semáforo.

,

—Y yo que pensaba que habías visto lo mismo que yo —comentó haciéndose el distraído. Lo miré de reojo.

—¿A mucha gente?

—A una persona en concreto —aclaró.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Fijé la mirada hacia delante.

—Desde que hemos llegado, como tú. Que te pusieras a decir chistes en la barra y te movieras bloqueándonos la visión, me hizo mirar disimuladamente y con interés. ¿Tú, chistes? ¿En serio, tío? ¿Cuántos has contado a lo larg

de tu vida? —negó riendo.

—Joder, yo qué sé. ¿Por una noche no podía simplemente estar gracioso? —Puse los ojos en blanco.

—Claro que sí. Berlín te ha cambiado todo lo que no lo ha hecho España, no te digo.

—Pensaba que solo yo me había dado cuenta —negué.

—Pues ya ves que no, el único que se salva es Félix. —Se encogió de hombros.

—Da igual, me ha dado lo mismo lo que he visto.

—No es verdad, los ojos se te iban todo el rato haciendo recorridos. Poco ibas a ver desde donde estábamos, pero...

—Por eso he elegido la mesa —lo corté.

—Lo sé —dijo divertido—. Lo que no quiere decir que, por muy apartados que nos hemos quedado, hayas dejado de estar en alerta. Cuando he vuelto del baño y no te he visto, y después de que Félix me dijera que te había perdido de vista, me he adentrado al follón por si te habías acercado a ella. Por unos instantes hasta he pensado que te habría dado un telele con tanta gente.

—La última hora ha sido agobiante.

—Sí.

—Solo he salido a la calle a despejarme.

—Vale.

—Las has visto irse, ¿verdad? —Lo miré de reojo.

—Sí. —Apretó los labios y puse los ojos en blanco, antes de volver a circular.

—No me he acercado.

—También lo sé, lo doy por hecho. Lo que me lleva a preguntarme... ¿Lo harás alguna vez?

,

Me quedé en silencio, no supe lo que interpretó con ello, pero es que no sabía la respuesta a su duda. Mi intención al regresar a España era empezar de cero, con todo lo que ello conllevaba. Como también necesitaba estar cerca de mi madre, ver su evolución directamente y sí, no voy a negar que, en cierta forma, me hacía bien estar de nuevo en la que consideraba mi casa. ¿Que si me iba a acercar a Olaya? ¡Qué más daba si me lo proponía o no! La había encontrado a muchos kilómetros y esa noche, todo sin premeditarlo y en poco tiempo.

Siendo sincero, al ir hasta La Coruña por el trabajo de mi padre, sabía que me encontraría a su competencia, pero ni por asomo que sería Olaya. En todo momento pensé en su padre. Ni siquiera me preparé para el impacto que me llevó cuando la vi entrar en el salón donde se celebraba la fiesta que organizó David, en representación a su empresa Debon.

Verla de nuevo, después de tantos años... Me removió demasiadas cosas que se habían apaciguado con el tiempo. La gracia de la vida y sus cosas, fíjate, lo último que imaginaba sucedió, y no solo una vez. Y teniendo en cuenta que no hacía ni un día que estaba de vuelta en la ciudad...

—¿Cuándo empiezas a trabajar?

—Dentro de una semana —respondí en tono bajo, saliendo de mis pensamientos.

—No tendrás problema en adaptarte —aseguró y asentí.

—No dudo de ello —confirmé acercando el coche a la acera, a pocos metros de su casa.

En la zona en la que vivía Basil no había el mismo problema que en la de Félix, para estacionar. Basil vivía en una urbanización tranquila, Félix lo hacía casi en el centro de la ciudad y yo, un poco más alejado de los dos porque siempre me había gustado la máxima tranquilidad, prefiriendo la distancia.

—Espero que te amarren bien en el trabajo y con la responsabilidad laboral. Y si nos sumamos tus amigos y tu madre, así decidas quedarte para siempre. —Giré la cabeza hacia él, sonriendo.

—Os he echado de menos.

—Y nosotros, tío. No era lo mismo sin ti. —Hizo una mueca.

—Anda sal ya, que al final nos ponemos melancólicos —negué divertido.

—Sigues siendo un aguafiestas. —Rio—. Ahora venía la mejor parte, la de los dos emocionándonos, para terminar abrazados, rememorando viejos tiempos.

—Descansa —dije con tono divertido cuando abrió la puerta.

e

—Igualmente. —Medio giró haciéndome un guiño.

Lo vi caminar directo hacia la entrada principal y me puse en marcha, directo a casa. Que estaba cansado no era mentira, demasiado. No tanto de cuerpo, sino de pensamientos, por las vueltas que le daba a todo. Tenía varios frentes abiertos y uno de ellos me había salido rodado para iniciarlo, sabiendo que terminaría metido de lleno en él.

Pero para ello necesitaba más tiempo porque los mejores resultados se obtenían actuando sin precipitarse. Era algo que había aprendido con el tiempo y en mi trabajo, llevándolo a rajatabla siempre.

a

—Descansa —dije con tono divertido cuando abrió la puerta.

—Igualmente. —Medio giró haciéndome un guiño.

Lo vi caminar directo hacia la entrada principal y me puse en marcha, directo a casa. Que estaba cansado no era mentira, demasiado. No tanto de cuerpo, sino de pensamientos, por las vueltas que le daba a todo. Tenía varios frentes abiertos y uno de ellos me había salido rodado para iniciarlo, sabiendo que terminaría metido de lleno en él.

Pero para ello necesitaba más tiempo porque los mejores resultados se obtenían actuando sin precipitarse. Era algo que había aprendido con el tiempo y en mi trabajo, llevándolo a rajatabla siempre.

Capítulo 9



Casi dos semanas después del viaje...

Olaya

—¿Un café? —Escuché la voz de Iraide y levanté la cabeza, sorprendida.

—¿Qué haces aquí?

—¿Venir a ver a mi amiga? Vaya pregunta —dijo entrando en mi despacho.

—Lo evidente lo sé —negué—. Pero dijiste que hoy empezabas en el nuevo trabajo.

—Eso creía, pero esta mañana solo he ido para que mi superior me haga un recorrido por la empresa y me presente en el departamento en el que trabajaré a partir de mañana. —Se encogió de hombros, ocupando la silla que quedaba enfrente de mí—. Soy libre hasta entonces.

—Bien, ¿no?

—Pues sí, la primera impresión ha sido muy buena. Al menos se ve buen ambiente y me han recibido sonrientes, ya te lo diré de aquí a un tiempo. —Sonrió de medio lado.

—Esperemos que la respuesta siga siendo la misma.

—¿Qué haces? —Se apoyó en la mesa.

—¿Trabajar?

—Ahora mismo, no. —Me sacó la lengua.

—Pues vamos a aprovechar para tomar ese café. —Me levanté provocando que hiciera lo mismo.

—Me parece genial, y así me explicas el motivo del humor tan bueno que tienes últimamente. Interpretalo con mucha ironía —dijo con guasa.

—Sabes la respuesta.

Salimos de mi despacho y nos dirigimos hacia la sala conjunta. Estaba equipada con una cafetera y todo lo necesario para utilizarla en pequeños descansos. Entramos directas dispuestas a prepararlos.

—Pues ya puedes templar los ánimos y acostumbrarte porque por lo que nos explicaste puede ser definitivo. —Carraspeó.

—Estoy en ello.

—¿No sabes nada nuevo?

—Negativo.

—Podrías preguntarle a tu padre, seguro que con varias llamadas indirectas sabría lo que se cuece en la familia Emerson.

—Podría, pero no lo voy a hacer. —Le dejé claro, mirándola de reojo.

—¡Vaya sorpresa! —nos interrumpió la voz de mi padre a nuestras espaldas y nos giramos hacia él.

—¡Don Matías! ¡Qué alegría verlo! —Iraide lo recibió con un abrazo, dirigiéndose a él en tono de broma.

—Como ayer, ¿no? —Rio él.

Correcto, el día anterior quedamos por la tarde para tomar un café y me acompañó un momento a la casa de mis padres.

—Pues sí, y como el resto de los días. —Se unió a él en las risas.

—¿Venías a por uno? —Levanté un vaso vacío, la cafetera todavía se estaba calentando.

—No, te estaba buscando y ahora que te veo en tan buena compañía aprovecho para deciros que os vayáis a tomar

el café fuera. Por hoy se terminó.

—Aún queda una hora para...

—¿Le vas a rebatir al jefe? —Se cruzó de brazos mi padre.

—Eso digo yo. A ver cómo sales de esta, amiga —intervino Iraide.

—Tiene gracia que tú hagas ese comentario cuando sabes que al jefe siempre le rebato. —Reí.

—Por fin.

—¿El qué? —Me centré en mi padre.

—Que por fin te veo reír dentro de este edificio, después de varios días en los que había que llamar a tu puerta despacio para no sobresaltarte más. —Levantó una ceja.

—Un poquito exagerado, ¿eh? No os unáis que lo estoy viendo venir. —Los señalé con el vaso que todavía no había soltado.

—¿Nos está intentando amenazar con eso? —Mi querida amiga se inclinó hacia mi padre.

—A simple vista yo diría que sí, ¿no? —Le siguió la broma él.

—Cuando aunáis fuerzas me caéis muy mal —negué divertida dándoles la espalda.

Recogí todo lo que había sacado, dejándolo en su lugar y me volví otra vez hacia ellos. Me observaban con una gran sonrisa los dos y terminé poniendo los ojos en blanco.

—¿Para qué me buscabas?

—Si es que me liais como siempre y se me olvidan las cosas —comentó negando, con tono de humor—. Para avisarte de que mañana llega David, viaja para reunirnos.

—¿Hace falta que esté presente? —Quise saber sin hacer alusión a nada.

Los pequeños detalles que se dieron en la fiesta y al día siguiente en el que cerramos el contrato no se los aclaré.

—No es necesario si no quieres, ya lo sabes. —Ladeó un poco la cabeza, observándome con más atención—. Pero me gustaría saber el porqué de esa pregunta cuando la reacción normal hubiera sido otra.

—Es que tengo mucho lío.

—¿Y no tendrá nada que ver con su insistencia para que mañana estés presente?

Se me escapó. Maldecí en susurros, dándole la información que necesitaba.

—Eres un crac, Matías. No se te escapa una. —Se colgó de su brazo Iraide, satisfecha.

—Ya veo. —La miró de reojo y después dejó fija la vista en mí—. Pero por lo visto voy perdiendo facultades porque esta vez sí que me he perdido algo. —Levantó una ceja.

—No es nada papá.

—Eso lo decidiré yo cuando me lo expliques, porque lo harás. Pero ahora no, iros ya.

—Vamos nena, que el jefe nos está echando y puede cambiar de opinión en cualquier momento. —Se acercó a mí Iraide y me agarró de una mano, tirando de ella.

—Buena vía de escape —dijo en alto mi padre, haciéndonos reír a las dos.

Medio giré hacia él y le lancé un beso, gesto que recibió sonriendo, pero negando con la cabeza, dándome a entender que teníamos una conversación pendiente y a poder ser, antes de que finalizara el día, y no solo referente al dueño de la empresa Debon.

Regresamos a mi despacho. Mientras Iraide se entretenía con el móvil unos minutos para darme tiempo, hice una llamada que tenía pendiente y recogí, dejándolo todo organizado, después de apagar el ordenador.

—Vamos. —Llegué a su lado metiendo el móvil en el bolso. Ya me esperaba de pie.



Con la respiración desacompasada aminoré la velocidad, hasta que me paré descolgando la llamada desde los auriculares, comprobando de quién se trataba en la pantalla del móvil, desde la funda transparente.

—Papá.

—Te he pillado en mal momento.

—Te llamo en media hora, ya estaré en casa. —Caminé hacia una fuente y me mojé la nuca, sintiendo alivio al instante.

—Vale, no te pares. Aquí estaré.

Colgué quitándome los auriculares inalámbricos para mojarme la cara y un poco el pelo con una mano. Llevaba una hora y media corriendo en la calle, a muy buen ritmo. Eran las ocho y cuarto de la mañana, ya tenía medio recorrido hecho de regreso y me dispuse a continuar hasta llegar a casa, para darme una ducha y prepararme para ir a la oficina.

Me sequé como pude y volví a ponerme en los oídos los auriculares. Acompañada por la música retomé la carrera. No tenía ni pizca de ganas de llegar a la empresa, esa era la realidad y cuanto más tarde lo hiciera, mejor. Al final la noche anterior no hablé con mi padre, no sabía sobre qué hora llegaría David, pero todo me impulsaba a saltarme el horario ese día y tomármelo sabático. En lo referente a ir a la oficina, porque trabajar podía hacerlo desde el ático, conectándome desde el ordenador. Con esa propuesta para mi padre en mente, forcé a mis piernas a ir más rápido, para hacer el último tramo de esprint.

A punto de salir del gran parque en el que llevaba un buen tiempo, las piernas se me aflojaron cuando delante de mí, bastante a lo lejos, me pareció distinguir una figura en movimiento que me puso en tensión. Parpadeé varias veces y me retiré el sudor, sin dejar de correr, enfocando la vista.

—Mierda —me dije cuando la presencia se hizo más nítida.

Novak venía corriendo en sentido contrario, directo hacia mí por el camino asfaltado. ¿También me va a fastidiar en mi rutina diaria? Me dije mosqueada. En alguna ocasión optaba por variar el recorrido, pero lo habitual era que siempre me adentrara en el parque porque con las dimensiones y los caminos que tenía, daba mucho juego. Ni siquiera hacía falta pasar por la misma zona en varios días porque había mucha elección de direcciones que se apartaban de las otras.

Con un movimiento rápido, agradeciendo que no estaba atento y parecía concentrado, cambié de sentido, desviándome, y me adentré por la arboleda dejando atrás el camino. No me paré, volví a forzar las piernas para salir cuanto antes de allí. Casi sin respiración, sofocada y con un calor corporal increíble, abrí la puerta del portal de mi edificio.

Temblorosa por el esfuerzo fui hacia el ascensor. La puerta se abrió al instante y solté un suspiro en el interior, después de marcar la última planta. Me apoyé en una de las paredes, dejando fija la vista en el gran espejo que tenía enfrente. Mi cara estaba enrojecida, mis labios entreabiertos mientras la respiración se me estabilizaba, tenía

el pelo pegado a la cara, con parte de él recogido en un moño mal hecho a esas alturas. La camiseta se me pegaba al pecho por el sudor y el agua que me había caído encima al mojarme.

Todos esos datos son los más normales después del ejercicio que había realizado, pero lo que no he mencionado es cómo tenía la mirada. Observándome fijamente, me analicé. Mis ojos transmitían demasiadas cosas: rabia, impotencia, enfado... pero el brillo de ellos no correspondía con todas las emociones que sentía. Maldecí separándome de la pared del ascensor cuando llegó a mi planta y la puerta se abrió.

Di los pocos pasos que me separaban del ático y busqué la llave en un pequeño bolsillo del pantalón de deporte. Al igual que mi vivienda había una más. Solo dos áticos ocupaban la última planta, cuando el resto de ellas se componían por cuatro pisos. Menos puertas y el doble de tamaño en el interior, equiparable al de dos pisos unidos. Eso era lo que encontrabas en los interiores.

Me enamoré de él en cuanto lo vi: por la zona tranquila en la que estaba y las vistas que ofrecía desde la altura, por la amplitud que tenía y por la terraza grande donde me gustaba pasar muchos ratos. En ella, en el centro, tenía un jacuzzi de medidas considerables, pero que no utilizaba como tal, sino que le daba el uso de piscina. Era lo suficientemente grande como para aplacar el calor del verano, en remojo, sin que supusiera mucho exceso de peso. Un poco desplazada, una mesa grande lo acompañaba, con sillas cómodas a su alrededor. Muchas eran las noches en las que, con mis amigas, nos montábamos nuestra fiesta privada en ese espacio. Apartadas hacia un lateral había varias hamacas con una sombrilla. Mi mini paraíso y mi refugio.

Al cerrar la puerta fui directa hacia el pasillo, con la necesidad de pasar por la ducha antes de devolverle la llamada a mi padre. Preparada para ello, en cuanto me deshice de la ropa en el baño que daba a mi habitación, me metí en la bañera de hidromasaje. Fue uno de los caprichos que me di cuando adquirí el ático, al igual que la elección de toda la terraza.

El antiguo propietario me lo vendió de primer uso, nadie vivió en él anteriormente. Todo estaba para estrenar, impecable, y poco hice o cambié porque incluso la decoración me encantó. La bañera parecía una minipiscina, de gran espacio en la podían estar varias personas sin problema, pero era solo para mí. La verdad es que no solía llenarla a menudo, rara era la vez la que me paraba a ello, solo cuando realmente me apetecía. Diariamente con utilizar la columna de la ducha tenía de sobra.

Como en ese instante, al sentir el agua caerme por la cabeza. Cerré los ojos y levanté un poco la cara, para sentirlo en ella. Necesitaba quitarme toda la pesadez que llevaba encima, junto a todas las sensaciones. Era consciente de que debía cambiar la forma de enfrentarme a ciertas situaciones, más que nada porque se podían repetir en el tiempo.

Me pondría a ello, lo tenía claro, pero todavía quedaba un poquito para que tomara las riendas de todo lo que implicaba hacerlo. Después de relajarme y soltar un suspiro, me enjaboné y no tardé en salir. Me sequé el cuerpo ; me quité el exceso de agua del pelo, antes de cubrirme con una toalla y de sacar el móvil de la funda.

Busqué el número de mi padre y marqué.

—Olaya —respondió al segundo tono.

—Papá, acabo de salir de la ducha.

—Tranquila, no había prisa. ¿Cómo ha ido?

—Bien, como cada día. Aunque con estos calores voy a plantearme más de un día correr en la cinta con el aire acondicionado.

—No me extraña. —Rio.

—Te quería proponer algo. —Tanteé.

—Tú dirás.

—¿Qué te parece si trabajo hoy desde casa?

Durante unos largos segundos solo nos acompañó el silencio.

—¿Por algún motivo en especial?

—Sabes que no suelo...

—Olaya, no es por el hecho de que trabajes desde casa. ¿Desde cuándo eso es un problema? Eres consciente de que tienes plena libertad y ni tendrías que decírmelo, solo faltaría. Simplemente me gusta estar avisado para no preocuparme si no te veo por la oficina, porque sería muy raro que no aparecieras. Mi pregunta anterior iba relacionada a lo que quedó en el aire ayer, antes de que te fueras con Iraide de la empresa.

—Lo de David no es nada, seguro que es una tontería, papá. Solo quiero hacer lo que me pide el cuerpo.

—Cuéntamelo.

Haciendo una mueca que no vio, lógicamente, le expliqué lo poco que podía del tiempo que estuve de viaje en La Coruña, refiriéndome a las percepciones que tuve y sentí.

—Por eso no te he dicho nada, ni lo hubiera hecho. Soy yo, seguramente saqué algunas cosas de contexto.

—¿Cuántos años llevas trabajando conmigo?

—Seis —respondí extrañada, sin saber por dónde iba a salir.

—Más los dos que lo hiciste por libre... ¿Y cuántas percepciones parecidas has tenido?

—Ninguna.

Otra vez silencio por su parte, el que respeté e igualé.

—Hija, no eres de juzgar, ni de ponerte en alerta y a la defensiva si no te dan motivos para ello. Que soy yo, tu padre, que te he criado y sé mejor que nadie, junto a tu madre, cómo eres y cuál es tu comportamiento en las situaciones que se te presentan. Si te sentiste incómoda, si notaste que David traspasaba alguna línea, por pequeña que fuera y sin llegar a ser muy descarado, pero con un propósito que fue evidente para ti fuera del ámbito del trabajo... Es porque fue así, sin más.

—Vale —solté un suspiro.

—No necesitas mi confirmación.

—Lo sé, pero me quedo más tranquila. Es un cliente importante, papá.

—No tanto como tú, ni lo más mínimo. Ese detalle carece de importancia, no tendría ni que aclarártelo.

—Ya. —Sonreí con cariño, sentándome despacio en la cama.

—Quédate en casa y ves conectándote de vez en cuando. O mejor, tómate el día libre.

—Haré mi horario normal.

—No me obligues a darte una orden. Llevas unos días muy alterada y susceptible, y si mi suposición es acertada quiero que te relajes, desconectes y te aísles para centrarte el tiempo que sea necesario. ¿Me oyes?

—¿Qué suposición? —Quise saber bajando el tono de voz.

—Tiene nombre propio y apellidos, ¿hace falta que los diga?

—No —respondí rápido.

—Eso pensaba. Si él no hubiera aparecido, no te hubieras desestabilizado de esta manera, ni siquiera estaríamos hablando de que no vas a venir a la oficina porque te comerías a cualquiera que se pusiera en tu camino, enfrentando la situación como sabes. Si quieres hablar sobre ello...

—No hay nada de lo que hablar, papá. Te lo agradezco, pero no —lo corté.

—No estarás preparada para enfrentar lo que se avecina hasta que tu respuesta sea totalmente opuesta a la que acabas de darme.

Esa vez la que me quedé en silencio fui yo. Dirigí la mirada hacia la corredera, sintiéndome agobiada otra vez.

—Siempre fuiste muy madura, Olaya, siempre queriendo y necesitando ir de frente...

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora mismo, o más bien, desde que volviste del viaje, no lo estás siendo, en ninguno de los aspectos que he dicho. No te estoy juzgando, lo comprendo y lo entiendo perfectamente, créeme. Sé que ha sido un golpe que no esperabas ni imaginabas, y que solo necesitas tiempo para reorganizar tus pensamientos, sentimientos y tus prioridades, para dejar apartado lo que no te convenga y para asumir lo que sí, para que de esa forma no te afecte. Pero para llegar hasta ese punto es necesario que te centres solo en ti.

—Papá...

—No me pongas excusas, siempre le das prioridad a todo lo que te envuelve situándote en un segundo plano. Ahora quiero, y escúchame bien, quiero y te pido que solo mires por ti, por recomponer lo que se haya vuelto a romper o a remover en tu interior. Solo así volverás a ser la Olaya que todos conocemos: risueña, alegre y cercana.

»No la Olaya que salta a la mínima de cambio, la que parece amargada en ciertos momentos y la que no sonríe ni aún con motivos, con la mirada apagada y perdida en muchas ocasiones. La vida se trata de caerse, pero, sobre todo, de levantarse, cariño. No importa el tiempo y el esfuerzo que lleve, ni lo que cueste, lo único y lo más importante es la remontada que des. Tú sabes cómo hacerlo y afrontarlo.

Tragué saliva, haciendo esfuerzos al hacerlo, por el nudo que me apretaba en la garganta.

—Lo haré —susurré.

—Ese es el comienzo y la actitud. No voy a agobiarte con llamadas, desconecta de todo y tómate unos días libres.

—Me voy a sentir peor.

—Es una orden.

Hice una mueca cuando escuché el, pi, pi, pi... Había colgado diciendo sus últimas palabras al respecto. Cogí varias bocanadas de aire con la mirada perdida hacia el balcón de la habitación.

—Me voy a sentir peor.

—Es una orden.

Hice una mueca cuando escuché el, pi, pi, pi... Había colgado diciendo sus últimas palabras al respecto. Cogí varias bocanadas de aire con la mirada perdida hacia el balcón de la habitación.

Capítulo 10



Novak

Hacerme el despistado últimamente se me estaba dando demasiado bien. Sacudí la cabeza mientras me preparaba un café. Me estoy refiriendo a que había dejado que Olaya pensara que no la había visto. No había movido ni un músculo diferente al que utilizaba en ese instante para correr por el camino del parque.

No esperaba encontrármela a esa hora, pero tampoco me había sorprendido porque era una rutina que ella repetía desde que la conocí, hacía muchos años atrás. Al menos, al ignorarla había evitado otra muestra de afecto por su parte, pilláis la ironía, ¿no? No la culpaba, durante mucho tiempo yo también tomé su misma actitud, aunque no tan evidente, como también la esquivaba todo lo que podía y más.

Apagué la cafetera y eché un poco de leche en la taza. La devolví a la nevera y después de poner un poco de azúcar, le di un sorbo mientras salía de la cocina. Me dirigí hacia la corredera del salón, la que daba a la terraza y al jardín que se extendía a lo largo de todo el lateral de la vivienda. Me acerqué a la mesa que estaba a cubierto por un techado y me senté en una de las sillas.

Pensativo, me removí el pelo que todavía tenía húmedo por la ducha que me había dado al llegar. Saqué el móvil del bolsillo para controlar la hora, eran cerca de las nueve del viernes. La primera semana de trabajo estaba a punto de finalizar y el resumen desde que me incorporé era muy satisfactorio.

Mis labios se curvaron al recordar el primer momento que pisé la oficina. En aquel instante...

—¡No me lo puedo creer! Pero ¿qué ven mis ojos? Novak Emerson en persona, aquí mismo. —Escuché a mi espalda y me paré, girándome sonriente hacia la voz.

—Luc. —Reí con ganas.

Nos acercamos mutuamente y nos dimos un fuerte abrazo.

—Pensaba que no te decidirías a trasladarte. —Me dio una palmada en un hombro—. Bienvenido, tío.

—Pues ya ves, me he lanzado a la aventura. Gracias.

—Ven, te hago de escolta hasta el despacho del jefe. Cuando salgas estaré rondando por la zona común, búscame y te hago un recorrido por todo esto, después nos tomamos un café para ponernos al día.

—¿Necesito protección? —pregunté divertido.

—No sabes hasta qué punto. Vienes de Berlín, la ciudad que se conoce como ave fénix. —Volvió a reír, contagiándome.

Conocía a Luc desde hacía cuatro años. Fue a través del trabajo, el que compartíamos, pero con muchos kilómetros de diferencia. Nuestra amistad se inició cuando se desplazó hasta las oficinas de Berlín por aquella época, trasladándose por un tiempo a la ciudad. Su estancia no se alargó mucho, pero fue suficiente para que congeniáramos y acortáramos distancias, haciéndonos amigos.

Cuando tuvo que volver a España no perdimos el vínculo que creamos, ni nos distanciamos. Y en cuanto supo que se necesitaba cubrir un puesto en la central de España se puso en contacto conmigo al instante, comentándome con ilusión que me lo pensara bien, que era una señal para que regresara. Quedó vacante por un cambio de departamento y me lo propuso rápido, dado que mis credenciales e historial me avalaban para ocuparlo. Había sido una decisión muy meditada por mí, porque suponía dar otro cambio drástico a mi vida, a lo que me había adaptado y habituado.

Me acompañó hasta el despacho del jefe y di unos golpes con los nudillos en la puerta, comentándole antes de que se alejara, que daría con él en cuanto estuviera libre.

—Adelante. —Escuché a través de la puerta y abrí.

—Alejandro. —Me dirigí a él cuando entré.

—Novak. —Se levantó de la silla y caminó rodeando la mesa, hasta llegar frente a mí—. Bienvenido, por fin nos conocemos en persona. —Me ofreció una mano que acepté.

—Gracias. —Sonreí.

Anterior a mi llamada para interesarme por el puesto, tuvimos algún contacto por teléfono, al unificar la dirección de varios trabajos. Dado a que, en cuanto pude entrar en el mundo laboral en el que estaba inmerso opté por una plaza en Berlín, para salir de mi zona de confort y porque no decirlo, para huir, en cierta forma, no habíamos tenido la oportunidad de que se diera un encuentro en persona porque para mí, mi jefe más directo hasta hacía poco tiempo había sido Carl, mi superior en Alemania.

—¿El regreso bien? Imagino que después de tanto tiempo...

—Todo perfecto, no me ha costado acostumbrarme.

—Lo supongo, regresar a casa siempre sienta bien. —Sonrió señalando una silla para que la ocupara—. Voy a empezar a ponerte al día en el trabajo, aunque doy por hecho que, por Luc, más o menos estarás al corriente. No sabes lo que me insistió para promocionarte para el puesto —negó divertido.

—Estoy informado a gran escala, pero se agrade y es necesario puntualizar —asentí—. Y conociéndolo, me hago una idea de su insistencia, sí. —Sonreí ampliamente.

—Un calvario, chico. —Rio, contagiándome—. Es un gran profesional y lo lleva hasta las últimas consecuencias, pero siendo sincero no tuve ni que pensarlo, al igual que él. En ningún momento me asaltaron dudas o pensé en otra opción. Solo necesité comprobar tu trayectoria y la experiencia que te has labrado. Eras el idóneo para unirte a nuestro equipo.

>

n—Muchas gracias por la confianza, Alejandro. —Le quitó importancia con un gesto de la mano.

—La confianza se gana, Novak, y según las palabras de tu superior en Alemania, Carl, más todo lo que te avala como profesional, la tienes más que ganada. Este montón de carpetas es para ti, para empezar.

—Qué bien. —Fijé la mirada en la pila en la que dio varios golpecitos.

>

—Me alegra que te lo tomes con tanta ilusión. —Reímos—. Voy a centrarme en la más urgente, en lo que tenemos entre manos, el resto de ellas las miras con calma en tu despacho. Cuando terminemos te acompaño a él, te presento al equipo con el que trabajarás y serás libre.

—Perfecto —asentí.

Ese fue el inicio de una semana que, como ya he comentado, había sido muy satisfactoria y bastante fructífera. Dejé a un lado los pensamientos y los recuerdos y me bebí el café de un trago, antes de levantarme para ponerme en marcha hacia el trabajo. Todo lo que necesitaba lo llevaba encima, por lo que una vez que dejé la taza en la cocina, salí de casa.

Montado en el coche, mientras la puerta del garaje se deslizaba, abriéndose, arranqué y marqué el número de mi madre.

—Hijo —respondió casi a punto de cortarse la llamada. Su voz cansada me envolvió en el interior.

—¿Cómo estás? Has tardado mucho en descolgar —me preocupé mientras sacaba el coche.

Esperé a que respondiera nervioso, controlando por el espejo retrovisor que la puerta quedara encajada, para alejarme.

—Tenía el teléfono en el salón y me ha costado levantarme. —Apreté la mandíbula y el agarre en el volante.

—¿Quieres que te lleve al médico? —propuse empezando a circular.

—Estoy bien, Novak. No quiero que dejes de lado tus responsabilidades.

—No digas tonterías porque me voy a enfadar. ¿Cómo te sientes aparte de agotada?

—Muy débil, solo es eso. Tú también debes estar cansado, volviste a acompañarme en este último ingreso y estuviste sin dormir, pendiente de mí, yéndote a la mañana siguiente al trabajo, directo cuando me dejaste en casa. Sabes que los días siguientes al tratamiento en el hospital me cuesta más, hasta que no avanza un poco el día no me pongo mejor. Cariño, es normal, no te preocupes.

—No nos dijeron el motivo por el que lo adelantaron —dije pensativo.

—No es la primera vez, no tienen por qué cumplirse los diez días.

—Está bien —hablé no muy convencido—. Voy hacia el trabajo, ante cualquier cosa, por mínima que sea, házmelo saber, ¿de acuerdo? Si no lo haces me enfadaré.

—Vale —dejó salir un suspiro cansado, pero por cómo se sentía.

—Mamá...

—Te quiero, cariño. No estés nervioso, en unos días estaré como nueva.

—Ya... Yo también, mucho.

Intercambiamos varios comentarios más, pocos porque lo que más le urgía era volver a la cama, y colgamos. Llevaba muy mal verla en las condiciones en las que la dejaba el tratamiento. Era consciente de que era necesario, pero se convertía en un sufrimiento que no conseguía digerir por el miedo que me provocaba. Dejé salir el aire lentamente, varias veces, y me centré en la carretera.

De casa a la oficina tenía veinte minutos de trayecto, si el tráfico no lo complicaba, aumentándolo. Acercándome a la zona, el sonido de una llamada se escuchó a través de los altavoces.

—Dime. —Descolgué a mi padre.

—Novak, ¿esta tarde tienes algo que hacer?

—¿Por? Salgo del trabajo sobre las cinco.

—Una buena hora para que me acompañes. He concertado a las seis una reunión informal con David, de la empresa Debon. ¿Te acuerdas de él?

—Claro que me acuerdo. ¿Y qué pinto yo en medio? —Mi voz sonó como había reaccionado al escucharlo: seria, fría y distante— ¿No se suponía que ese tema estaba finiquitado? Que yo sepa ya es cliente de los Ariza.

—Porque fuiste a la fiesta y tengo un plan para actuar en segundo plano. No está todo perdido. Nos veremos en la cafetería del hotel New Paradise.

—Demasiado esfuerzo le pones a lo que no lo tiene. —Volví a apretar el volante, pero por otros motivos muy diferentes. Impotencia y rabia, unas emociones que tomaron unos niveles que me sobrepasaron.

—Es mi trabajo, no sé a qué viene eso.

—Sé cómo te mueves en él, lo tuve claro desde muy temprana edad. ¿Has llamado a mamá?

—No, todavía debe estar durmiendo.

—Claro —negué para mí—. A eso me refiero. No sé a qué narices estás jugando, pero cada vez me tocas más los cojones. Ayer salió del hospital, en el que por cierto no recibió ni una mísera llamada tuya, ni el más mínimo interés. Sabes lo mal que se queda después de un día y noche intensos de tratamiento y, cuando la llevé de vuelta a casa ya no estabas.

»Llegamos a las nueve y media de la mañana, y ni siquiera tuviste la decencia de esperar para verla. ¿A qué hora llegaste? ¿Te preocupaste en saber de ella durante el día? Ya te respondo yo, bien entrada la noche y ni un puñetero mensaje. Lo tuyo es muy fuerte. No sabes la rabia que me da y la impotencia que siento por cómo la tratas.

»Pero te advierto una cosa, y escúchame bien, grábatelo a fuego... Como le pase algo durante todo el tiempo que está sola, como yo tenga que lamentar algo o alguna situación, porque tú no lo vas a hacer, te aseguro por lo más sagrado que tengo, que no vas a terminar bien porque perderé la puñetera cabeza.

a—Veo que no es buen día, olvídate de lo que te he dicho.

—Hijo de... —solté con asco cuando colgó rápido.

Asqueado golpeé el volante con fuerza, demasiada, haciéndome daño en una mano al ponerla en mala posición. Aminore la velocidad, desplazándome hacia un lateral para parar y cuando lo hice, busqué el número de Luc. Para nuestra suerte y alegría, el jefe nos juntó en el mismo equipo de trabajo.

—Eh, tío. No me llamas para decirme que llego unos minutos tarde, ¿no? —dijo con tono de humor.

—Aún no he llegado —respondí serio, mucho.

—¿Ha pasado algo?

—Problemas familiares. —Con esas dos palabras le hice un resumen rápido. Estaba informado de la situación de mi madre.

—Joder, macho. No vengas hoy, te cubro.

—Te lo agradezco y por eso te llamo. No para que me cubras, sino para que sepas que llegaré más tarde. Tengo algo que hacer y ah, que no se te olvide que ahora soy tu superior. —Apreté los labios, divertido, saliendo un poco del caos que tenía encima.

—Cómo te gusta hurgar, ¿eh? —Rio—. Tiene gracia, si ya lo dicen: «de fuera vendrán que de casa te echarán». —Continuó riendo, hasta que se puso serio—. Novak, haz lo tengas que hacer y ni te preocupes. ¿Quieres que avise al jefe?

—No, ahora lo llamo yo. Igualmente, no creo que me lleve mucho tiempo lo que quiero hacer, aunque nunca se sabe...

a

—Aquí estaré esperándote.

a

—Gracias, Luc.

Colgué e hice la siguiente llamada a Alejandro, nuestro jefe. Le comenté que me había surgido algo urgente y que aparecería más tarde. No me puso ningún problema y terminó diciéndome lo mismo que Luc, que no me preocupara y que llegara cuando pudiera. Se lo agradecí y me quedé pensativo durante unos segundos, hasta que me decidí a hacer la última llamada.

—MarketAriza, buenos días.

—Buenos días. Estoy interesado en contratar los servicios de la empresa y me gustaría pasarme ahora para que me reciba la señorita Olaya Ariza. ¿Sería posible?

—Lo lamento, señor. La señorita Olaya estará unos días sin venir a la oficina. Puedo derivarlo al señor Ariza para que lo atienda, su padre.

—No se preocupe, puedo esperar. ¿Sabe cuánto tiempo tardará en regresar?

—Está disfrutando de unos días de descanso. —Fruncí el gesto.

—Vale, muy amable. No me corre prisa, puedo esperar y si cuando vuelva a llamar todavía no se ha incorporado, pediré una cita con el señor Ariza.

—Estupendo, muchas gracias.

—Gracias a usted.

Corté la llamada, dejando la vista fija en la pantalla. ¿Unos días libres? ¿Olaya? Comprobé que no pasaba ningún coche y volví a incorporarme a la carretera, tomando una dirección, sabiendo que podía esperar cualquier cosa del paso que estaba dando. En menos de quince minutos quité la llave del contacto, después de estacionar.

—Me bajé del coche y cuando cerré la puerta me quedé apoyado en él, pensativo, haciendo un recorrido con la vista a la calle y a la fachada del edificio que tenía a pocos metros de distancia. Dando un golpe en el techo me separé decidido, empezando a caminar hacia la entrada.

—Buenos días —dije agradeciendo la aparición de una mujer que abrió desde dentro, para salir.

—Buenos días. —Me sonrió.

Esperé a que saliera sujetándole la puerta y me adentré en el edificio. Hice una parada rápida delante de los buzones y una vez supe el piso al que tenía que dirigirme, caminé hacia el ascensor. Era el único dato que no sabía porque cuando se independizó, todo a nuestro alrededor había estallado, impidiéndome saber ese detalle más personal. Miles de pensamientos pasaron por mi cabeza mientras subía. No tenía ni puñetera idea de la reacción con la que me recibiría, aunque buena seguro que no sería.

Con la ventaja de la sorpresa, porque lo iba a ser y a lo grande, me mentalicé para cualquier posibilidad. Me iba a meter de lleno en algo que no sabía cómo terminaría, lo que me afectaría o la repercusión que tendría. Pero una

vez tomada la decisión y con la necesidad imperiosa de hacerlo, cogí varias bocanadas de aire cuando la puerta de ascensor se abrió delante de mí.

e

En cuanto salí al rellano no tuve que moverme mucho, unos pasos y estuve delante del número. En él dejé la vista fija, por encima del marco de la puerta. Todo estaba en silencio, pero tampoco debía escucharse otra cosa diferente a esas horas. Me había arriesgado sin saber si Olaya estaría en su casa, aunque teniendo en cuenta que había coincidido con ella haciendo deporte...

Como a cámara lenta moví la mano y mi dedo presionó el timbre. Di un pequeño paso hacia atrás, metiéndome las manos en los bolsillos. Mejor tomar distancia, me dije mientras esperaba obtener alguna respuesta. Y la tuve, pero de manera silenciosa.

Hice esfuerzos para no mostrar la diversión que me produjo diferenciar cómo apartaba la chapa de la mirilla, comprobando de quién se trataba. Ni respiró. No la vi, pero os puedo asegurar como que estaba en su edificio y a solo un obstáculo de ella, que fue así, tal cual.

—Te he escuchado, Olaya. Sé que estás dentro y me has visto —dije en voz alta, para que lo tuviera claro—. Puedo quedarme todo el día aquí, y la noche... No tengo ninguna prisa y hasta que no hable contigo sobre lo que he venido a decirte, no voy a moverme.

|

a

vez tomada la decisión y con la necesidad imperiosa de hacerlo, cogí varias bocanadas de aire cuando la puerta del ascensor se abrió delante de mí.

En cuanto salí al rellano no tuve que moverme mucho, unos pasos y estuve delante del número. En él dejé la vista fija, por encima del marco de la puerta. Todo estaba en silencio, pero tampoco debía escucharse otra cosa diferente a esas horas. Me había arriesgado sin saber si Olaya estaría en su casa, aunque teniendo en cuenta que había coincidido con ella haciendo deporte...

Como a cámara lenta moví la mano y mi dedo presionó el timbre. Di un pequeño paso hacia atrás, metiéndome las manos en los bolsillos. Mejor tomar distancia, me dije mientras esperaba obtener alguna respuesta. Y la tuve, pero de manera silenciosa.

Hice esfuerzos para no mostrar la diversión que me produjo diferenciar cómo apartaba la chapa de la mirilla, comprobando de quién se trataba. Ni respiró. No la vi, pero os puedo asegurar como que estaba en su edificio y a solo un obstáculo de ella, que fue así, tal cual.

—Te he escuchado, Olaya. Sé que estás dentro y me has visto —dije en voz alta, para que lo tuviera claro—. Puedo quedarme todo el día aquí, y la noche... No tengo ninguna prisa y hasta que no hable contigo sobre lo que he venido a decirte, no voy a moverme.

Capítulo 11



Olaya

—Joder, joder... —murmuré retrocediendo de la puerta.

Lo hice muy despacio, con los ojos abiertos al máximo, faltándome la respiración y de puntillas. Suerte de que iba descalza, pero ¿cómo narices sabía que estaba dentro y que había mirado? Nota mental, echarle aceite a la traicionera mirilla. Me cagué en todo. ¿Qué mierda hacía Novak llamando a mi puerta? ¿Cómo sabía exactamente dónde vivía? ¿A cuento de qué se había presentado aquí? Y lo más importante y vital, ¿cómo leches iba a salir de esta?

Me sentí acorralada y di otro paso más hacia atrás, con la necesidad de perderme en el interior de mi refugio, para obviar su presencia y que el timbre había sonado. Me acordé de que tenía que respirar para vivir cuando tuve que coger una gran bocanada de aire, al haber estado reteniéndolo por el sobresalto que me había llevado.

—Esto no está pasando —susurré, negando—. Claro que no, es producto de una imaginación escabrosa. Ya verás

Todo ello lo dije convenciéndome de que era así y para terminar de aferrarme a ello, di media vuelta y caminé despacio hacia el pasillo, hacia la habitación que tenía como despacho, en la que llevaba un rato reorganizando mi agenda de trabajo. Entré en ella, me senté en la silla otra vez, me tomé unos segundos para hacer varias respiraciones, volví a levantarme como había hecho al sonar el timbre y regresé sobre mis pasos hasta la puerta de la entrada.

—Ya está —me dije, murmurando, llevando la mano despacio hasta la mirilla.

De la misma forma, con movimientos muy lentos y calculados, levanté la chapita y acerqué un ojo. La cabeza de Novak apareció ante mí a través de ella y cerré los dos de golpe, con fuerza, volviendo a maldecir interiormente.

—Puedes mirar todas las veces que quieras, no voy a evaporarme —soltó en alto.

—Estoy en mi casa y no tengo por qué abrir a visitas indeseadas.

—Correcto, pero no pienso hablar, ni irme, hasta que te vea.

—Y a mí no me da la gana que lo hagas, ninguna de las dos cosas.

—Pues tienes un problema porque yo quiero todo lo contrario, en ambas direcciones.

—Pero ¿cómo narices te atreves a presentarte aquí? ¿A exigirme nada? Esto es alucinante.

—Lo alucinante es que estemos hablando con una puerta de por medio y que me rehúyas, como has hecho esta mañana en el parque. ¿Qué edad tienes?

—¿Me has visto? —hablé con voz ahogada.

—Siempre te veo, para tu desgracia —aclaró y maldecí, otra vez, sí.

—¿Perdona? ¿Qué edad tengo? La suficiente para saber que no quiero volver a verte en la vida.

—Eso no parece muy maduro.

—Me importa bien poco lo que parezca. Una puerta y porque no tengo más a la mano, porque si no... —Bufé, apoyando la espalda en ella.

—Olaya, quiero comentarte una cosa importante.

—Todo lo que venga de ti, para mí no lo es. ¿A estas alturas todavía no lo tienes claro?

—Estoy intentando tener una tregua, al menos por tu parte, por la mía hace tiempo que dejaste de ser una amenaza.

Conforme lo dijo tragué saliva y las palabras de mi padre pasaron fugaces por mi cabeza. Me tapé la cara con una mano, frotándomela. Era muy consciente de que la madurez ni parecía conocerla en lo referente a él, en ciertas ocasiones, cuando me sentía desbordada. Pero es que... Necesitaba pensar, mucho, el problema estaba en que, a ver quién es el genio que lo conseguía en el estado en el que me encontraba.

Retiré la mano y dejé la vista fija en ella. Un pequeño temblor se había apoderado de mí. No me hacía falta comprobarlo porque lo sentía en la estabilidad de las piernas y en el remolino de sensaciones que me recorrían. ¿Cómo podía ser que, a esas alturas, aún me afectara hasta ese punto? Su voz... volví a cerrar los ojos por unos instantes.

Solo tenía dos opciones: tomar las riendas de la situación como correspondía, o ir hacia la habitación e ignorarlo, hasta que se cansara de esperar fuera. Después de varias respiraciones profundas tomé una decisión. Acertada o no, fue la que elegí separándome de la puerta. Giré la llave, quité la cadena de protección y agarré el pomo, moviéndolo hasta que se desbloqueó.

—¿Qué quieres? —Lo enfrenté cuando nos quedamos cara a cara.

No se movió de cómo estaba. Con los brazos cruzados, serio y casi sin pestañear, me observó manteniéndose callado.

—Ya has conseguido lo que querías. ¿Ahora te quedas callado? Repito y es la última vez antes de cerrar y como lo haga, olvídate de tener otra oportunidad... ¿Qué quieres? ¿A qué has venido? ¿Y qué es eso tan importante que te ha traído asombrosamente hasta aquí?

—Ponte un calzado —dijo cuando bajó la mirada hacia mis pies—. Te espero abajo, en la calle.

Con cara de tonta lo vi dar media vuelta y dirigirse hacia el ascensor. En el interior, antes de que la puerta se cerrara, mantuvo otra vez la mirada en mí.

—¡Eres muy tonto! —grité cuando faltaba un dedo de separación para dejar de verlo.

Lo único que recibí y escuché perfectamente, fue el sonido de una carcajada. Cabreada porque oye, lo mío me había costado encararlo para no obtener ningún resultado, cerré de golpe, soltando de todo por la boca mientras caminaba hacia la habitación. Lo más impresionante es que fui hacia el zapatero y saqué unas deportivas, haciendo lo que me había pedido.

Mandaba narices, pero ni me paré a pensar en mi reacción rápida. Me calcé y entré un momento al baño. Apoyando las manos en el mármol del lavabo, miré mi reflejo en el cristal. Tenía la cara enrojecida, pero no por vergüenza, sino por lo alterada que estaba. Me separé soltando un suspiro y me cepillé el pelo, recogíéndomelo en un moño.

Asentí ante mi apariencia. No pensaba arreglarme más. Llevaba unas mallas cómodas, por debajo de la rodilla y una camiseta que dejaba un hombro al descubierto.

—A tomar por saco —dije saliendo.

En el camino, antes de irme del ático, cogí el móvil y las llaves de la puerta. Decidida, pero muy nerviosa, lo que esperaba ocultar ante él, me encerré en el ascensor. Mi pie empezó a moverse solo y maldecí, ya había perdido la cuenta de cuántas veces lo había hecho. No solo tendría que estar en alerta por él, sino que encima, debería estar

muy atenta a mis reacciones. Demasiado trabajo de golpe.

En cuanto salí en la planta baja lo vi apoyado cerca de la puerta principal, en el interior. Levanté una ceja porque no sé qué consideraba él como calle, donde había dicho que me esperaría.

—No he salido por si tenía que volver a subir. —Curvó un poco los labios, aclarándome la duda no pronunciada.

No le respondí. Caminé hacia la salida, que no hacia él y abrí de golpe, manteniéndome en silencio.

—Ya estamos fuera, puedes hablar —insistí una vez estuvimos en la calle, porque me siguió de cerca.

Me crucé de brazos, a la espera de que soltara lo que quisiera decirme y poder subir a mi casa lo más rápido posible.

—Buen intento —negó—. Sígueme.

—¿Qué te lo crees tú! ¿Que te siga? —Con mis palabras provoqué que se parara cuando dio varios pasos. Medio giró hacia mí.

—¿Quieres que te siga yo?

—No voy a ir a ningún lado contigo —siseé, cabreándome más porque había tenido la esperanza de que fuera más fácil quitármelo de encima.

—Llegados a este punto, sí que lo vas a hacer. —Levantó una ceja—. Solo tienes dos opciones, hacerlo por ti misma o que me encargue yo del asunto.

—¿Perdona? —Solté una carcajada.

Los nervios me hicieron reaccionar así. ¿Qué puedo decir? Eso y porque fue lo más gracioso que había escuchado en mucho tiempo, pero que mucho.

—Olaya...

—Novak...

Iguale su advertencia y el tono que utilizó. Me puse en tensión cuando, al soltar un suspiro, caminó acercándose a mí.

—Escúchame, sé que no quieres verme, que si desapareciera de este planeta serías la mujer más feliz y que...

—Tampoco te pases —lo corté desviando la mirada hacia un lado—. Con solo no verte o ignorarte tengo suficiente. —Terminé diciendo en tono bajo.

Ante su silencio prolongado lo miré de reojo y puse los ojos en blanco al ver otra pequeña sonrisa en sus labios.

—Conmigo no vas a conseguir nada con esos gestos. —Volví a cruzarme de brazos.

—¿Qué gestos? —Apretó los labios, mostrando diversión, la que me enfadó más.

—Esa línea que has formado en tus labios varias veces, como satisfecho.

—¿Una sonrisa? —Hizo una pausa, pero como no dije nada al respecto, continuó—. Créeme, para que sonría todavía quedaba bastante. Sígueme —repitió moviéndose otra vez.

Dejé que se alejara, hasta que lo vi caminar por la acera, tomando la dirección de la izquierda. ¿Hice lo que volví a pedirme? Pues no. ¿Para qué iba a empezar a buscar la madurez a esas alturas? Sí que me puse a caminar, claro que me moví, pero en silencio y sin hacerme notar tomé el sentido contrario a él. Ya se daría cuenta y si no era así pues mira, sería mi vía de escape sin esforzarme si quiera.

s

Para mi desgracia no tardé en sentir su presencia detrás, a mi espalda. No hice ningún comentario, solo hice una mueca mientras me dirigía a... ¿Qué sabía yo?

—¿Dónde se supone que...?

—A alguna cafetería o bar que tengan terraza —respondió antes de que terminara.

Guie a mis pies hasta el final de la calle y la crucé, llegando a una zona que daba a un pequeño parque en el que había un bar de las características que había dicho.

—Vas a pagar tú, no he cogido dinero —dije con retintín mientras ocupaba una silla.

—No hay problema —comentó.

La situación más tensa no podía ser, sobre todo cuando nos quedamos sentados frente al otro, en silencio y observándonos. Ninguno hizo el intento de hablar, solo nos comunicamos con la camarera que se acercó a tomarnos nota. A pesar de la hora que era, las nueve y media pasadas, dejé de lado el café y pedí un refresco.

Tenía la garganta seca.

—¿Eso desayunas?

—No he venido a desayunar y tampoco es de tu incumbencia —aclaré después de carraspear.

—Ya.

—¿Qué quieres Novak? —Volví a repetirme.

—Hablarle de algo que te afecta y puede repercutiros negativamente.

—¿A quiénes? —Fruncí el gesto.

—A tu padre y a ti, a vuestra empresa.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres? ¿Y por qué te preocupas por nosotros de golpe?

—Es sobre la empresa Debon. —Se acercó a la mesa, apoyando los brazos en ella.

Bajé la mirada hacia ese gesto. Nada tuvo que ver que sus músculos se marcaran, para nada, ni mucho menos fue motivado por lo impresionante que se vio una vez que conseguí quitarme la venda de los ojos, nada que ver tampoco con eso. Oh, mierda, me dije lamentándome, llorando desconsolada, pero todo ello en mi interior porque de cara a él no mostré ningún cambio.

—¿No podéis superar que hayamos conseguido que sea nuestro cliente? Asúmelo y no me hagas perder el tiempo —solté de carrerilla.

—Hay muchas cosas que no puedo superar... Pero esa en concreto me la paso por una cierta parte de mi cuerpo, muy concreta. Creo que te queda claro que me da igual.

Agradecí la interrupción de la camarera por el desvío que tuvieron mis pensamientos al escucharlo. Joder, que me había enfocado en esa parte que había mencionado. Estaba más grave de lo que había pensado en un principio.

—No te dará igual cuando has hecho lo impensable, presentarte en mi casa supuestamente para hablar sobre ello —dije sin mirarlo, mientras le daba un sorbo al refresco.

—Tienes razón, pero no va en la dirección que piensas.

—Explicate.

—Me importa una mierda la empresa Debon, su dueño David, y todo lo relacionado con el negocio de mi padre. Después de tantos años debes saber que no estoy vinculado a él, laboralmente.

—Yo no sé nada, solo vuestro apellido, vuestra unión y lo que viví en el pasado y hace poco —asintió echándose hacia atrás en la silla, repiqueteando varios dedos en la mesa.

—No tienes ni idea de esa «unión» de la que hablas, ni por asomo aciertas. Hice mi vida lejos de él, Olaya. Fue la mejor decisión que he tomado en mi vida, en el momento más necesario. Si viajé hasta La Coruña para presentarme en la fiesta, fue para hacerle un favor. No hay más, ni siquiera hice el intento de hacerle cambiar de parecer al anfitrión. Poco me importaba de quién fuera cliente.

—¿Estás seguro? —En mi tono de voz se percibió un poco de diversión, pero no enfocada en el buen sentido.

—Puedes creer lo que quieras porque por mucho que te diga no vas a cambiar de opinión.

—Supongamos que me creo la versión de que, aunque rehiciste tu vida lejos de la empresa de tu padre, apareciste y le hiciste un favor, como has dicho... No sé a qué te dedicas exactamente, pero me da igual y no quiero saberlo, entonces, ¿qué tienes que decirme que pueda interesarme sobre la empresa Debon?

—Explícate.

—Me importa una mierda la empresa Debon, su dueño David, y todo lo relacionado con el negocio de mi padre. Después de tantos años debes saber que no estoy vinculado a él, laboralmente.

—Yo no sé nada, solo vuestro apellido, vuestra unión y lo que viví en el pasado y hace poco —asintió echándose hacia atrás en la silla, repiqueteando varios dedos en la mesa.

—No tienes ni idea de esa «unión» de la que hablas, ni por asomo aciertas. Hice mi vida lejos de él, Olaya. Fue la mejor decisión que he tomado en mi vida, en el momento más necesario. Si viajé hasta La Coruña para presentarme en la fiesta, fue para hacerle un favor. No hay más, ni siquiera hice el intento de hacerle cambiar de parecer al anfitrión. Poco me importaba de quién fuera cliente.

—¿Estás seguro? —En mi tono de voz se percibió un poco de diversión, pero no enfocada en el buen sentido.

—Puedes creer lo que quieras porque por mucho que te diga no vas a cambiar de opinión.

—Supongamos que me creo la versión de que, aunque rehiciste tu vida lejos de la empresa de tu padre, apareciste y le hiciste un favor, como has dicho... No sé a qué te dedicas exactamente, pero me da igual y no quiero saberlo, entonces, ¿qué tienes que decirme que pueda interesarme sobre la empresa Debon?

Capítulo 12



Novak

Me quedé en silencio unos instantes, tiempo en el que me acerqué la taza de café a los labios, sin apartar la atención de Olaya. Tenerla delante, a tan corta distancia, era demasiado. No se imaginaba cómo había agradecido que terminara aceptando el hablar conmigo. Aún me parecía increíble que me lo hubiera puesto tan fácil porque siendo sincero, había esperado que me gritara, que me lanzara cualquier cosa que tuviera a mano, que me insultara y muchas más posibilidades, hasta terminar por cerrarme la puerta en la cara y pasar de mí, por completo.

Estaba sorprendido y afectado. El estar hablando con ella, aunque desprendiera tirantez e ironía en muchas de sus palabras, ya era un paso demasiado importante como para pasarlo por alto. Nos jodieron la vida a los dos, así de simple y de duro, cuando apenas estábamos iniciándonos en el camino de la vida.

Entre nosotros había escondido mucho dolor, rencor y reticencia, nada de extrañar con el historial que llevábamos auestas. Durante mucho tiempo nos consideramos el enemigo número uno del otro. Ella seguía pensando lo mismo, yo no. Pero claro, mi visión cambió por el choque de realidad que me llevé estando ya en Berlín, un choque del que ella no sabía nada. Y quien va a ciegas, quién no sabe la verdad ni puede presentirla, no es capaz de aferrarse a otra posibilidad que mantener la opinión de la vivencia tan directa que ha vivido.

Me daba igual lo distante que se mostraba porque sabía que era una fachada muy bien construida con los años. Estaba preciosa, natural, como siempre había sido ante mis ojos. Después del primer sorbo al café vinieron varios más en los que no pude apartar la vista de ella. Cada gesto, cada pequeña reacción espontánea que tenía...

Por unos segundos tanteé la posibilidad de sincerarme con ella, necesitando contarle mi verdad, la única y real que había y que ella desconocía. No supe decidir si hacerlo o no, simplemente opté por no pensar y continuar con la conversación, dejarla fluir y que el momento guiara lo que saliera de mis labios.

—Tenéis que apartaros de la empresa Debon —volví a retomar el tema, advirtiéndola.

—¿Cómo? ¿En serio? Me dices que no tienes ningún interés y me sueltas eso. —Rio, entre nerviosa y asombrada—. No sé ni cómo he aceptado esto —negó endureciendo las facciones mientras se levantaba.

—Siéntate —dije y me arrepentí al instante por el tono duro y seco que me salió, provocado por la necesidad de evitar que se fuera. Sabía que con ella no podía tomar ese camino, no era el correcto para que se quedara porque tendría el resultado contrario—. Perdona, no he querido sonar...

—No me interesa escuchar nada más —negó de pie frente a mí.

—Olaya... —Dejé salir el aire lentamente—. No me has dejado explicarme.

—¿Quieres decir algo más al respecto? Eres increíble. Adelante, habla rápido —me exigió sin intención de ocupar otra vez la silla.

—David os va a joder, ese es el resumen rápido que puedo hacerte.

¹ —¿De qué hablas? —Frunció el gesto.

—Esta tarde ha quedado con mi padre y me consta que no han perdido el contacto. Están tramando algo, se van a reunir a vuestras espaldas porque doy por hecho que en el contrato que cerrasteis, habría alguna cláusula de exclusividad, ¿me equivoco? —negó dándome la razón.

Empecé a respirar más tranquilo cuando la vi sentarse despacio, con expresión extrañada y tensa, pero también mostrando enfado por lo que representaba.

—El único motivo por el que se decantó por vosotros eres tú, Olaya. —Le dejé claro y vi en sus ojos que la verdad le dolió, como también que no le pilló de sorpresa. Algo intuía porque a perceptiva no le ganaba nadie—. No tengo ninguna prueba sobre ello, pero si tuviera que apostar al todo o nada...

—¿Por qué haces esto? —susurró.

—Porque no es verdad lo que has dicho antes.

² —¿El qué?

—Al principio una de las preguntas que me has hecho es por qué me preocupo por vosotros de golpe. A eso me refiero. Siempre lo he hecho, te cueste admitirlo o no, es la verdad. Puede que, en cierta época, durante algún tiempo, la visión y la perspectiva se me nublaran por la influencia de mi padre. Pero en el fondo, dentro de mí y a pesar de como actué, nunca dejé de hacerlo.

»No quiero que mi padre os joda nada más que esté en mi mano evitar, ni que ese impresentable de David se salga con la suya por la jugada tan sucia que está llevando a cabo. Los dos se pueden igualar en moral, lo sé, pero

en este caso mi padre solo mira por sus intereses y es el cliente el que tiene una responsabilidad hacia vosotros.

—Por sus intereses y para pisotearnos. —Me rectificó referente a mi padre y no pude quitarle la razón, asentí—. Si hace eso, si David va en contra del contrato y de nosotros, podemos ponerle una demanda y acabar definitivamente con él porque hay una cláusula especial y específica, yo misma la redacté.

—¿Cuál? —me interesé, pero se quedó callada, meditando si sincerarse— Creo que estoy dándote motivos para no desconfiar de mí, al menos sobre este aspecto.

r —¿Puedo fiarme realmente, Novak? ¿Quién me dice que esto no es otra estrategia bien meditada? ¿Que tu padre no se está frotando las manos por el paso que has dado por sus intereses? Tu aparición es muy rara, ¿cuántas veces nos hemos rehuido? Esta misma mañana en el parque, haciendo deporte.

—Has sido tú la que te has desviado del camino por el que ibas, alejándote de mí. No has sido muy disimulada, por cierto... —Carraspeé.

—Ya... —Ladeó un poco la cabeza—. Y eso me lleva a pensar que tú sí lo has sido, sin mostrar absolutamente nada, como si no me hubieras visto cuando ha sido todo lo contrario. ¿Hasta qué punto puedo imaginar que sabes jugar tus cartas? No sé, tengo mucha rabia, estoy muy confundida y...

—Si he actuado de esa forma ha sido por ti, para no hacerte sentir peor. Sé que no soportas tenerme cerca, ni mucho menos delante. —Desvió la mirada, bajándola hacia el vaso de refresco—. Lo estoy intentando, Olaya. Te prometo por mi madre que no hay nada escondido en mi actitud ni en la decisión que he tomado, que lo que estás viendo es lo que hay.

d »Me equivoqué en el pasado, lo reconozco y no sabes cómo lo lamento. Era joven, quería destacar frente a mi padre, para tener una especie de reconocimiento por su parte... No supe ver que me estaba utilizando como a cualquier otro de su entorno, o más bien, no quise hacerlo por lo que representaba. No le importó lo más mínimo el hecho de que era su hijo y el daño que me iba a hacer, hasta que todo explotó y decidí cortar los vínculos con él

Durante unos minutos el silencio entre nosotros nos rodeó. Ella me analizó a conciencia, yo permití que lo hiciera porque era lo que necesitaba. Hasta que lo vi en su mirada, iba a proporcionarme una tregua y así lo hizo cuando continuó.

—Aparte de acusar a David y de llevarlo a juicio por la infracción que supondría ir en contra del contrato, tendría que abonarnos la cantidad de un millón de euros por daños y perjuicios, sin tener en cuenta cuál fuera el resultado por lo legal.

—Gracias —susurré por su disposición ante mí—. Te cubriste bien las espaldas, ¿eh? —Curvé un poco los labios, satisfecho.

—Si algo he aprendido en la vida es que no puedo fiarme de nadie, o más bien de muy pocas personas —asentí, serio, porque podía dirigirlo hacia mí en el pasado.

—Es incompresible que se arriesgue tanto, lo que me lleva a dar por sentado que tiene que sentirse muy seguro de él mismo para haberse desviado como lo ha hecho. Debe pensar que está próximo a conseguir lo que le interesa, dirigido a ti, y que en ningún momento pensaréis, tu padre y tú, que tiene un propósito escondido. —Levantó una ceja por cierta parte de mi comentario, pero lo pasé por alto sin querer ahondar en ello porque no necesitaba saber que él no tenía nada que hacer hacia Olaya, por su comportamiento y reacciones.

»Me he enterado de lo de la reunión esta mañana, a primera hora, y me he presentado rápido frente a tu puerta. Mi padre me ha llamado para pedirme que lo acompañara esta tarde y me lo ha explicado todo.

s

—¿Por qué has decidido traicionarlo ahora? —Bajó el tono de voz, retirando con los dedos la humedad del vaso, con la vista centrada en lo que hacía.

—No lo estoy haciendo y si él lo considera de esa manera, el problema será suyo. Simplemente no soy su marioneta, no voy a seguirlo en ningún juego. Solo estoy haciendo lo correcto y lo que me dicta el corazón. —Le dejé claro, provocando que levantara la cabeza de golpe y buscara la verdad en mis ojos.

»Que sea mi padre no exime que lo sentencie si hace las cosas mal, como haría hacia cualquier otro. Si te soy sincero, a estas alturas de mi vida y desde hace bastante tiempo, no queda ningún sentimiento de familia, al menos por mi parte así lo siento. El único motivo por el que me muestro cordial y ante sus ojos cercano, es por mi madre

»Por ella haría cualquier cosa y más ahora que no puede afrontar ciertas cosas, como un divorcio. No está en condiciones para sobrellevarlo, como tampoco de enfrentarse a él, pero en cuanto pueda, en cuanto salga de... —Carraspeé—. Yo mismo la ayudaré a alejarse de él, como hice yo en su día.

—¿Qué le pasa a tu madre? —Y la vi, por primera vez después de muchísimo tiempo, vi a la Olaya que conocí. Me miraba preocupada, con los ojos brillantes esperando a que le respondiera.

. Para ella, mi madre siempre había estado aparte del entorno en el que se movía todo lo demás. Así había sido en realidad, siendo algo colateral por las circunstancias. Pero el cariño y el respeto entre ambas siempre estuvo presente y por cómo había reaccionado, me dio a entender que para Olaya se mantenía de la misma forma.

—Está enferma. Es uno de los motivos principales por el que he regresado a España por una larga temporada, en principio...

—¿En serio? Hace mucho tiempo que no la veo. —Tragó saliva, contrayendo el gesto—. Lo siento. —Bajó la mirada hacia el vaso de refresco, otra vez. Lo agarró con las manos, nerviosa—. Si has tomado esa decisión es porque...

,

—Es complicado, sí —confirmé y levantó la mirada hacia mí, con los ojos vidriosos—. Necesita un trasplante y por desgracia yo no soy compatible. Está en una lista de espera, pero para nuestro pesar es demasiado larga porque

el órgano que necesita no es fácil de conseguir.

»La enfermedad cada vez la consume más y los tratamientos la dejan sin fuerzas. Están tratándola con algo innovador, pero ello conlleva que no se sabe qué resultados tendrá y cuánto tiempo le dará de más. Es lo único que puede hacerse mientras esperamos un milagro.

—Lo lamento mucho —susurró.

—Gracias, pero va a salir todo bien —aseguré, negándome a pensar en otra posibilidad.

—¿Qué tipo de trasplante necesita?

—De hígado —asintió despacio, echándose hacia atrás en la silla—. En cuanto llegué me hice todas las pruebas necesarias para donarle parte del mío, pero no sirvió de nada.

—No eres compatible. —Volvió a tragar saliva.

—No. —Apreté la mandíbula—. Que sea adoptado me ha jodido en ese sentido.

s

—¿Eso se puede hacer? Me refiero a lo que has dicho de donar parte del tuyo. No entiendo sobre el tema.

—Sí, el hígado es el único órgano que se regenera por sí mismo, hasta formarse por completo. Si me quitaran la mitad, o la porción que se necesitara, en ambos casos, el de ella y el mío, en cuestión de meses los tendríamos otra vez como si no hubiera pasado nada.

»Solo hay que tener cuidado durante ese tiempo, tomar las precauciones necesarias porque el órgano, aunque no tenga su tamaño normal, sigue haciendo su función, pero más limitado. Lo que no quita que ella tendría que medicarse durante el resto de su vida, por precaución a algún tipo de rechazo porque el tema de los sistemas inmunes es complicado.

—No lo sabía. —Frunció los labios.

—Es algo que si no te toca de cerca no te paras en saber, a no ser que te interese el tema.

—Ya... ¿Cuánto...? —Carraspeó— ¿Qué dicen los médicos del tiempo?

—No se sabe, pero corre en su contra. El tratamiento que le están haciendo lo único que hace es ralentizarlo un poco, hasta el momento. No saben decirnos nada claro, en ningún momento nos han mentido.

Asintió desbordando preocupación hacia el exterior. Noté la que transmitió, al igual que su agobio e inquietud, todo ello lo sumé a lo que yo sentía, sintiéndome sobrepasado por unos instantes.

—Gracias por lo que has hecho. —Cortó el silencio, en tono bajo. Al ver mi expresión me lo aclaró—. Por ebuscarme, por no darte por vencido para decirme algo tan importante, y por dejarme saber el estado de tu madre.

—No ha sido nada, Olaya. Debía hacerlo para estar tranquilo y así lo he llevado a cabo. A pesar de que pensaba que podía caerme tu puerta encima en cualquier momento. —Apreté los labios.

—La puerta no, que después me cuesta mucho reponerla. Pero cualquier otra cosa hubiera sido una opción muy viable si no me hubiera impactado tanto encontrarte al otro lado.

—Me alegra saber que has sabido controlarte o que te he dejado lo suficientemente desconcertada, como para no saber actuar. —Curvé un poco los labios y ante mi sorpresa los suyos igualaron a los míos, regalándome otra muestra de lo que hacía mucho que no recibía de ella.

—Gracias por lo que has hecho. —Cortó el silencio, en tono bajo. Al ver mi expresión me lo aclaró—. Por buscarme, por no darte por vencido para decirme algo tan importante, y por dejarme saber el estado de tu madre.

—No ha sido nada, Olaya. Debía hacerlo para estar tranquilo y así lo he llevado a cabo. A pesar de que pensaba que podía caerme tu puerta encima en cualquier momento. —Apreté los labios.

—La puerta no, que después me cuesta mucho reponerla. Pero cualquier otra cosa hubiera sido una opción muy viable si no me hubiera impactado tanto encontrarte al otro lado.

—Me alegra saber que has sabido controlarte o que te he dejado lo suficientemente desconcertada, como para no saber actuar. —Curvé un poco los labios y ante mi sorpresa los suyos igualaron a los míos, regalándome otra muestra de lo que hacía mucho que no recibía de ella.

Capítulo 13



Olaya

Tocada, así me había quedado después de escucharlo hablar. Y no referente a su advertencia y sinceridad sobre la empresa Debon, hacia la cual pensaba actuar rápidamente. Primero, hablando con mi padre para ponerlo al tanto de la situación; segundo, pensando bien los siguientes pasos que daría de cara a David. O sí, porque no pensaba esquivarlo más, ese me iba a tener frente a él con todas las consecuencias que no iba a ver venir.

Mi estado de ánimo se debía a la información sobre su madre, Maite. Me había pillado por sorpresa, hacia tanto tiempo que no la veía, que no coincidíamos ni en la calle... Me costaba digerir la fragilidad de su estado, lo que estaba viviendo y lo que tenía por delante. Rogué para que la solución fuera satisfactoria, que le llegara de alguna forma u otra.

Pensativa, llevé la vista disimuladamente hacia Novak. Hacía unos minutos que había atendido una llamada y estaba hablando por teléfono. Se había levantado, pero no se había alejado mucho. Durante la conversación que habíamos tenido me había sorprendido a mí misma, al recorrerme demasiados sentimientos encontrados... Quise creerlo, algo en mí había tirado fuerte para dejar las dudas y reticencias a un lado sobre su explicación de lo de su padre y el mundo en el que se movía.

Durante todos los años que habían pasado no se me pasó por la cabeza la tirantez que en realidad tenían y agradecer escuchar del propio Novak, que se apartó por él mismo. Quizás un poco tarde, pero el caso es que lo hizo encontrando el momento para hacerlo, tomando mucha distancia de todo.

Le di un sorbo al refresco, con la necesidad de refrescarme la garganta. Llevaba un rato en el que me costaba tragar por el nudo que se me había formado. Bebí sin dejar de observarlo, sin poder apartar los ojos de él. Me había encontrado con el mismo Novak que conocí, un poco más serio y medido con las palabras, pero lo normal dadas las circunstancias.

Aun así, la percepción me había hecho regresar al pasado, a cuando lo conocí y al tiempo posterior que nuestros caminos se unificaron. Duró tan poco tiempo, la ilusión y la alegría se esfumaron por la traición que sufrí de él, motivada por la cabeza pensante de su padre, más el machaque emocional que supuso posteriormente. Tenía razón cuando había dicho que por aquel entonces éramos jóvenes y en cierta forma, después de su explicación, entendía

que un joven Novak quisiera confiar a ciegas en el que se suponía que debía hacerlo, su padre. Lo que ninguno de los dos supimos anticipar fue que ese hombre no jugaba limpio nunca, jamás. Pero ¿quién puede pensar mal de un padre? Su historial no era bueno, pero hasta el punto de hundir a su propio hijo, con todas las consecuencias...

Si por aquel entonces era un chico impresionante, que llamaba la atención allá donde estuviera, los años y la madurez se habían confabulado a su favor para incrementar todas las sensaciones. Era muy guapo, atractivo, sus facciones se marcaban decorando su cara que junto al corte de pelo que llevaba, lo hacían muy interesante a los ojos de cualquiera que los tuviera. Eso sin contar su figura. Siempre fue de cuidarse con el deporte, pero sin llegar a ningún exceso. Fueron muchos los días en los que lo practicábamos juntos, al menos en lo que a correr se refiere. Una diversión y necesidad que compartíamos los dos.

Lamenté que el pantalón se amoldadora a su cuerpo como lo hacía, y más lo hice cuando moviéndose, me dio la espalda y se dejó ver en condiciones. Sinceramente desde que volví a encontrarme con él, no había querido ni me había permitido observarlo tan detenidamente, por mi salud mental. Y la camiseta de manga corta se ajustaba perfectamente a sus músculos, nada exagerados, pero sí marcados.

Desvié la vista rápido cuando escuché que se despedía de quien lo había llamado. Me centré en el vaso y escuché como se sentaba otra vez.

—Perdona, era del trabajo —se justificó haciendo que centrara la mirada en él.

—No pasa nada. Deberíamos irnos, yo no trabajo, pero tú...

—¿Por qué no?

—¿Eh?

¡—Que porque no trabajas y te has tomado unos días libres —aclaró.

—¿Cómo lo sabes? —Arrugué un poco el gesto.

—Bueno... —Carraspeó, apoyando los brazos en la mesa, acercándose— Para allanar el terreno para buscarte, he llamado a tu empresa para saber si estabas en ella, para ir sobreeseguro.

—¿En serio? —Me sorprendí—. ¿Y te hubieras presentado allí?

—Sí —afirmó a todo, curvando otra vez los labios.

¹
—Tienes razón.

—¿Sobre qué? —Esa vez el que frunció el gesto fue él.

—Que todavía queda bastante para que sonrías en condiciones, como me has dicho.

—Lo que tengo encima no es fácil —asentí, triste—. Pero en algunas ocasiones lo hago —negó.

—Seguro que Basil y Félix contribuyen a ello.

—Sí —dijo pensativo—, como también Luc, un compañero del trabajo. Gracias a ellos, en varios momentos, consigo aislarme de las dudas y los miedos. Como he dicho no es sencillo, pero se intenta. Al igual que hago muchos esfuerzos ante mi madre, para mostrarme lo más risueño y despreocupado, según en qué instantes, porque en otros no puedo evitar que se descontrola todo en mí.

—Es normal. —Acepté porque estar en su situación...

—Ahora sí que tengo que irme.

—Claro.

Al decirlo, llamó la atención de un camarero pidiéndole la cuenta. Cuando la dejaron encima de la mesa, puso el dinero encima y nos levantamos, recorriendo el mismo camino que nos había llevado hasta el bar. Hasta que nos paramos frente a mi edificio.

—¿He conseguido que me veas con otros ojos? —soltó de repente, pillándome desprevenida mientras se ponía frente a mí, metiendo las manos en los bolsillos.

—No me he ido y hemos hablado, ¿no?

—Así es —asintió, con expresión seria—. Siento mucho el pasado, Olaya. Yo...

—Déjalo, acabas de decirlo, es pasado.

—Pero pesa demasiado, ¿correcto?

—Nada que en el presente no se pueda solucionar.

—¿De verdad lo piensas?

—Quien sabe... —Curvé los labios, jugando con las llaves de casa que tenía en una mano.

—Me vale, por ahora. —Imitó mi gesto.

—Por ahora...

—Eso he dicho. —Me hizo un guiño.

Y ante ese gesto, como me temblaron las piernas y lo que no eran las piernas, levanté una mano hacia él, diciéndole adiós, como también hice de voz. Me giré rápido, necesitando estar sola para interiorizar todo lo que se había removido en mi interior, aún más. Pero me vi sorprendida por él, sin esperar su siguiente movimiento.

Contuve la respiración cuando me abrazó por detrás, por la espalda. Me había agarrado de un brazo, parándome y rodeándome con uno suyo, el que mantuvo en mi barriga, pegándome a su pecho. Tenerlo tan cerca, el olor de su colonia, la que continuaba siendo la misma y no tuve problema en diferenciar, el calor de su cuerpo sin que quedara ninguna separación entre nosotros... Tragué saliva intentando encontrar las fuerzas que me faltaron porque si ante su guiño me habían temblado las piernas, ya no os digo cómo estaba en ese instante.

—Antes me has dado las gracias, pero en realidad quien te las tiene que dar soy yo, Olaya —susurró sobre mi pelo, el calor de su aliento me puso el vello de punta—. Gracias, por dejar que me haya acercado. No sé si habrá sido una tregua por el momento que ha sido y cómo se ha dado todo, pero no te imaginas lo feliz que me ha hecho

»No digas nada, ahora mismo sobran las palabras. ¿Estamos de acuerdo? —asentí sin poder hacer otra cosa diferente— Actúa como sabes hacer referente a David, cómetelo si hace falta, pero no en sentido literal... No quisiera ser yo quien te lanzara a sus brazos, no me lo perdonaría nunca.

—Eso no va a pasar. Ni antes, ni ahora, ni después... —murmuré con la voz tomada.

Su brazo hizo un poco de fuerza entorno a mí y cerré los ojos al sentir el beso largo y pausado que me dio en la cabeza.

—Cuídate. Nos volveremos a ver, tenlo claro.

Frío y melancolía, eso fue lo que noté cuando se apartó de golpe. Me costó reaccionar y cuando conseguí hacerlo, girándome hacia él, ya era demasiado tarde. Se había alejado y solo pude ver su espalda a lo lejos.

—Qué ha querido decir con lo que de que, no se lo perdonaría nunca... —susurré medio ida, sin situarme ni poder moverme.

Lo vi llegar a un coche y montarse en él. Cuando estuvo en el interior nuestras miradas volvieron a conectarse, durante unos segundos que se hicieron interminables, hasta que me hizo otro guiño desde la distancia y arrancó. Quería que se fuera, que desapareciera ya por cómo me encontraba, pero también por ese mismo motivo la necesidad de correr hacia él me asaltó dejándome paralizada. Otra vez, me dije.

Reaccioné cuando pasó por delante de mí y me giré hacia la puerta, consiguiendo meter la llave en el bombín. Sola, sin ningún ruido a mi alrededor, cogí varias veces aire, llevándome una mano al pecho. En poco tiempo había desmontado todo lo que me prometí hacía mucho, a lo que me había aferrado desde la desesperación, hasta llegar a la rabia y el enfado. Con respecto a él había tenido tantos sentimientos y sensaciones...

Sacudí la cabeza y me dirigí hacia las escaleras. No me vi con fuerzas para encerrarme en una caja para subir al ático. Peldaño a peldaño mi cabeza se saturó por la experiencia que acababa de vivir. Entrando en casa busqué el número de teléfono de mi padre y marqué, llamándolo.

—No voy a cambiar de opinión, me da igual que ya estés aburrida. —Fue lo primero que dijo al descolgar, pensándose que iba a hacer un intento para que me dejara regresar al trabajo. Sonreí con cariño.

—Por una vez te has equivocado. —Apreté los labios mientras caminaba hacia la cocina.

—¿De verdad? ¿No me llamas para suplicarme que al menos te deje conectarte desde casa?

, —Pues no. —Reí.

—Vaya, me has despistado —habló con tono de humor—. ¿Entonces?

—Ha ocurrido algo que no esperaba, para nada. Y gracias a ello me he enterado de que tenemos un problema, serio.

—¿De qué hablas? Hija, me has desconcertado más.

—Es sobre el trabajo, más concretamente sobre David de la empresa Debon. No te imaginas de quién acabo de despedirme, hace apenas unos minutos.

—¿Tengo que sentarme?

—Estás sentado —negué.

r

—Que sepas mis horarios tampoco ayuda. —Sonreí—. Cuéntame lo que sea.

—Novak ha venido aquí.

—¿Adónde?

—A mi ático, ha llamado a la puerta.

—La última parte la doy por hecho, no esperaba que se pusiera a escalar hasta llegar a tu terraza. Aunque con lo tozudo e insistente que es, todo podría haberse dado, según tu reacción.

—Muy gracioso.

—¿Gracioso? ¿Referente a ti y a él? Para nada.

—No te has sorprendido. —Caí en la cuenta mientras llenaba un vaso de agua.

Llevándomelo a los labios, bebiendo un sorbo, me dirigí hacia el salón y salí a la terraza, sentándome en una silla. Me dio tiempo a acomodarme antes de que volviera a hablar.

—Sabía que sucedería, más pronto que tarde.

—¿Por qué? —susurré.

—Ya veo que tú no.

—Muy perspicaz —negué.

—Olaya, solo necesité escuchar el nombre de Novak otra vez, de ti, para saber que estando en España, de vuelta, no tardaría en moverse entorno a ti.

—Lo ha hecho por un motivo muy concreto. —Bajé el tono de voz.

—Ahora me lo explicas, pero, aun así, ha sido la oportunidad perfecta para acercar distancias, o al menos tantear el terreno. Si no hubiera tenido ese motivo que dices, tampoco tengo dudas de que hubiera surgido cualquier otro.

—No es como piensas.

—La que sigue sin querer ver la realidad eres tú, ni la tuya propia.

—Algo me ha quedado claro —murmuré.

—No sabes cómo me alegro de que el choque te haya servido. ¿Todo bien entre vosotros o se ha ido teniendo que pasar por el centro médico? —preguntó con diversión.

—Tampoco soy tan agresiva. —Puse los ojos en blanco.

—Según para quién y en qué momentos. —Rio.

—Se ha ido sano y salvo, ¿contento?

—Mucho. Ni te imaginas hasta qué punto porque me lo corrobore, y de la forma en la que estás hablando sobre él, tranquila y relajada, sin alterarte, me da todas las respuestas que necesito saber. ¿Cuál ha sido el otro motivo por el que ha ido?

—Solo hay uno. —Bebí un poco más de agua.

—Ya... —Carraspeó—. Te darás cuenta por ti misma. Dime.

—David se va a reunir esta tarde con Alfonso —solté de golpe—. Me lo ha confirmado Novak, por eso se ha presentado aquí. A él, su padre porque quería que lo acompañara, a pesar de que ya no tiene nada que ver con ese trabajo.

Se mantuvo en silencio durante unos instantes, interiorizándolo.

—Papá...

—Desgraciado, con que esas tenemos.

—Sí.

—Está bien, vamos a dejarlo hacer.

—¡No puedes estar hablando en serio! —Me sorprendí por su pasividad.

—Que lo dejemos hacer nos da ventajas, cariño. Estará confiado, no se alertará por nada siguiendo con el plan que tenga. Quiere jugar a dos bandas e iremos varios pasos por delante de él. Como he dicho todo son ventajas, porque desde ahora mismo voy a planear una nueva estrategia referente a él.

—¿Qué vas a hacer?

—Yo me encargo, tú sigues fuera todavía.

—¿Vas a continuar con lo mismo? No quiero que me apartes.

—¿Quién está diciendo eso? Solo te comento que hasta que no te incorpores no voy a ponerte al tanto de nada.

—Puedo hacerlo mañana, estoy preparada.

—Claro, no lo dudo. —Cambió el tono, a divertido.

—No sé por qué te hace gracia. —Bufé.

—Porque la tiene, hija, no sabes cuánta la tiene. —Rio—. Hazme caso, descansa estos días que tienes por delante y espero que la próxima vez seas tú la que muevas ficha. No me estoy refiriendo al trabajo.

—¿Qué...? ¿Papá? —Me aparté el teléfono de la oreja, mirándolo sorprendida—. Me ha colgado —dije sin creérmelo—. Pues mira qué bien. —Bufé dejándolo encima de la mesa—. Que mueva ficha y no por el trabajo, que ha... joder —dije al reaccionar, al entender lo que había dicho y la dirección a la que se había dirigido.

Me bebí lo que me quedaba de agua, de golpe y me levanté inquieta, con el móvil en una mano. Cuando me dirigía hacia la habitación en la que tenía el despacho entré en la aplicación de mensajes, en el grupo que tenía con mis amigas.

Olaya: *Tengo unos días de vacaciones impuestas, así que, soy libre. Decidme que algún alma caritativa está disponible para mí porque ya me estoy agobiando y es peligroso.*

—¿Qué vas a hacer?

—Yo me encargo, tú sigues fuera todavía.

—¿Vas a continuar con lo mismo? No quiero que me apartes.

—¿Quién está diciendo eso? Solo te comento que hasta que no te incorpores no voy a ponerte al tanto de nada.

—Puedo hacerlo mañana, estoy preparada.

—Claro, no lo dudo. —Cambió el tono, a divertido.

—No sé por qué te hace gracia. —Bufé.

—Porque la tiene, hija, no sabes cuánta la tiene. —Rio—. Hazme caso, descansa estos días que tienes por delante y espero que la próxima vez seas tú la que muevas ficha. No me estoy refiriendo al trabajo.

—¿Qué...? ¿Papá? —Me aparté el teléfono de la oreja, mirándolo sorprendida—. Me ha colgado —dije sin creérmelo—. Pues mira qué bien. —Bufé dejándolo encima de la mesa—. Que mueva ficha y no por el trabajo, que ha... joder —dije al reaccionar, al entender lo que había dicho y la dirección a la que se había dirigido.

Me bebí lo que me quedaba de agua, de golpe y me levanté inquieta, con el móvil en una mano. Cuando me dirigía hacia la habitación en la que tenía el despacho entré en la aplicación de mensajes, en el grupo que tenía con mis amigas.

Olaya: *Tengo unos días de vacaciones impuestas, así que, soy libre. Decidme que algún alma caritativa está disponible para mí porque ya me estoy agobiando y es peligroso.*

Capítulo 14



Novak

—¿Te apetece ir a tomar una cerveza?

Desvié la atención de la pantalla del ordenador hacia la puerta, donde estaba Luc, apoyado en el marco.

—Hoy no puedo —le respondí.

—¿Tu madre bien? —Entró, quedándose frente a mi mesa.

—Está estable, no es por ella. Tengo otra cosa que hacer.

—¿Algo que tenga que ver con faldas y a lo loco? —Sonrió de medio lado, eliminando la preocupación que había aparecido en su expresión por unos instantes.

—Hablas por ti, ¿no? Porque lo que es por mí... —Recosté la espalda en la silla, después de apagar el ordenador y la pantalla.

—Pues será porque no quieres. —Levantó una ceja.

—Será...

—Te has puesto muy enigmático.

—Según tú. —Reí.

—¿Desde que has regresado, no has tenido ni un rollito?

—De primavera me he comido varios. —Apreté los labios.

—¿Va con doble sentido? Porque estamos en verano —dijo pensativo.

—No, la última vez fue anoche, pedí comida a domicilio. —Volví a reír por la cara que puso.

—Joder, macho, y yo haciendo cálculos —negó divertido—. Eso tiene que cambiar, ¿qué te parece si salimos este fin de semana? El sábado sería genial.

—Te lo confirmo mañana viernes.

—Vale. —Se sentó en el filo de la mesa—. ¿Cómo llevas lo de tu madre?

—Lo mejor que puedo dada la situación. —Me encogí de hombros antes de levantarme de la silla.

Me guardé el móvil en un bolsillo y rodeé la mesa, poniéndome a su lado.

—¿No hay ninguna novedad?

—Por ahora, nada. —Dejé salir el aire lentamente.

—Vamos, yo también me voy ya. —Se incorporó y empezamos a caminar.

—Mañana te daré trabajo extra, necesito que revises una documentación y que averigües unas cosas.

y—Claro, jefe, a mandar —respondió con humor, provocando que mis labios se curvaran.

Nos dirigimos hacia el ascensor despidiéndonos de los compañeros que nos encontramos recogiendo para finalizar el día de trabajo.

—¿Te has echado perfume?

Reí cuando se inclinó hacia mí, en el interior del ascensor, olisqueándome.

—¿Qué dices?

—Tú tienes una cita, a mí no me engañas.

—La tengo, pero no como imaginas.

—Lo que yo diga, enigmático totalmente. —Levantó una ceja.

Divertido me mantuve callado y así continué cuando salimos del edificio, yendo hacia el aparcamiento.

: —Hay algo que no te he contado, pero lo haré mañana.

—¿En serio? ¿Me vas a dejar haciendo conjeturas?

—Pues sí, me encantará escuchar cómo me las detallas. Será divertido. —Sonreí de medio lado—. Ahora en serio mañana hablamos con calma porque es un poco largo de contar.

—Estaba de broma, tío, ya sabes que cuando quieras.

—Lo sé. —Nos paramos cuando llegamos junto a su coche.

—Que vaya bien y dale recuerdos a tu madre si la ves.

—Iré más tarde. —Sonreí agradecido—. Hasta mañana.

Continué avanzando hasta llegar al mío y me monté. En cuanto arranqué y me puse en movimiento, salí del aparcamiento y me dirigí hacia la cita que le había mencionado a Luc. Diez minutos después paré el coche, con la vista fija hacia delante. Comprobé la hora y conforme, me bajé. No tuve que ir muy lejos, en cuanto di varios pasos al girar una esquina, la presencia de quienes esperaba ver apareció ante mí, en una terraza.

—Hombre Alfonso, que calladita tenías la sorpresa de que tu hijo iba a venir —dijo David, levantándose para saludarme.
r

Acepté su mano por encima de la mesa, mientras miraba de reojo a mi padre. No mostró lo extraño que le resultó que apareciera después de cómo había terminado nuestra conversación esa misma mañana, pero sabía que por dentro lo estaba. Era un experto en no exteriorizar cualquier tipo de sentimiento o reacción.

—Hijo. —Se levantó quedándose a mi lado. Me dio una palmada en un hombro y asentí como respuesta.

—Sentaros —nos pidió David haciéndole un gesto a una camarera que pasaba cerca de nosotros.

—Una cerveza —le pedí, ellos ya tenían las consumiciones.

—¿Todo bien? —Se dirigió a mí David.

—Perfecto.

—No contaba con que vendrías. —Esa vez fue mi padre quien me habló, captando la atención de David—. Esta mañana cuando te lo propuse me dijiste que estabas muy liado.

—Así era, pero he podido salir del trabajo a la hora —dije mostrándome hacia ellos normal.

, Desde el mismo momento en el que me dijo lo de la reunión, tuve claro que me presentaría, y más sabiendo dónde se daría y a qué hora. Necesitaba estar presente para conocer de primera mano lo que se dijera en ella.

—Otra vez reunido con los Emerson. —Sonrió David, llevando la vista de mi padre a mí.

—Me alegro —continué con mi papel de cara hacia ellos—. Estoy seguro de que mi padre tiene muchas cosas interesantes que ofrecerte, muy tentadoras y jugosas. —Me ganó una gran sonrisa de los dos, pero sobre todo de mi padre, el que se mostró satisfecho.

Un camarero me trajo la bebida y se lo agradecí. Cuando le di el primer sorbo a la cerveza empezaron a hablar de negocios. Atento, sin perderme ningún dato ni detalle, los escuché e intervine cuando me pidieron opinión. No mostré el asco que me produjo la situación, me lo tragué todo, digiriéndolo con el líquido que caía por mi garganta.

—¿Qué te parece? Suena bien, ¿no? —me preguntó mi padre.

—Le tiene que parecer bien a él. Pero sí, tiene buena pinta si quieres saber mi opinión —asentí.

—Me estoy jugando mucho por esto —intervino David y lo miramos los dos.

—¿Y eso? —Me interesé.

—Los Ariza lo han atado muy bien —respondió mi padre.

—Si no fuera por la pequeña Ariza... —Rio David.

Al instante sentí la mirada de mi padre puesta en mí, observándome a conciencia. No hice ningún gesto que me delatara ante él, todo lo contrario, sonreí abiertamente ante las últimas palabras. Cuando dejó de prestarme atención se centró en su cliente, uniéndose a él en las risas. Había conseguido mi propósito, que se pensara que me importaba una mierda después de tantos años, así de simple. Si supiera en realidad todo lo que me recorría

interiormente, tendríamos declarada la guerra.

Por mi parte no descifraría nada, por ello terminé riéndome también cuando hicieron varios comentarios más, los que se me atravesaron. Una hora y media llevábamos en la terraza del hotel, tiempo que se me había hecho interminable por los esfuerzos que hacía para mantener el tipo frente a los dos. Cada vez que el apellido Ariza salía a relucir el vello se me erizaba, pero cuando se centraban en cualquier cosa referente a Olaya... Mis esfuerzos caían en picado teniendo que echar mano a todo mi autocontrol.

—¿Qué planes tienes para la niña de papá? —Quiso saber mi padre, diciéndolo con guasa.

—Para empezar, llevármela a mi terreno y hacer que baje las barreras que tiene siempre. Si supiera en realidad lo que me provoca y cómo me pone, y más lo hará cuando la fuerce a hacerlas desaparecer. —Soltó una carcajada— Novak, amigo ¿algún consejo?

Estuve a punto de saltar, hasta tuve que hacer fuerza con los pies para sentir el suelo debajo de ellos porque me elevé demasiado, en el peor sentido para el imbécil que se había dirigido a mí.

—¿Me lo preguntas a mí? —Levanté una ceja— Mmm... ¿No te ves capaz por ti mismo?

—Sí, hombre. —Rio—. Pero sé por tu padre que hubo algo entre vosotros hace muchos años y me interesa saber cómo lo conseguiste.

—No tuve que hacer nada. —Sonreí de medio lado, provocando que frunciera el gesto.

—Es típico que las mujeres caigan rendidas a los pies de mi hijo. He sido testigo de cómo sin ni siquiera hablar, las ha tenido detrás de él durante largas temporadas —comentó mi padre, satisfecho.

Como si eso fuera un logro, pensé automáticamente. Me sentía saturado, desbordado, sumándolo a que me tocaba los cojones mantenerme junto a ellos. Cada palabra que añadían era peor que la anterior.

—Pero si quieres un consejo... —dije.

—No estaría mal. —Se apoyó en la mesa, mostrando interés.

—Que conste que yo la conocí siendo joven, ahora no tengo ni idea de lo que le gustará y poco me importa —añadí para darle más veracidad.

—Tranquilo, esas cosas no varían. —Le quitó importancia David—. Lo que pone caliente a una mujer se mantiene siempre. —Rio contagiando a mi padre, yo sonreí ampliamente porque si me hubiera unido, me hubiera

salido una ulcera.

—Por aquella época no le gustaban los titubeos. Si quieres acercarte, hazlo directamente.

—¿A saco? —asentí despacio, sin que la curva de mis labios disminuyera.

—Tal cual —aseguré.

—Y parece una mosquita muerta. —Soltó una carcajada mi padre.

—Esas son las mejores en la cama, amigo —aseguró David, levantado su copa de cerveza. Se la bebió de un trago y me entraron náuseas al no apartar los ojos de él.

Quizás estaréis pensando porqué narices le había dicho eso. Muy sencillo, porque si algo tenía Olaya, si algo la caracterizaba, es que sabía defenderse y atacar sobradamente, ya os lo digo. Solo necesito echar mano a mis recuerdos, a la primera vez que coincidimos. Fue el mejor momento de mi vida, no por cómo se dio porque mordí el polvo, directa y literalmente, sino por lo que vino después.

Olaya pensó que yo le estaba robando, con todo su significado. Cuando se levantó de la mesa de un bar para saludar a unos amigos, dejó el bolso en la silla en la que había estado sentada porque no se alejó mucho. Yo ni me di cuenta de que la mesa estaba ocupada, por lo tanto, me senté pensando que estaba libre, acompañado por Basil. Fue Félix, cuando salió del baño, el que nos dijo que había un bolso colgado en una silla. En ese instante levantamos las miradas para saber si alguien se lo había dejado olvidado, o es que teníamos que levantarnos.

Esa vez fue la primera en la que mis ojos conectaron con los de ella y de qué manera, porque los suyos desprendieron de todo menos cosas buenas. Cuando la vi caminar ligera hacia la mesa me levanté rápido, con la mala suerte de que arrastré su bolso y lo cogí al vuelo para que no se cayera al suelo, sujetándolo con una mano. Lo que sucedió en realidad, ella en ese momento no lo supo descifrar porque Basil y Félix también se levantaron de golpe. Se pensó que saldríamos corriendo. Esa fue mi perdición o mi bendición, porque en un parpadeo la tuve encima de mí, sin exagerar.

No me dio tiempo a nada cuando me vi tirado en el suelo, con ella estirando de su bolso que yo mantenía agarrado. Me quedé tan desconcertado que solo pude escuchar sus palabras, lejanas, más los jadeos de mis amigos. Me hizo una llave y un bloqueo que aún, hoy en día, no soy capaz de visualizar por lo precipitado que fue. Olaya sabía artes marciales, era una experta en ese deporte. Lo practicaba desde que era una niña, había crecido interiorizándolo y por eso, al decirle abiertamente a David que se comportara con ella de la única forma que no soportaba, sabía que terminaría muy, pero que muy mal.

En cuanto se sintiera amenazada o incómoda, las barreras a las que había hecho alusión el impresentable que tenía delante de mí, no es que bajaran, es que se levantarían sin límite, para enfrentarlo. Mi padre tampoco conocía ese

detalle de ella, por lo que no pudo intuir mi jugada. A pesar de que sabía que no necesitaba a nadie para librarse de ese tipo, haría todo lo posible para estar cerca, manteniéndome pendiente para asegurarme de no tener que lamentar nada.

Pocos minutos después nos despedimos y cada uno tomó hacia una dirección. Al quedarme solo, pude empezar a respirar con normalidad, mientras pensaba en mi siguiente movimiento. En el interior del coche recibí un mensaje de mi padre, en el que me daba las gracias por acompañarlo. Para que no le pareciera extraño le respondí con un «de nada», conteniéndome para no poner lo que realmente sentía y pensaba.

Arranqué alejándome rápido de la zona, tomando la dirección de la casa de mis padres para ir a ver a mi madre. Estaría solo con ella, no sabía dónde narices invertía las horas mi padre, pero bien mirado era mejor que continuara llegando por las noches para no enturbiar la paz de mi madre.

—Cariño. —Me recibió con una sonrisa preciosa al abrir la puerta.

—Hola, mamá. —La abracé con fuerza—. ¿Cómo ha ido el día? —dije entrando, sin soltarla. Cada vez la notaba más delgada. Con cada diferencia todo se desmoronaba en mí, siendo muy consciente de la realidad que no verbalizábamos.

—Muy bien. Oh, no me mires así, es la verdad. Me he animado a dar un paseo, no ha sido muy largo, pero al menos he salido de casa. Por lo demás he descansado y visto la tele, ya está.

—¿Has comido bien?

—Sí. —Me miró con cariño.

—Vale, pues espero que no hayas hecho nada de cena.

—No he entrado todavía en la cocina, es muy pronto. ¿Por qué?

—Porque voy a preparártela yo.

—¿Te quedas a cenar conmigo? —Se le iluminaron los ojos y maldecí.

No por la ilusión referente a mí, sino por lo sola que debía sentirse.

—Por supuesto, pero lo adelantamos un poco, ¿vale?

—Claro, mañana tienes que madrugar.

e

—Sí. —Le di un beso en la cabeza, callándome el motivo real, el de que no quería volver a ver a mi padre—. Ponte cómoda en el sofá, voy a dejarlo todo preparado para terminar de hacerlo dentro un rato. Enseguida estoy contigo.

—Puedo ayudarte —dijo como queja cuando la guie por el salón, parándome al lado del sofá.

—¿Qué parte no has entendido de que voy a prepararlo todo yo? —Levanté una ceja.

—Estaba probando suerte —soltó un suspiro cansado al sentarse y apreté la mandíbula, pero la destensé rápido, en cuanto levantó la mirada hacia mí.

—Pues ya ves que no ha servido de nada. —Le hice un guiño—. ¿Qué quieres cenar?

—Me da igual. —Me sonrió.

—Vale, pues será sorpresa —dije caminando hacia la cocina.

Entré en ella y fui directo hacia la nevera. Me moví sacando todo lo que iba a necesitar y antes de ponerme al lío, me acerqué a la puerta para controlarla. Dejé salir el aire despacio, muy lentamente, varias veces, al verla con la cabeza apoyada en el respaldo, con los ojos cerrados y con una mano en un costado, presionándose. Le dolía, pero continuaría callada y ocultándolo delante de mí.

Me aparté hacia un lado y apoyé la espalda en la pared, tapándome la cara con una mano. Tenía tanto miedo de perderla... No podía pensar ni siquiera en la posibilidad porque era demasiado. Me sentía tan impotente de no poder ayudarla, de no darle la vida que se merecía y necesitaba.

—Sí. —Le di un beso en la cabeza, callándome el motivo real, el de que no quería volver a ver a mi padre—. Ponte cómoda en el sofá, voy a dejarlo todo preparado para terminar de hacerlo dentro un rato. Enseguida estoy contigo.

—Puedo ayudarte —dijo como queja cuando la guie por el salón, parándome al lado del sofá.

—¿Qué parte no has entendido de que voy a prepararlo todo yo? —Levanté una ceja.

—Estaba probando suerte —soltó un suspiro cansado al sentarse y apreté la mandíbula, pero la destensé rápido, en cuanto levantó la mirada hacia mí.

—Pues ya ves que no ha servido de nada. —Le hice un guiño—. ¿Qué quieres cenar?

—Me da igual. —Me sonrió.

—Vale, pues será sorpresa —dije caminando hacia la cocina.

Entré en ella y fui directo hacia la nevera. Me moví sacando todo lo que iba a necesitar y antes de ponerme al lío, me acerqué a la puerta para controlarla. Dejé salir el aire despacio, muy lentamente, varias veces, al verla con la cabeza apoyada en el respaldo, con los ojos cerrados y con una mano en un costado, presionándoselo. Le dolía, pero continuaría callada y ocultándolo delante de mí.

Me aparté hacia un lado y apoyé la espalda en la pared, tapándome la cara con una mano. Tenía tanto miedo de perderla... No podía pensar ni siquiera en la posibilidad porque era demasiado. Me sentía tan impotente de no poder ayudarla, de no darle la vida que se merecía y necesitaba.

Capítulo 15



Olaya

Era fin de semana y había tomado una decisión. No me había costado mucho hacerlo, pero sí decidirme. Me había asegurado de que era el momento perfecto para ir a ver a Maite, la madre de Novak. Necesitaba hacerlo, acortar distancias con ella y por suerte, estaría sola casi todo el día.

Para asegurarme de ello y para no encontrarme con quién no quería hacerlo ni por casualidad, había llamado al club selecto al que antiguamente solía ir, pasando la mayoría del tiempo de los dos días festivos. Para mi suerte, después de hacerme pasar por quien no era, me habían dado el dato de que el señor Emerson tenía una mesa reservada para desayunar, lo que quería decir que no saldría de allí por mucho tiempo.

Sentada en la terraza de mi ático me tomaba el primer café del día, mientras disfrutaba de los primeros rayos de sol. El descanso que me había tomado estaba a punto de terminar, el lunes volvía a incorporarme al trabajo. Había ocupado el tiempo en organizar la ropa de los armarios, en descansar, en hacer sesiones de cine, de deporte y en quedar con mis amigas.

El sonido de una llamada me hizo sonreír al ver el nombre de Iraide en la pantalla.

—Buenos días —respondí.

—Hola, cariño. Buenos días. ¿Cómo está mi churri favorita?

—¿Churri? —Reí—. El nuevo trabajo no te sienta bien —negué divertida porque hasta hacía poco no era una palabra que utilizara—. Como anoche, no me ha dado tiempo a variar.

—Ay chica, es que tengo tanto vocabulario nuevo. —Reímos—. Mandy me tiene loca y me lo contagia todo —se refirió a su nueva compañera de trabajo, con la que tenía una relación laboral más directa—. ¿Qué haces?

—Son las diez y cuarto de la mañana, ¿qué quieres que haga? Tomarme un café.

—¿Todavía? Yo ya mismo voy a por el vermut —dijo con guasa.

—No será que todavía no te has acostado. —Reí.

—Ahí le has dado, si es que no se te escapa una.

—¿En serio? Lo he dicho por decir —negué—. ¿Tanto se alargó la salida con los del trabajo?

—Ya te digo, pero no por mis compañeros. ¿Sabes a quién me encontré en la discoteca?

—Ni idea.

—A Basil, el amigo de...

—Sé perfectamente quien es —la interrumpí.

—Ah, vale. Era por si no te ubicabas. —Carraspeó.

—¿Y?

—Pues que ni punto de comparación con Luca, chica.

—¿Qué me estás contando? ¿Te has acostado con Basil? —pregunté con voz ahogada, era lo último que esperaba oír.

—Dios mío, siiiii... y quiero repetir. —Lloriqueó.

—Esto es muy fuerte. —Reí nerviosa—. ¿Cómo ha pasado? Joder, que nos conocemos todos de años y ahora...

—Pues ya ves, ni puñetera idea.

—Pues si no lo sabes tú —dije anonadada.

—Es que nos encontramos y me invitó a una copa por los viejos tiempo. Y yo qué sé, una copa llevó a otra y te rectifico, porque acostarme con él no lo he hecho, más bien fue todo en vertical.

—Ay, la Virgen. Vamos que acabasteis los dos borrachos y mano a mano.

—Pues sí, pero lo recuerdo todo y menudos recuerdos, Olaya. Madre mía, hace pocos minutos que he salido de la ducha, he tenido que dármele nada más entrar en casa porque seguía teniendo un calentón... —Bufó.

—Qué fuerte. —Reí con ganas—. ¿Os habéis dicho alguna palabra sin alcohol de por medio?

—Claro, unas cuantas —soltó con guasa—. ¿Para qué más? No queríamos perder el tiempo.

—Sabes que lo verás por la calle, ¿no?

—Sí. —Lloriqueó y apreté los labios, contuéndome para no volver a reír—. Pero tiene que ser cuando vaya contigo, para que hables tú.

—Claro que sí. Tú te llevas la mejor parte, el premio, y yo me como el marrón.

—¿Por qué dices eso? ¿También te gustaría tirártelo? Ay, mi madre, que te he traicionado adelantándome.

—¿Qué dices? —Reí, ya no pude controlarme más—. Todavía no piensas con lucidez.

—Ah, espera, es verdad. Tú a quien quieres tirarte es a su mejor amigo, a Novak.

—Vete a la cama, anda.

—Ya estoy tumbada en ella. —Le entró la risa floja y sonreí.

—Pues descansa, cuando te despiertes y vuelvas al mundo de los sobrios, llámame.

—Vale, cariño —dijo bostezando—. ¡Qué noche, Olaya! Luca se queda en nada con las volteretas mortales que me ha hecho hacer Basil, te lo aseguro.

—Pues me alegro, mucho. —Llevé la vista hacia el yacusi-piscina, dejándola fija en él.

—Cuelgo ya, me está dando el bajón.

Después de un par de comentarios más, cortamos la llamada. Me había quedado alucinando por la bomba que me había soltado. Con todos los años que hacía que Basil y ella se conocían, en ningún momento había detectado una actitud que me llamara la atención en cómo se trataban. Fíjate, lo que puede dar de sí una noche de fiesta, surgiendo lo que menos imaginas y esperas.

Negué con la cabeza, sonriendo, sin poder salir del asombro. Me terminé el café sin prisa, alargando el momento y sobre las once de la mañana salí del ático. Bajé en el ascensor hasta el garaje y fui hacia el coche, dispuesta a hacer lo que había meditado bien. Cuando estacioné frente a la puerta de la casa de los padres de Novak, me quedé en el interior del coche durante unos largos minutos, observando la calle. Estaba metida en mis pensamientos cuando el sonido de un mensaje me hizo regresar a donde me encontraba.

Salma: *¡Qué fuerte! Acabo de abrir los ojos y lo primero con lo que me encuentro es con un mensaje de nuestra amiga Iraide. ¡Qué se ha acostado con Basil, nena! ¿Te lo puedes creer?*

Solté una carcajada antes de teclear la respuesta.

Olaya: *No se ha acostado porque en ningún momento han estado en horizontal, según sus palabras, se lo ha tirado en posiciones muy variadas, pero verticales. Y sí, yo me he quedado igual que tú.*

Salma: *Joder, joder... Ahora solo faltó yo, tengo que tirarme a Félix para igualarlos, ja, ja, ja... Así hacemos un completo de todos los amigos.*

Salma: *¿Olaya? Lo siento, cariño. No he pretendido... quiero decir que no quería sacar a relucir lo que hubo una vez entre tú y Novak.*

Olaya: *No digas tonterías, no pasa nada. Es mi pasado y ya no se me gira la cabeza.*

Esperé a recibir otro mensaje, pero no llegó, en cambio me llamó.

—¿Estás segura de que es pasado? —me preguntó nada más descolgar— Me refiero a que después de lo que nos explicaste, del último encuentro que tuviste porque fue a buscarte... No sé, desde que lo dijiste estás diferente.

—¿Cómo? —Bajé el tono de voz, observando hacia la calle.

—Ya lo sabes, aunque no hables de ello. Los ojos son el reflejo del alma, y los tuyos reflejan demasiado desde hace unos días.

—Será porque estoy más en paz que nunca.

—Será... O también puede ser por otro motivo muy concreto. ¿Vas a salir hoy?

—Estoy en la calle. —Obvié continuar con el tema.

—¿Quieres quedar para comer?

y

—Dentro de un rato te digo algo, tenía pensado ir a casa de mis padres. Mi madre me llamó ayer y lo dejamos en él aire, pero espera que le diga algo.

—Vale, pues ya me avisas. Si no, nos vemos por la noche, ¿no?

—¿Quedamos directamente para cenar?

—Hecho, pues más tarde nos llamamos en el grupo. A ver si nuestra queridísima amiga se conecta volviendo a la vida y nos da todos los detalles.

—Le costará bastante despertar. —Reímos—. Hasta luego.

—Sí, nos vemos —dijo, pero antes de colgar...—. Ostras, se me acaba de ocurrir una idea y lo siento, pero vas a pringar. —Soltó una carcajada.

—¿Qué quieres...? —Cortó la llamada—. Decir —terminé diciendo, solo para mí.

A saber, lo que se le había pasado por la cabeza. De mis amigas podía esperar cualquier cosa, aunque yo no me quedaba fuera tampoco. Solté un suspiro y me bajé del coche, caminando hacia la entrada principal de la casa de Maite, la madre de Novak. Llamé y di un paso hacia atrás, esperando que estuviera dentro y abriera la puerta.

Para mi sorpresa se abrió, pero no fue a ella a quien vi, sino a Novak. La sorpresa fue mutua en nuestras expresiones, en ambas direcciones.

—Olaya... ¿Qué haces aquí?

—Lo siento, no sabía... —Tragué saliva, pero aparté rápido los nervios tomando el control—. He venido a ver a tu madre, sé que llevo mucho tiempo sin hacerlo y que puede parecer... No lo sé, pero he querido y necesitado hacerlo. Si no lo ves mal, claro —hablé de carrerilla.

Para mi tranquilidad sonrió enseguida y asintió.

—Gracias. —Al decirlo me pareció distinguir un poco de emoción en sus ojos—. Claro que me parece bien, le hará mucha ilusión. Adelante. —Se apartó para dejarme entrar.

Pasé por su lado callada porque de repente todo el vocabulario que conocía se evaporó. Tenerlo otra vez al lado, tan cerca después de cómo se despidió de mí, no ayudó ni facilitó a que encontrara alguna palabra más. No me había planteado que podía encontrarlo en la casa de su madre, ni siquiera había pensado en esa posibilidad.

Si es que daba igual lo mucho que meditaras y planearas algo, las variantes podían ser tantas que, siempre sucedía algo que daba al traste con la idea original. En silencio, en medio del salón, recorrí con la vista la estancia. No me trajo ningún recuerdo importante, por suerte los pocos que tenía de la casa eran de los momentos breves en los que alguna vez había acompañado a Novak, para después salir rápido. Pero, aun así, me dio nostalgia por el lugar que era.

—Se está arreglando, enseguida saldrá. —Escuché su voz detrás de mí y me giré.

—¿No la vas a avisar? No espera a nadie y después de tanto tiempo... —Dudé.

—Si hubiera abierto la puerta ella, se habría encontrado de golpe contigo. —Curvó los labios.

—También es verdad —solté un suspiro, frotándome la palma de las manos en el pantalón corto vaquero.

—Así la sorpresa será la misma. —Me hizo un guiño—. ¿Quieres un café? Estaba empezando a prepararme uno, he llegado hace poco.

—Vale, no me vendrá mal —asentí.

Empezó a caminar hacia la cocina, yo me mantuve quieta sin saber qué hacer. Hasta que se paró al darse cuenta y medio giró hacia mí.

—No voy a cobrarte porque te muevas, ni porque me sigas.

Puse los ojos en blanco por la sonrisa pícaro que mostró y me dirigí hacia él. Satisfecho volvió a darme la espalda. Fui hacia la barra que quedaba en el centro y lo vi ir de un lado al otro, sacando una taza más para mí y todo lo necesario. En ese instante no estaba para pensar mucho, por lo que solo me centré en apoyar las manos en la barra y en seguir todos sus movimientos con los ojos.

—¿Has salido a correr hoy? —Cortó el silencio.

—No, se me han pegado las sábanas. Lo haré más tarde.

Asintió sin mirarme, mientras preparaba los cafés. Imaginé que la pregunta la hizo porque él sí lo había hecho, al no coincidir. Cuando terminó se acercó y dejó las tazas en la barra, deslizando una hacia mí.

—Siéntate —me pidió haciendo un gesto con la cabeza hacia un taburete alto que tenía al lado.

Lo hice al instante porque perdí todas las fuerzas. El silencio volvió a rodearnos mientras echaba el azúcar y movía con brío la cucharilla. Cuando me quedé conforme le di el primer sorbo.

—¿Qué? —dije sin poderlo retener porque me había sentido observada en todo momento.

—Nada, ¿tiene que pasar algo? —Apoyó los brazos en la barra.

—Eh, no, supongo que no. —Carraspeé—. Pero como no dejas de mirarme —comenté con la vista en la taza.

—Es que me ha dejado un poco descolocado tu presencia, no la esperaba para nada.

—No sabía que estarías —dije en tono bajo.

—Ya... Si lo hubieras sabido no habrías venido, ¿no?

—Tampoco es eso —continué hablando de la misma forma—. Me refiero a que ni he pensado en esa posibilidad.

—Aprovecho todo el tiempo que puedo para estar con ella —me aclaró.

—Haces bien. —Busqué sus ojos, los que continuaban atentos a mí.

Asintió acercándose la taza a los labios. Por unos instantes regresé al pasado, por la intensidad de sus ojos... Ese detalle sí que me hizo retroceder a los muchos momentos en los que me dedicaba las mismas miradas, de la misma forma. Por aquellos entonces tenía claro el significado, al menos eso creía, pero esta vez me hizo sentirme inquieto por todas las sensaciones que me asaltaron.

—Hijo, ya estoy... Oh, ¿Olaya? —Giramos las cabezas hacia su madre.

La encontramos sorprendida, pero con una gran sonrisa. Le devolví el gesto incorporándome, acercándome hasta ella.

—Maite —dije antes de abrazarla.

—Hija, ¡qué ilusión! —Me apretó emocionada.

—Veo que los años no pasan por ti, ¿eh? —comenté al separarnos, sin dejar de sonreír— Estás más joven, ¿cómo lo haces?

—Anda que no tenéis guasa ninguno de los dos. —Río con ganas, risas a las que me uní—. Ya me gustaría estar como la última vez que nos vinos. —Me miró con cariño agarrándome de una mano.

—Y a mí, el tiempo pasa para todos. —Apreté los labios, divertida.

Cuando nos giramos hacia Novak nos recibió con una gran sonrisa, apoyado en la barra con los brazos cruzados.

—¿Habéis querido darme una sorpresa? —preguntó Maite, mirándonos a los dos.

Novak me señaló con un gesto de la cabeza, silencioso, y ella se centró en mí.

—Perdona el no haber venido antes. —Cogí una gran bocanada de aire—. La verdad es que...

—No pasa nada, hija. Estás aquí, es lo único importante y me hace muy feliz.

—Gracias y me alegro —dije emocionada.

La expresión de su cara dejaba ver lo cansada que estaba, era más que evidente, y lamenté en lo más profundo de mi corazón su situación. Agradecí la intervención de Novak, cuando se acercó a nosotras y guio a su madre hasta un taburete, para que se sentara. Lo hizo sabiendo interpretar perfectamente el momento, dándome una salida porque por unos instantes los sentimientos me sobrepasaron.

a —A desayunar —dijo volviendo a moverse por la cocina.

a

—Puedo ayudar —hablé.

—No, siéntate, yo me encargo. Aprovechad para ponerlos al día. —Me quitó rápido la intención.

Lo hice con gusto, sin decir nada más porque quería hablar con Maite. Así lo hicimos, animadas. Desayunamos los tres en la cocina, fue un momento muy bien recibido, como si el tiempo no hubiera pasado para ninguno de nosotros. Todo fluyó de forma natural, en un ambiente muy agradable en el que los comentarios de Novak nos sacaron más de una sonrisa y risas, y los míos de vez en cuando también, porque lo seguí, igualándolo. Bien mereció la pena por ver la ilusión reflejada en la cara de su madre, por ese motivo nos esforzamos los dos.

Una hora y media después, cuando me terminé el segundo café sentada en el sofá del salón, decidí que había llegado el momento de irme.

—Os dejo, ha sido un placer volver a verte, Maite. —Me giré hacia ella.

—¿Tan pronto?

—Mamá, tendrá cosas que hacer —comentó Novak desde un sillón que quedaba frente a nosotras.

—La verdad es que no, pero seguro que vosotros sí. —Le devolví la pelota, mirándolo disimuladamente de reojo.

—A mí no me incluyáis. Vosotros sois los jóvenes, mi siguiente movimiento cuando me levante del sofá será ir a tumbarme en la cama.

—Si me hubiera ido antes ya podrías estar descansando. —Me preocupé, pero no lo mostré.

—Tranquila, hija, tengo todo el día. —Me agarró de una mano, sonriéndome con cariño.

—Vale. —Le devolví el gesto—. Te prometo que no dejaré pasar tanto tiempo para volver. Vendré más a menudo, si te parece bien.

—Me encantará compartir tiempo contigo —asintió emocionada.

La abracé antes de decidirme a levantarme, recibiendo lo mismo por su parte. Cuando nos separamos busqué a Novak, quien nos miraba atento.

—Ahora no, pero más tarde tengo planes —comentó.

—¿Has quedado con Basil y Félix? —Quiso saber su madre.

—A última hora del día —contestó—. Vamos a la casa de Olaya.

—¿Cómo? ¿A mi casa? —Me sorprendí, la voz me salió aguda.

—Tiene gracia que la anfitriona no sepa nada. —Rio Maite.

—Pues por lo visto sí, ya decía yo... —Carraspeó Novak—. Según me ha dicho Basil, cenaremos allí y tomaremos una copa. —Se encogió de hombros.

—¿Y yo dónde estaré? Porque me acabo de enterar.

—Pregúntale a Salma, lo ha organizado todo y se ha puesto en contacto con Félix. De ahí a que Basil lo sepa han pasado unos segundos, lo mismo que ha sucedido cuando he recibido un mensaje de él, informándome.

—A eso se refería —murmuré—. He hablado con ella antes de venir y me ha colgado diciendo que se le había ocurrido una gran idea y que me tocaría pringar —aclaré para los dos.

—Pues solo queda disfrutar, ¿no? —Se interesó Maite, observándonos a los dos más sonriente de lo normal.

—Eso parece —susurré descolocada—. Me voy ya, porque ahora sí que tengo trabajo por delante. —Me incorporé—. No me acompañes. —Le quité la intención a Maite cuando hizo el intento de levantarse—. Quédate aquí cómoda, se dónde está la puerta. —Le hice un guiño.

Me incliné para darle un beso de despedida acompañado de otro abrazo. Cuando me puse recta Novak se había levantado y esperaba para acompañarme él. Caminé hacia la puerta, pensando en matar a mi querida amiga Salma en cuanto me montara en el coche.

—Si no te parece bien, no me presento —comentó cuando abrió la puerta principal.

Salí a la calle mientras él se quedaba apoyado en el marco, con los brazos cruzados.

—Desde que he leído el mensaje no he tenido intención de ir, a no ser que estuvieras de acuerdo —continuó—. Por eso he sacado el tema, me ha extrañado.

—Mi reacción no ha sido por eso.

—Olaya, que nos conocemos.

—¿Lo hacemos? —Busqué sus ojos.

—Tú no sé, yo ya te digo que sí, sin margen de error, a pesar del tiempo que ha pasado. Puede que se me puedan escapar pequeños detalles, pero los importantes, no.

—Es que me ha pillado de sorpresa, no sabía nada. —Bajé el tono de voz.

—¿Y qué te parece ahora que lo sabes?

—Quiero matar a Salma —confesé con sinceridad, provocando que soltara una carcajada.

Me gustó, qué digo, no, me encantó verlo en ese instante despreocupado y riendo de esa forma. La primera vez en mucho tiempo que lo hacía ante mí. Tampoco es que hubiéramos tenido muchas oportunidades para que sucediera en el presente, pero ya me entendéis, al menos yo interiormente lo hacía. Sonreí viéndolo, lo que continué

haciendo hasta que se tranquilizó.

—Lo daba por hecho, tu cara ha sido un poema en cuanto lo he dicho —negó.

—Ya... —Hice una mueca—. Pero después del asombro, no me parece mal.

é—¿En serio? —Me analizó, poniéndose serio.

—¿Una cena y copas en mi mini paraíso particular? Sí, me gusta —asentí segura—. Pues...

—Hasta la noche. —Terminó por mí, volviendo a mirarme con intensidad.

—Sí, claro. —Sonreí un poco, nerviosa—. Nos vemos. —Levanté una mano, despidiéndome de él.

Recibí el mismo gesto por su parte antes de darle la espalda y caminar hacia el coche. Hasta que recordé algo y medio giré hacia él, todavía permanecía apoyado en el marco de la puerta, observándome fijamente.

—Por cierto, en la terraza tengo un yacusi bastante grande que hace la función de piscina. Lo digo por si te apetece llevarte traje de baño, con el calor que hace por las noches es bien recibido un remojón.

Asintió con una sonrisa de medio lado y sintiéndome tonta porque no supe qué más decir, aparté la mirada rápido y la centré en el coche, obligándome a alejarme de Novak Emerson.

haciendo hasta que se tranquilizó.

—Lo daba por hecho, tu cara ha sido un poema en cuanto lo he dicho —negó.

—Ya... —Hice una mueca—. Pero después del asombro, no me parece mal.

—¿En serio? —Me analizó, poniéndose serio.

—¿Una cena y copas en mi mini paraíso particular? Sí, me gusta —asentí segura—. Pues...

—Hasta la noche. —Terminó por mí, volviendo a mirarme con intensidad.

—Sí, claro. —Sonreí un poco, nerviosa—. Nos vemos. —Levanté una mano, despidiéndome de él.

Recibí el mismo gesto por su parte antes de darle la espalda y caminar hacia el coche. Hasta que recordé algo y medio giré hacia él, todavía permanecía apoyado en el marco de la puerta, observándome fijamente.

—Por cierto, en la terraza tengo un yacusi bastante grande que hace la función de piscina. Lo digo por si te apetece llevarte traje de baño, con el calor que hace por las noches es bien recibido un remojón.

Asintió con una sonrisa de medio lado y sintiéndome tonta porque no supe qué más decir, aparté la mirada rápido y la centré en el coche, obligándome a alejarme de Novak Emerson.

Capítulo 16



—Hola —respondió a mi llamada Salma, animada.

—Hola te voy a dar yo a ti.

—¿Qué pasa? —Se sorprendió.

—Que he tenido que enterarme por Novak, Novak —repetí—, de que esta noche hay una fiesta en mi ático y sus amigos y él están invitados, casi nada.

—Uy, iba a llamarte dentro de un rato. —Soltó una carcajada.

—Menos mal que la casa es mía y vivo en ella. —Puse los ojos en blanco.

—Es que si te hubiera preguntado corría el riesgo de que me chafaras los planes —dijo divertida—. Un momento, ¿lo has visto?

—He ido a ver a su madre y él me ha abierto la puerta.

—Ostras, ¡qué fuerte!

—Yo diría que es muy normal, es su hijo, lo único que no he calculado la posibilidad de que estuviera.

—Ya, eso es evidente, me refería a que estás hablando de él como si no pasara nada. Con razón he tenido una premonición, increíble, por cierto.

—Madre mía, ¿cómo se te ha ocurrido la brillante idea? —Pasé por alto responderle sobre mi actitud.

—Ha sido por lo de Iraide y Basil. —Rio.

—Tú, lo que has pensado es en acorralar a Félix, como si lo viera porque ha sido con el único que te has puesto en contacto para invitarlo, en cadena.

—Uy, qué mal pensada.

—Lo que yo diga —negué—. Acabo de llegar al ático, tienes diez minutos para venir. Me vas a ayudar, tengo que comprar bebidas y qué sé yo.

—Solo eso y algo de picoteo, si lo ves bien. No quiero que te compliques, la cena la encargamos en el restaurante de Mateo, ¿qué te parece? Lo tengo todo pensado.

—Pues bien, cuanto menos lio mejor. —Me senté en el sofá—. Aunque si tuviera que prepararla no iba a ser yo la que se metiera en la cocina.

—Qué ataque más gratuito. —Reímos—. Te estoy haciendo un favor, amiga.

—¿Ah sí? ¿En qué sentido? Porque todavía estoy en *shock*.

—Ya lo verás, esta noche te lo explico.

—¿Vas a venir ya?

—En cinco minutos salgo del piso y voy para tu casa, lo vamos a organizar todo muy rápido, ya lo verás. En el supermercado no tardaremos, iremos al que tienes en la calle de atrás, y cuando te des cuenta, estás descansando el resto del día. Te diría de comer juntas, pero voy a casa de mis padres, ¿quieres venir?

—Vale, aquí te espero. Pues ya podemos meter el turbo porque vas a llegar para el postre, son las doce y cuarenta. Lo dejamos para otro momento, ¿te parece? Porque quiero darle un repaso al ático, y por poco que haya que hacer no voy a estar parada mucho tiempo.

—Calma, que todavía queda para el mediodía. Me pongo manos a la obra contigo y en un visto y no visto, lo tienes todo más perfecto de lo que está siempre. Sabes que los fines de semana mis padres se lo toman con mucha calma y se sientan a la mesa sin horarios, ningún problema. Ahora les digo que llegaré un poco tarde y listo. Hasta ahora. —Colgó.

Agobiada, así me encontraba. Todo estaba cambiado demasiado rápido en lo referente a Novak y vivía en un desconcierto constante. El rato que había pasado con él y Maite, había sido demasiado bueno. El problema es que tenía miedo, ese es el resumen más realista que os puedo hacer. A pesar de haber superado la rabia y la reticencia que me habían acompañado durante tanto tiempo, en cierta forma, aún me quedaba mucho camino por recorrer.

porque me afectaba estar cerca de él, más de lo que quería admitir.

Me acomodé en el sofá hasta que Salma llamara al timbre. Iraide se iba a volver loca en cuanto supiera los nuevos planes, en todos los sentidos. Sonreí pensando en su reacción y terminé riendo al imaginarla. Al menos no sería la única que pasaría más de un momento bochornoso.

;



—¿Qué pasa? —dije cuando descolgué a Iraide— Tengo seis llamadas perdidas en menos de diez minutos.

—¿Dónde estabas?

l

—Joder, menudo día me estáis dando. —Bufé—. En la ducha. Ni eso he podido hacer tranquila.

—Ah, jolín es que estoy nerviosa y no sé qué ponerme. He vaciado el armario entero, esta noche duermo encima de toda la ropa porque me niego a recogerla de la cama. —Lloriqueó.

—Iraide, cualquier cosa, si vas a terminar en bikini —negué.

—Hasta en eso estoy dudando, es muy fuerte.

—Ya te digo. —Puse el altavoz para dejar el móvil en el mármol del lavabo, para tener las manos libres porque todavía no me había secado al salir de la ducha.

—Nena, que queda menos de una hora, ¿no estás nerviosa? No entiendo cómo puedes estar tan tranquila —se lamentó.

.

—Ya he pasado por todas las fases, ahora estoy en modo: me da igual todo —aseguré cepillándome el pelo.

—¿Qué te vas a poner tú?

a —Un pichi holgado. Es muy cómodo y fresquito.

—¿Ya lo tienes todo preparado?

—Dentro de cuarenta minutos traen la cena, todo lo demás sí. Cuando he terminado me he duchado y ahora iré a rematar lo último.

—¿Cómo lo llevas?

—¿El qué?

—Que Novak vaya a estar en tu casa y el compartir más tiempo con él. Hoy irás sobrada.

—No sé, Iraide. —Salí a la habitación para vestirme, dejándome el pelo mojado para que se secase solo.

—Párate un momento y ahonda más en eso —me pidió.

—¿Qué quieres que te diga? Hasta hace unas semanas era la única persona que no quería ver en mi vida y de la noche a la mañana me lo encuentro en todos los lados, y no solo eso, sino todo lo que se ha dado entre nosotros. Yo qué sé, esa es la respuesta a cómo me siento. Todo se ha vuelto del revés.

—Todavía sientes algo por él.

—No —respondí rápido.

—¡¡¡Nooo era una preguntaaaa!!! —Soltó una carcajada—. Cariño, que lo estaba afirmando.

—Qué sabrás tú —negué mientras me vestía.

—Uy, si yo te contara... —dijo divertida— Escúchame, el pasado está pisado ya. Eres consciente, ¿no? Da igual lo que pasara, tienes que enfocarte en el presente, en la verdad de él. Y por nada del mundo puedes recriminarte el cambio que des, estás en todo tu derecho, Olaya.

—Es muy complicado, Iraide, demasiado.

—Bajo tu punto de vista. Tus amigas no lo vemos así, ni siquiera tus padres apuntan tan alto.

—Es un Emerson.

—Y yo una García, no te fastidia. ¿Y qué? Joder, no me digas que te estás frenando por tu padre. Ese es el motivo ¿verdad?

—No, ya te he dicho que es muy complicado.

—Has hablado con él sobre el tema, porque estoy segura de que con dos comentarios te abriría la mente sobre lo

que te paraliza.

—Deja el tema ya, cada vez queda menos para que aparezcáis todos y no quiero que se me gire el carácter —le pedí.

—No sabes cuánto, ya puedes ir hacia la puerta porque acabo de aparcar.

—Pero si estabas decidiendo qué ponerte. —Me sorprendí, riendo.

—Ya, pero como necesito ayuda porque no me centro y estoy histérica, he metido en una mochila todo lo que creo que me valdrá para esta noche. —Se unió a mí en las risas.

—No tienes remedio —dije divertida cuando sonó el timbre.

Colgué y fui a abrirle. La esperé apoyada en el marco de la puerta principal.

—¿Vienes a pasar la noche o a vivir? —dije nada más verla salir del ascensor, provocando que soltara una carcajada.

Llevaba colgadas a los hombros dos mochilas grandes.

—Esta noche me quedo a dormir —comentó después de darnos dos besos.

l —Lo daba por hecho. —Sonreí apartándome para que entrara.

—Vamos, que tenemos faena. —Me metió prisa con las manos mientras se dirigía hacia mi habitación.

La seguí animada, al igual que la observé cómo vaciaba las mochilas encima de mi cama y revolvía toda la ropa, indecisa.

—Como vas, estás perfecta —asegué.

l,Se había puesto un pantalón corto con una camiseta de tirantes anchos.

—No, no, así no estoy a la altura —negó.

—A ver. —Me puse a su lado sin contradecirla para no alterarla más, con las manos en las caderas, haciendo un repaso al montón de ropa—. ¿Esto? —Elegí una minifalda tejana y otra camiseta, pero palabra de honor, pensando

como lo haría ella en otra situación.

—¡Te quiero! —Solté una carcajada cuando se lanzó a mí, abrazándome por el cuello.

Entre risas caímos de lado encima de toda la ropa, hasta que nos pusimos en movimiento. La dejé arreglándose y exigiéndole que lo recogiera todo, y me fui hacia la cocina para preparar los últimos detalles, como los canapés que había dejado para el final para que no se ablandaran las tostadas.

Miré el reloj que colgaba de la pared, eran las ocho y media pasadas. Solté varios suspiros y me animé a mí misma, desbloqueándome y dejando la mente en blanco. Saqué de la nevera todo lo que había hecho durante la tarde, para que perdiera temperatura, y me puse manos a la obra para colocarlo todo antes de liarme con lo último

Iraide llegó radiante junto a mí y sonreí asintiendo, satisfecha por lo que desprendía. Entretenidas con las decoraciones de las bandejas el timbre sonó y fuimos a recibir al repartidor del restaurante. Coloqué toda la comida dentro del horno, a la mínima temperatura para que no se resecara, pero para que mantuviera el calor y cuando terminamos de todo, a falta de pocos minutos para que fueran las nueve, la hora en la que irían apareciendo todos, brindamos con dos botellines de cerveza por lo bien que lo habíamos hecho.

Fuimos hacia la terraza y nos sentamos para tomármolos.

—Estás preciosa —dijo mi amiga, para subirme el ánimo.

—Lo estamos. —Le hice un guiño.

—El yacusi esta noche va a temblar, estás preparada, ¿verdad? —dijo con humor antes de dar un trago.

—Marranadas las justas, ¿eh? Que después tengo que cambiar yo el agua. —Reí, negando.

—No te va a importar cuando llevemos dos copas encima. —Me sacó la lengua.

—No sé si querrán cenar dentro, aquí hace bastante agobio.

—Lo que nos rodea lo vale, ya verás como todos eligen hacerlo en la terraza. Así apetecerá más darnos un baño.

Iba a hacer otro comentario, pero el timbre volvió a sonar y nos levantamos para recibir al o los primeros invitados. Para nuestra sorpresa aparecieron juntos, al completo. Según nos dijo Salma se había encontrado con Basil, Félix y Novak en el portal. Besos y sonrisas, así nos empezamos a saludar, con muchas miradas cruzadas que me hicieron no borrar el gesto de los labios.

—Hola. —Escuché la voz de Novak y me centré en él.

—Hola. —Le correspondí dando un paso, acortando la distancia.

No podía hacer excepciones, por lo que me puse de puntillas y dirigí mis labios a su mejilla. Su olor me pasó factura al instante y la mano que apoyó en mi cadera lo empeoró. Menuda noche me espera, me dije, lamentándome. Repetí el mismo proceso en la otra mejilla, recibiendo lo mismo de su parte.

Cuando me separé, despacio, nuestros ojos volvieron a conectar y me perdí en los suyos por unos instantes, en el brillo que tenían y en la intensidad que transmitían. Tragué saliva, casi imperceptiblemente y después de varios parpadeos rápidos, conseguí cortar la conexión, al menos la mía, porque ni idea que era para él.

Entre todos decidimos cenar en la terraza, al igual que fuimos sacando todos los canapés y la bebida en varios viajes. Al ser tantas manos, enseguida llenamos la mesa y nos sentamos alrededor de ella.

—Tienes un piso muy grande y bonito —comentó Basil.

—Gracias. —Sonreí.

—¿Qué os contáis? —habló Salma— Nos vemos a menudo por la calle, pero no nos paramos a hablar.

Empezamos a intercambiar comentarios, se creó un buen ambiente en el que las sonrisas no faltaron.

—No recordaba que trabajaste por tu cuenta antes de hacerlo con tu padre, cómo pasa el tiempo —comentó Félix después de que les explicara por encima cómo me había ido laboralmente.

—Sí, quise probar otra alternativa. Estuve muy bien, pero conforme pasó el tiempo sentí que me faltaba algo y hasta hoy en día, me alegro del cambio que hice, al unirme a mi padre. —Me encogí de hombros.

—¿Y cómo es eso de trabajar con la autoridad de la familia? —Quiso saber Basil— ¿Qué? No es una pregunta rara —se justificó ante la mirada de algunos—. Si yo tuviera que estar tantas horas con mi padre terminaríamos tirándonos de todo a la cabeza —negó riendo.

—¿Con don Matías? Imposible que suceda eso, es un encanto de hombre —respondió por mí Iraide, su defensora número dos, después de mí. Sonreí porque supe por dónde iría a continuación—. Si no estuviera casado y adorara al matrimonio y a su familia, o sea a mi amiga, me lanzaría sobre él sin dudarlo. —Soltó una carcajada.

—Sí, ¿eh? —Basil saltó ante su comentario, sonriendo con picardía mientras le lanzaba una mirada muy significativa.

—¿Escuece? —le preguntó ella, llevándose un canapé a la boca.

—Solo lo hace lo que no tiene solución. —Le hizo un guiño.

—¿Y cuál le darías? —A pesar de mostrarse atrevida y directa tuvo que beber un buen sorbo de vino para pasar mejor el canapé, porque se le atragantó.

—Ya te lo explicaré más tarde, seguro que lo entenderás al instante.

—¿Te vas a esmerar en la explicación?

La pregunta de mi amiga provocó una carcajada en Basil y varias expresiones divertidas. La noche se presentaba bien para ellos, por lo visto lo que empezaron en la discoteca solo había sido el comienzo. ¿De qué? Ni idea, pero al menos la velada la iban a tener calentita.

Miré de reojo hacia la derecha, al sentirme observada. Ahí estaba Novak, atento a mí mientras me llevaba la copa de vino a los labios.

—¿Escuece? —le preguntó ella, llevándose un canapé a la boca.

—Solo lo hace lo que no tiene solución. —Le hizo un guiño.

—¿Y cuál le darías? —A pesar de mostrarse atrevida y directa tuvo que beber un buen sorbo de vino para pasar mejor el canapé, porque se le atragantó.

—Ya te lo explicaré más tarde, seguro que lo entenderás al instante.

—¿Te vas a esmerar en la explicación?

La pregunta de mi amiga provocó una carcajada en Basil y varias expresiones divertidas. La noche se presentaba bien para ellos, por lo visto lo que empezaron en la discoteca solo había sido el comienzo. ¿De qué? Ni idea, pero al menos la velada la iban a tener calentita.

Miré de reojo hacia la derecha, al sentirme observada. Ahí estaba Novak, atento a mí mientras me llevaba la copa de vino a los labios.

Capítulo 17



Novak

Todavía me parecía mentira estar en la casa de Olaya y no solo eso, cómo se había dado todo hasta llegar a este momento. Me quedé ido cuando abrí la puerta de la casa de mis padres y la encontré al otro lado, inimaginable pensar que fuera ella la que tocó al timbre. Su aparición, el gesto que había tenido al hacerlo, me calentó al instante y me llenó de una sensación de la que no había conseguido librarme en todo el día.

Me costaba horrores no estar pendiente de ella, de cada movimiento, de cada comentario, de cada gesto... Había perdido la cuenta de las veces que me había obligado a mí mismo a desviar la atención para que no se diera cuenta. Aunque en muchos momentos, como acababa de suceder después de la interacción de Iraide y Basil, había fallado estrepitosamente.

Estaba preciosa, natural, como siempre. No necesitaba nada más para destacar, al menos para mí. Tenía claro lo que quería hacer, la necesidad apretaba fuerte en mi interior, como también que necesitaba ir con pasos cortos y seguros de cara a ella, por todo lo que pesaba entorno a nosotros. A pesar del cambio que había dado Olaya, era muy consciente de sus temores, dudas y sus reservas hacia mí. Lógico y entendible, pero no por ello eran obstáculos insalvables.

Al irse de la casa de mis padres había sentido un gran vacío, tanto que se me había notado y mi madre no tardó en sacar el tema en cuanto me senté a su lado en el sofá...

—Estoy muy feliz, no esperaba que Olaya se animara a presentarse aquí —empezó a decir—. Hace tanto que no salgo a la calle, lo máximo que puedo hacer es dar un rodeo a la casa.

—Yo tampoco, la verdad. —Apoyé los brazos en las piernas, inclinado hacia delante—. Ha sido una sorpresa.

—También estoy feliz porque os he visto tan bien...

—Parece mentira, ¿eh? —dije intentando sacarle un poco de humor.

—Pues sí. Lo pasasteis muy mal, cariño.

—Ya. —Dejé la vista fija en la pared de enfrente—. No quiero pensar en el pasado.

—Me parece bien, pero gracias a nuestros pasados somos quienes somos, con todo lo que conlleva.

—Aprendí la lección de la peor manera, mamá.

—Yo mejor que nadie lo sé, Novak. —Me frotó la espalda—. No hay ninguna posibilidad para que...

—No vayas por ahí —intervine antes de que terminara.

—¿Por qué? Si te hubieras visto con mis ojos el tiempo que ha estado con nosotros.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes, lo has sentido en tus propias carnes. A mí no me engañas por mucho que quieras hacerte el duro. Hijo, estabas en paz, más feliz de lo que te he visto desde que regresaste.

1

—Porque agradezco que no estemos en pie de guerra, mamá. Venir de visita y no verla era una cosa, pero establecerme aquí y encontrarla en cualquier sitio, es otra. Necesitaba esta tregua que nos ha dado la vida y que Olaya ha favorecido para que ocurra, porque si ella no hubiera puesto de su parte...

—Es una gran chica, le tengo un cariño muy especial. Da igual el tiempo que pase sin verla, el sentimiento será el mismo.

—Siempre os llevasteis muy bien.

—Es que se hace de querer. —Giré la cabeza hacia ella, sonreía con cariño.

—Lo sé —susurré.

—Todavía la quieres. —Me acarició un brazo.

—De eso hace mucho tiempo, mamá. —Llevé la vista otra vez hacia delante.

—Sí, pero todavía la quieres.

—Nunca dejé de hacerlo, ni aun cuando pensaba que la odiaba.

—Tienes que hacer algo y no me digas que es tarde, la del tiempo limitado soy yo.

—No vuelvas a decir eso. —Me puse en tensión, apretando la mandíbula.

—Y ella también lo hace.

—¿El qué?

—Quererte, sus ojos y reacciones la delatan.

—No sabes lo que dices —negué—. Es imposible.

—¿No tienes ojos en la cara para diferenciarlo igual que yo?

—Dos bien puestos, mamá. —Sonreí un poco.

—Pues entonces también lo sabes, pero no quieres aferrarte a ello por miedo.

—Le hice mucho daño, nos lo hice a los dos. —Bajé la mirada con la mandíbula apretada.

—Erais unos niños casi, Novak. Deja de juzgarte y de hacerte pagar por algo de lo que en el fondo no tuviste culpa.

—Yo lo permití, mamá. Permití que mi padre estuviera a punto de hundir al padre de Olaya, utilizándome para ello y llevándose a ella por delante también. Me utilizó, pero la culpa solo es mía por no haberlo sabido anticipar ni ver. —Dejé salir el aire lentamente.

—No tienes la culpa de nada, os visteis en medio de una guerra abierta creada por tu padre, hijo. No tenía ningún derecho en hacer lo que te hizo. Sabía que estabas muy enamorado y que la adorabas, aun así, quiso hacerte ese daño utilizándolo a su favor —dijo en tono bajo.

—Soy consciente, por eso me jode más. —Me pasé las manos por el pelo, agobiado—. Si supieras todo lo que le dije a Olaya cuando vino llorando a pedirme explicaciones, son palabras que no podré borrar de mis recuerdos durante el resto de mi vida.

—¿No crees que ya te has martirizado bastante? Tuviste un motivo para hacerlo, tu padre te engañó sobre ella y su familia, por eso actuaste de esa forma. Novak, necesitabas creer a tu padre, no podías imaginar que él te

traicionaría como lo hizo.

—Lo odio desde que supe la verdad, en Berlín —aseguré.

—Lo sé, hijo, soy tu madre.

—No se te escapa una, ¿eh? —Me eché hacia atrás, poniéndome a su lado con la espalda apoyada en el respaldo—. Da igual todo, el caso es que ya somos adultos y cada uno hemos tomado un camino diferente.

—Camino que os ha unido otra vez y que cada vez se entremezcla más.

—Supongo que quedó pendiente entre nosotros.

—Quedaron demasiadas cosas pendientes, hijo, demasiadas. Ninguno de los dos tenéis pareja, creo, ¿no? —asentí confirmándoselo— Sois libres y los sentimientos flotan a vuestro alrededor cuando estáis juntos. Eso no se puede ocultar por mucho que se intente. ¿Por qué no pones más empeño en acercarte a ella? La vida te lo está poniendo en bandeja para que lo hagas.

—No se lo merece.

—¿El qué? ¿El estar con un hombre bueno y honrado, con un corazón enorme? ¿Con el mejor hijo y pareja? Por mucho que tú te niegues a verlo y a aceptarlo, es así. Sé que si no has tenido una relación seria en todos estos años ha sido por Olaya, Novak. No has podido porque en el fondo, sigues teniendo esperanzas.

—No sé de qué —susurré echando la cabeza hacia atrás, apoyándola en el sofá. Dejé la vista fija en el techo—. Los recuerdos pesan demasiado.

—No me escuchas cuando hablo —se quejó y giré la cabeza hacia ella, curvando los labios.

—Claro que lo hago.

—No, te estoy diciendo que entre vosotros todavía hay mucho y ¿sabes lo que eso significa con todo el tiempo que ha pasado y que supuestamente os habéis odiado? Tu padre ya no os puede hacer daño.

—A mí no, pero a ella sí —aseguré serio.

—Imposible, no lo permitirías bajo ningún concepto, ya no. No eres un niño o jovencito, ahora eres un hombre con las ideas muy claras y con muchos valores. Te enfrentarías a él sin dudarlo, hasta las últimas consecuencias y lo sabes.

—¿Por qué has aguantado tanto tiempo a su lado? —Necesité saber—. Nunca te lo he preguntado abiertamente, pero...

—Sé lo que piensas, te he dicho que soy la que mejor te conoce. —Me sonrió con tristeza—. Sinceramente no lo sé, los años pasan tan rápido... Pero desde que enfermé he sabido que, si consigo salir con vida, cambiaré muchas cosas. No pongas esa cara ni me rebatas, sabes que mi situación es muy complicada, Novak. Mi tiempo se agota muy rápido conforme pasan los días, más que para cualquier otra persona sana, y la lista para un donante es tan extensa que es casi imposible que llegue a tiempo.

—Mamá...

—No, escúchame. Necesito que vivas tu vida, que luches por ser feliz. Es necesario para irme tranquila si ocurre lo peor. Sé que no necesitas a tu padre para nada, por tu valía te has creado un presente y un futuro prometedores, lejos de él. Solo me queda saber que no te darás por vencido y que empezarás por esta misma noche a cambiar tu destino.

—Aunque no te lo creas, después de todas las negativas que te he dado en la conversación, hace unos días que empecé a cambiarlo.

—Ya sabía yo que no podías evitar nada con respecto a Olaya. —Me dedicó una gran sonrisa.

—Otra cosa es como me salga.

—No dudo del resultado. —Apoyó la cabeza en mi hombro y le di un beso en ella.

—No puedes rendirte, mamá.

—No lo estoy haciendo ni lo haré, al igual que tú.

La rodeé con un brazo y la pegué más a mí. Me sentí superado por todo, pero me lo guardé y tragué. Nos quedamos en silencio, abrazados en el sofá, hasta que noté que la mano que dejó sobre mi pecho se le resbaló. Moví la cabeza para comprobar lo que ya sabía, se había dormido. Con cuidado me levanté y la cogí en brazos, llevándola hasta su habitación para que descansara cómoda en la cama.

De vuelta en la mesa, en la terraza de Olaya, la seguí con la vista cuando se incorporó despacio. Mi observación la había puesto nerviosa y me sentí satisfecho por lo que representaba. Después de decir que iba a sacar la comida del horno y que enseguida regresaba, se alejó entrando al interior del ático. Tuve el impulso de levantarme, pero me frené a tiempo cuando sus amigas, las dos, la siguieron para ayudarla.

Cogí la copa, llevándomela a los labios y levanté una ceja cuando miré en la dirección de mis amigos. Estaban atentos a mí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué? —les pregunté.

—Nada hombre. Hace buena noche, ¿verdad? —soltó Basil.

—Eso para ti, que se presenta a lo grande. —Rio Félix.

—Después de lo que he presenciado me he perdido algo, ya puedes hablar —le exigí directamente.

—Yo estoy igual de intrigado, pero no he sido tan valiente como tú —soltó con humor Félix.

—Es que no me ha dado tiempo a deciros nada, ha sido muy rápido e imprevisto —susurró Basil, inclinándose en la mesa—. Sabéis que anoche salí con mis primos —asentimos—, pues en la discoteca a la que fuimos coincidí con Iraide. Ahí lo tenéis.

—Ahí lo tenéis dice. —Miré a Félix que estaba descifrando lo que implicaban sus palabras—. Yo suelo coincidir con mucha gente a lo largo del día y nada cambia hasta el punto de lo que acabamos de presenciar. —Levanté una ceja.

—Me he quedado loco con los dardos que os lanzáis.

—Está claro por qué. —Sonreí de medio lado.

—Ah, ¿sí?

—Ha ahondado en el tema. —Apreté los labios, divertido, bajando el tono de voz.

—Joder, ¿ahora hablamos en clave? Sabéis que no se me da bien y no lo pillo.

—Que ahondé en su interior, tío. Joder, que tuvimos sexo en la discoteca, dos veces.

—¡No jodas! —Se sorprendió Félix, yo me eché hacia atrás en la silla, sonriendo— ¿Cómo puede ser? y lo más importante ¿cómo sucedió?

—¿En serio necesitas aclaración? —Lo miró extrañado Basil.

—Muy gracioso, me refiero a que con todos los años que hace que os conocéis y ¿ahora de golpe prende la mecha? —dijo sin creérselo.

—Siempre me ha parecido una preciosidad de mujer. Yo qué sé, nos vimos, la invité a una copa, empezamos a hablar, nos fuimos animando en beber más y se me fue la cabeza.

—Especifica la cabeza que se te fue. —Reí sin poder contenerme más.

—Las dos, tío, las dos. —Se unió a mí.

—Pues las miradas y las palabras que le estás dedicando esta noche es estando sobrio y ahora no tienes la excusa de que se te vayan las cabezas por el alcohol.

—*Touché* —comenté.

—No sé ni lo que me pasa, estoy sorprendido hasta yo. Me cuesta controlarme al tenerla delante, lo que nunca me había pasado. —Bufó, agobiado.

¡ Bienvenido al club, me dije sin pronunciarme hacia ellos. La conversación quedó interrumpida al escuchar las voces de las chicas, acercándose. Nos levantamos para saber si necesitaban ayuda, pero ya venían con dos bandejas en las que estaba la comida, la que por cierto tenía una pinta estupenda.

La cena continuó con el mismo ambiente y el agobio de Basil desapareció en cuanto Iraide se dirigió a él. Sus palabras de dudas quedaron en el olvido y volvió a pasar a la acción. En más de una ocasión crucé la mirada con Félix, hablándonos con ella y sabiendo cómo volvería a terminar la noche. Eso cuando él dejaba de hablar con Salma, con la que, por cierto, fue acercándose cada vez más, mostrándose relajado y animado hacia ella.

Increíble lo que se estaba dando esa noche, después de que todos nos conociéramos de muchísimos años. Pero fue evidente, hasta en algún momento mis ojos se encontraron con los de Olaya, esquivando alguna situación, para no reír. Ella me igualaba en esos instantes. Por lo visto éramos los únicos más tranquilos, ver para creer.

—Hora del baño —dijo Iraide de repente, levantándose.

—Vamos. —La siguió Salma, cogiendo las dos botellas de vino que estaban empezadas, de encima de la mesa.

Iban preparadas. Se desprendieron de la ropa mostrándose en bikini y a más de uno se le cayó la baba en direcciones concretas, literalmente. Y no a mí, que quede claro. Lo que cambia la percepción cuando algo se despierta y se remueve en el interior, me dije, porque no sería por las veces que nos habíamos visto todos en la

misma situación. Basil y Félix no tardaron en unirse quedándose en ropa de baño y los cuatro, entre risas con la bebida y las copas, se dirigieron hacia el gran yacusi que ocupaba la parte central de la amplia terraza.

—¿No te apetece ir al agua? —le pregunté a Olaya, al ver que no tenía ninguna intención de imitarlos.

misma situación. Basil y Félix no tardaron en unirse quedándose en ropa de baño y los cuatro, entre risas con la bebida y las copas, se dirigieron hacia el gran yacusi que ocupaba la parte central de la amplia terraza.

—¿No te apetece ir al agua? —le pregunté a Olaya, al ver que no tenía ninguna intención de imitarlos.

Capítulo 18



Olaya

—Claro, si lo negara no colaría —respondí en tono bajo, después de unos minutos.

—La verdad es que no. Con el bochorno que hace lo más normal es que quieras estar en remojito toda la noche. Lo tienes muy bien montado. —Hizo alusión a cómo tenía la terraza.

—Uno de los pocos caprichos que me di al venir a vivir aquí.

—Me gusta la zona en la que está ubicado, es tranquila. —Llevó la vista hacia la oscuridad que se dejaba ver de la barandilla hacia fuera.

—A mí también.

—¿Sabes que mi casa no está muy lejos? —Me miró de reojo.

—Sí. —Me llevé la copa a los labios, necesitando una distracción—. Como hacías vida en otro país no me importó, ni lo tuve en cuenta. —Fui sincera.

—Hubieras desaprovechado esta oportunidad por tal de no tenerme cerca.

Me quedé callada, al igual que lo hizo él. Por unos instantes pude detectar un poco de molestia en su expresión, pero no me pareció que fuera por lo que le había dicho, más bien por lo que representaba. Se quedó pensativo, con la vista enfocada en la copa de vino antes de bebérsela de golpe.

—Eso da igual, el caso es que es mío desde hace mucho tiempo y estoy encantada —hablé en tono bajo.

—¿Y ahora te importa?

—No —respondí rápido provocando que girara la cabeza hacia mí. Asintió despacio, sin apartar los ojos de los míos.

—Me alegra escucharlo.

—Menos mal que el edificio está casi vacío por las vacaciones de verano, porque con el ruido que están haciendo... —Cambié la dirección por la intensidad que me transmitió, la que me hizo removerme en la silla.

—Se han venido arriba. —Sonrió observando hacia el yacusi.

—No solo hoy. —Me salió espontáneo y nos miramos al momento—. ¿Lo sabes? —nos preguntamos a la vez y reímos porque la respuesta quedó clara.

—Los caprichos de la vida —dijo levantándose despacio—. Voy al agua, ¿vienes?

—En un rato, tengo que ponerme el traje de baño —asintió ante mis palabras.

No lo pude evitar, aunque lo intenté desviando la atención algunos segundos, pero al final mis ojos terminaban en él, en los movimientos que hizo para desprenderse de la ropa, hasta quedarse en bañador. Verlo solo con ese trozo¹ de tela... Su sonrisa de medio lado me hizo activarme y me levanté rápido de la silla, diciéndole que enseguida me unía a todos.

Entré en el interior del piso, agobiada y acalorada. Maldecí y me lamenté, a partes iguales, por todo lo que estaba controlándome interiormente. Me encerré en la habitación y fui hacia la cómoda para coger un bikini. Cuando me decidí por cual iba a ponerme, antes de ir al baño a cambiarme, me asomé por la ventana que daba a la terraza. La corredera del balcón quedaba en otra zona, hacia la parte trasera de la casa.

Los observé a todos con nostalgia y con un remolino de sentimientos, sin asomarme mucho para no hacerme visible, porque con la luz encendida no tendrían problema en localizarme si miraban hacia mi posición. Reviví la misma imagen siendo todos mucho más jóvenes. Las risas destacaban por encima de los comentarios, muchos ataques de agua los provocaban. Busqué a Novak, estaba en una esquina que quedaba frente a mí, sonriendo, con los brazos apoyados en el borde del yacusi, a cada lado.

¹

Se veía impresionante con el pelo mojado y varios mechones cayéndole sobre la frente. Su pecho quedaba visible a la mitad, descubierto. Cómo había cambiado físicamente, lo normal con tanto tiempo de por medio. Tragué saliva sin poder dejar de observarlo, hasta que contuve la respiración y me aparté rápido, cuando dirigió la mirada hacia la ventana.

—Mierda, ¿me ha pillado? —Bufé yendo hacia el baño porque era un experto en hacerlo. No sabía cómo se las ingeniaba, pero el resultado siempre era el mismo.

No tardé en tener puesto el bikini y salí a darles encuentro con el pichi en una mano y una toalla enrollada al cuerpo. Mandaba narices, sentía vergüenza por exponerme ante él con tan poca ropa, como si no pudiera suceder en otro lugar en el que el agua fuera el protagonista. Antes de salir a la terraza, al lado de la corredera, cogí varias bocanadas de aire y me animé a mí misma a dar los siguientes pasos.

No capté la atención de nadie cuando regresé, el ambiente continuaba muy animado. O al menos eso quise pensar porque no miré hacia el yacusi. Dejé el vestido en la silla donde había estado sentada, como la toalla que me quité y me dispuse a pasar mejor el calor que hacía. Antes de caminar hacia el centro cogí la copa y pronto una sonrisa apareció en mis labios.

Basil le hacía en ese instante una ahogadilla a Iraide mientras ella se resistía, aferrándose a él. Sobra decir que se agarró a cada parte que pudo de su cuerpo, sin dejar pasar ninguna oportunidad. Apreté los labios, conteniéndome cuando él dio un respingo, señal de que ella tenía entre manos algo muy valioso para él, lo que aclaró la mirada intensa que le dedicó.

Los nervios ya se habían esfumado, todo fluía muy bien entre ellos y el alcohol tenía mucho que ver, todo hay que decirlo, al menos por parte de mi amiga. Habíamos vaciado cinco botellas de vino durante el picoteo y la cena. El resto del alcohol esperaba encima de la mesa, hasta que alguno fuera el primero en decir que el vino se había terminado.

e

Cuando me senté en el borde del yacusi para entrar, dejando la copa al lado, fui consciente de que unos ojos estaban atentos a todos mis movimientos. Concéntrate en la tarea tan difícil de pasar desapercibida, me dije, porque capaz era de resbalarme y captar la atención de todos por una entrada triunfal. Fue bien, sin sobresaltos. Me senté en el asiento sin complicaciones y me mojé la cara, necesitando refrescármela.

Al retirarme el agua de los ojos me encontré con los de Novak. Estaba enfrente, a bastante distancia porque ya sabéis que era grande, el yacusi me refiero. Pero a pesar de ello, de no tenerlo cerca, el efecto que tuvo en mí fue el mismo. Serio, concentrado y con las facciones marcadas, no apartó la mirada durante un largo tiempo. Sintiendo la garganta seca cogí la copa y di un buen trago, suerte que no me estaba subiendo la bebida, por el momento parecía que era a la única que no le estaba afectando, sin contar a Novak, porque con él nunca se sabía.

Controlaba todas las situaciones tan bien que podía haberle hecho efecto el alcohol y no lo demostraría hacia fuera, si él no quería hacerlo. Siempre había admirado su control porque yo, al menos contra los grados del alcohol, no tenía nada que hacer, enseguida se me notaba.

—¿Quién quiere beber algo más fuerte que el vino? —propuso Salma, con una gran sonrisa.

—Me apunto. —Fueron las palabras que se repitieron en todos.

Soltando una carcajada salió del yacusi pidiéndole a Félix que la ayudara, después de preguntarnos qué queríamos tomar. Tuvo gracia, todos nos reímos, porque no es que hubiera tenido la necesidad de preguntárselo, Félix ya estaba de pie, casi a su lado cuando hizo la pregunta, dispuesto a no separarse de ella. Me divertía y me impresionaba lo que se estaba dando, pero así era y parecía que todos estaban muy felices con el nuevo giro de todos los roles.

La bebida siguió circulando, sin fin, y llegó un punto en el que todos, sin excepción, sentimos los efectos sin , remedio.

—Ah, no, ni se te ocurra —gritó Salma, sin poder parar de reír.

Captó nuestra atención, cortando todas las conversaciones y nos reímos con ganas cuando salió corriendo del yacusi, con movimientos torpes y con Félix siguiéndola de cerca. No tuvo en cuenta que podía resbalarse, aunque con la rugosidad del suelo era complicado, pero ya sabéis cómo terminó, ¿no? Espatarrada en el suelo, tal cual, con Félix a un paso de distancia.

³ Por unos instantes la diversión se esfumó, preocupándonos porque el golpe sonó muy fuerte, pero cuando Salma reaccionó soltando una carcajada tumbada, entre lamentos, nos relajamos y nos unimos a ella, sabiendo que lo peor ya había pasado y que no había sido para tanto.

—Que otro prepare las bebidas, voy a asistir a la herida —dijo en alto Félix, cogiéndola en brazos cuando la ayudó a levantarse.

—Yo no le veo ningún rasguño —comentó Basil, con picardía.

—Necesitas gafas, tío, yo los veo por todos lados. —Fue la respuesta de él, soltando una carcajada.

Salma después de darle varios golpecitos, supuestamente resistiéndose y molesta, lo que no coló para ninguno, se agarró de su cuello más que feliz. Desaparecieron en el interior del apartamento y algo me dijo que tardarían en salir, o más bien, que no volverían a aparecer, directamente. Por habitaciones equipadas de sobra no era, me dije exteriorizando una risa floja.

Después de un tiempo me moví alejándome un poco del asiento y me agaché para mojarme entera, con cabeza incluida. Ya no sentía el calor, pero un pequeño mareo por todo lo que estaba bebiendo, sí. Me sentó bien cuando saqué la cabeza, pero todo se me subió a lo más alto al sentir una presencia detrás de mí. No es que la tuviera pegada a mi espalda, pero sí que me tropecé con unos pies cuando me giré, sabiendo de quién se trataría.

Novak había cambiado de posición sentándose más cerca y sonreía de medio lado.

—No me culpes, la temperatura donde estaba empezaba a caldearse —comentó.

;

—¿Qué? —dije sin saber a qué se refería, hasta que miré hacia donde había estado hasta hacía pocos segundos.

Entendí perfectamente sus palabras cuando me encontré a Basil sentado, con Iraide subida encima de él, bien pegada, mientras se besaban desesperados.

—Ah... —Fue lo único que me salió en ese instante, apartando la vista rápido de ellos.

Me deslicé por el agua y me coloqué en el mismo sitio que había estado sentada desde el principio. Demasiada tentación cerca, me dije, porque si estiraba una pierna tocaba la de Novak. A pesar de estar en el agua sentí un calor repentino apoderarse de mí. Me mojé la cara, con la necesidad de aplacarlo y de centrarme.

—¿Estás borracha? —Escuché su voz.

—Lo justo, sin sobrepasar el límite —aclaré y asintió.

—Al final nos quedamos solos, lo sabes ¿no? —habló divertido.

—Eso parece, ¿cuánto hace que Salma y Félix han entrado? —Dirigí los ojos hacia los suyos.

Miró el reloj y me contestó.

—Más de cuarenta minutos.

—Pues sí —asentí, haciéndolo reír.

Nos quedamos en silencio y recosté la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. En ese instante no se escuchaba nada que lo alterara a nuestro alrededor, solo los pequeños ruidos que hacían nuestros amigos. Intenté evadirme de todo porque oír eso de fondo no ayudaba nada a cómo me sentía y empecé a adormecerme después de tanto trajín y alcohol.



—¿Qué...? —Me sobresalté cuando sentí que me movía y que me agarraban de un pie, con firmeza.

—Te ibas directa al agua —se justificó Novak, que era quien me lo había sujetado.

—¿Me he dormido? —Parpadeé varias veces, descolocada y con la vista desenfocada.

—Sí, un buen rato.

—Oh. ¿Estamos solos? —pregunté lo obvio, al darme cuenta de que Iraide y Basil ya no estaban.

—Se han ido hará media hora, de los otros dos ni rastro desde que han desaparecido.

—Vale —solté un suspiro sentándome recta, intentando recuperar mi pie, pero no me lo devolvió.

Provoqué el efecto contrario, que hiciera un poco de presión y solté un pequeño jadeo al notar cómo empezó a masajearmelo dentro del agua.

—Como empieces no terminas —murmuré.

—No tengo intención de hacer lo último. —Abrí los ojos de golpe porque los había cerrado.

Nuestras miradas conectaron, como tantas veces sucedía entre nosotros, mientras sus manos se deslizaban por mi pie, presionando en los puntos exactos.

—Esto es demasiado íntimo —susurré.

—¿Te incomoda? —Paró los movimientos.

Supe que habría respondido en otro instante, pero me quedé callada, buscando en mi interior lo que realmente quería y necesitaba. Lo siguiente que dijera era crucial porque provocaría que me soltara y se alejara, incluso que se fuera.

o —No, pero me siento rara —murmuré siendo sincera.

—Lo entiendo, hasta hace unas semanas no querías saber nada de mí.

—¿Qué está pasando? —Tuve la necesidad de que me lo aclarara.

Era obvio, demasiado, pero no quería sacar mis propias conclusiones y fallar en alguna.

—Lo único que puedo decirte es que no lo puedo evitar, Olaya —respondió.

—Puedes seguir dándome el masaje mientras hablas y me lo aclaras. —Lo insté a que siguiera, provocando que

soltara una carcajada.

—¿Cómo de borracha estás?

—Ya te lo he dicho, ¿no hablo bien y coherente?

—Sí, pero necesito asegurarme.

—¿Para qué? —Ladeé un poco la cabeza porque bien, bien, tampoco estaba y me costaba pensar con rapidez.

No me respondió y yo contuve la respiración cuando tiró de mi pie. Mi cuerpo se deslizó por el agua hasta quedarme frente a él, de rodillas entre sus piernas abiertas.

—Para esto —susurró mirándome de cerca, con mucha intensidad—. Dime, ¿hasta qué punto eres consciente de este momento? No pretendo...

—Estoy bien, solo un poco mareada, pero...

Mis palabras quedaron en el aire cuando me agarró de los brazos y me vi arrastrada otra vez, más cerca aún, pegada al banco del yacusi.

—¿Sigues igual de bien ahora? —susurró.

—Sí. —Igualé su tono de voz—. Novak...

—No pienses, solo dime lo que deseas que suceda, realmente. No quiero que te sientas incómoda, Olaya, es lo último que busco, créeme. El problema es que me cuesta mucho controlarme cuando estás cerca, siempre ha sido así, pero lo haré en este instante y en adelante según lo que digas.

Tragué saliva al sentir sus manos en la cadera, acariciándola. La intensidad y el control que transmitía todo él me dejaba sin fuerzas. Y la necesidad, porque no tuve dificultad en diferenciarla también.

Me mantuve callada, pero le di la respuesta silenciosa que me estaba pidiendo. Me levanté quedándome de pie frente a él, haciendo que levantara la cabeza para no perder contacto con mis ojos y me incliné agarrándome del borde del yacusi, a los lados de su cuerpo. Me senté en sus piernas, quedándome un poco apartada de la zona de peligro. Las cerró al instante para que estuviera cómoda.

No hubo más palabras, el deseo habló por nosotros y nos dejamos llevar por él. Cerré los ojos cuando me agarró de la nuca y los abrí en el momento en el que noté su respiración.

—¿Está pasando? —susurré sin confiar en si todavía no me había despertado de un sueño en el yacusi.

—Está pasando y va a pasar mucho más —fue su contestación, afirmándolo con seguridad mientras pegaba mi pecho al suyo.

Solté un pequeño jadeo cuando nuestros labios se encontraron, sintiendo automáticamente humedad en los ojos. Lo diferencié enseguida, al tener los suyos abiertos. Atento a cada detalle me apretó contra él, esa vez sí, colocándome en la zona de peligro que se clavó en mí, al igual que sus labios empezaron a moverse sobre los míos con firmeza y dureza, como también con mucha necesidad.

—¿Está pasando? —susurré sin confiar en si todavía no me había despertado de un sueño en el yacusi.

—Está pasando y va a pasar mucho más —fue su contestación, afirmándolo con seguridad mientras pegaba mi pecho al suyo.

Solté un pequeño jadeo cuando nuestros labios se encontraron, sintiendo automáticamente humedad en los ojos. Lo diferencié enseguida, al tener los suyos abiertos. Atento a cada detalle me apretó contra él, esa vez sí, colocada en la zona de peligro que se clavó en mí, al igual que sus labios empezaron a moverse sobre los míos con firmeza y dureza, como también con mucha necesidad.

Capítulo 19



Novak

Cuando Basil había cogido en brazos a Iraide para salir del yacusi, y me había hablado con la mirada, supe que estaba perdido al quedarme solo con Olaya. Había echado un buen sueño mientras yo me mantenía pendiente de ella porque su cuerpo flotó en el agua al perder la fuerza de estar despierta. Mantenida por la cabeza que siguió apoyada en el borde, no intervine hasta que se deslizó y estuvo a punto de despertarse en remajo, completamente.

Antes de la conversación con mi madre en el salón de su casa, ya tenía claro que propiciaría algún acercamiento hacia ella con la excusa de contarle que había estado en la reunión extraoficial de David y mi padre, y más me aferré a ello después de las palabras de mi madre, teniendo la oportunidad que me había surgido sin esperarlo, una perfecta. Pero en ningún momento se me pasó por la cabeza hasta qué punto se daría el acercamiento, como estaba sucediendo.

Volver a besarla, sentir otra vez su boca sobre la mía, al igual que su cuerpo, me voló la cabeza. Ya no había marcha atrás, los dos lo sabíamos, como también que no teníamos ninguna intención de retroceder. Estar con Olaya para mí era el puto paraíso, eso había sido siempre. Como al perderla fue un infierno que me consumió.

La besé con toda la ansiedad que había acumulado durante muchos años, provocando que soltara jadeos que quedaron amortiguados entre los dos, mientras se agarraba a mi cuello con fuerza. Subí la cadera, ejerciendo presión en mi miembro erecto con su zona íntima. Gimió con más intensidad y me separé de sus labios, lamiéndoselos antes de apartarme del todo.

—Antes de continuar —susurré sobre sus labios—, tengo que decirte una cosa.

—¿Ahora? —se quejó y curvé los labios.

—No quiero retrasarlo más, porque si te enteras por alguien que no sea yo, sé que pensarás cosas que no corresponden con la realidad.

—¿De qué se trata? —Frunció el gesto, poniéndose en alerta.

—Hace unos días me reuní con David, de la empresa Debon. —Hizo el intento de apartarse, pero la sujeté rápido para que no volviera a intentarlo, haciendo presión con las manos en su cadera, para quedarme perfectamente encajado en ella—. ¿Por qué siempre reaccionas antes de dejarme terminar? —siseé haciendo esfuerzos por centrarme, por el gusto que me produjo rozarme con su sexo, por encima de los bañadores.

—No juegues sucio. —Se mordisqueó el labio inferior, inquieta.

—Estoy jugando tan limpio que he interrumpido lo que iba a pasar para hablarte de ese tipo. —Levanté una ceja—. Confía en mí, Olaya. —Mi tono de voz sonó a súplica, diferenciándolo.

—¿Por qué te reuniste con él?

—En sí no lo hice, me presenté en la reunión que tenía con mi padre, la que te comenté en la terraza del bar y parece que has olvidado.

—Ah. —Bajó la mirada, relajándose.

—Solo fui porque necesitaba saber de primera mano lo que iban a decir, ¿de acuerdo?

a

—Sí —susurró.

—Mírame —le pedí y tardó unos segundos, pero lo hizo—. No voy a engañarte, ni a hacerte daño intencionadamente, Olaya. ¿Me oyes? —asintió despacio—. Necesitaba decírtelo porque lo que me impulsó a hacerlo fuiste tú.

—Yo —asentí serio, confirmándoselo—. ¿De qué hablaron? ¿Qué planes tienen?

—Por lo visto nunca han dejado de hacer las dos cosas. No han perdido el contacto en ningún momento y siguen con la estrategia de jugar a dos bandas, con la intención de hundiros por otra vía. Esto último es la intención de mi padre, no creo que necesite aclaración. Sobre David, lo único que quiere es llenarse los bolsillos y lanzarse sobre ti.

—¿Lanzarse? —Levantó una ceja.

—Eso he dicho. —Apreté la mandíbula.

—¿Te molesta? —Volvió a mordisquearse el labio inferior.

—¿Tú qué crees? —Soltó un jadeo cuando moví una mano, deslizándola por el agua hasta meter varios dedos por debajo de la braga del bikini—. Me jode, pero a la vez estoy tranquilo. Hago bien, ¿no? ¿Puedo estarlo?

—Lo haces muy bien. —Contuvo el aire, apretándose a mi mano para sentir con más intensidad mi agarre en su clítoris.

—Céntrate. —Fruncí los labios, divertido—. Yo estoy haciendo muchos esfuerzos para hacerlo.

—Pues deja las manos quietas. —Bufó.

—Eres tú la que te estás moviendo ahora mismo. —Reí sin sonar muy escandaloso porque no quería llamar la atención de ninguno de los que estaban dentro del piso, para que no salieran, aunque si sucedía, igualmente no iba a retroceder en mi propósito, ni lo más mínimo.

—Claro, será porque me tienes agarrada de una forma... —Volvió a bufar y a jadear, cuando le acaricié el clítoris con los dedos, deslizándolos por todo su sexo, hasta llegar a tantear la entrada—. Así no se puede. —Se movió nerviosa, soltando un suspiro.

—Puedo tirarme toda la noche de la misma forma, sin terminar nada. Tú decides —hablé con voz ronca porque mi miembro también tenía protagonismo por la zona y buscaba el placer con las sacudidas que daba.

—Novak... —Alargó mi nombre cuando colé un dedo en su interior.

—Dime.

—Que hagas lo que quieras, pero no pares. —Cerró los ojos con fuerza cuando mi otra mano le apartó la braga de bikini y fue hacia su punto de placer.

Abrí las piernas, extendiéndolas, lo que provocó que las suyas hicieran lo mismo entorno a la mías, teniendo plena libertad de acceso. El movimiento provocó que su trasero cayera un poco hacia abajo y que mi dedo, el que continuaba en su interior, ahondara aún más en la zona, perdiéndose por completo. Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en el borde del yacusi, sin dejar de observarla para no perderme ningún detalle de su cara.

—No me has respondido a lo que te he preguntado —insistí sin dejar de tocarla.

—¿Sobre qué? —Jadeó cuando tomé velocidad e intensidad.

—Sobre David y la amenaza que representa. —Apreté los dientes, rígido, cuando rodeó con una mano a mi miembro por encima del bañador, inclinándose hacia mí.

—Nunca ha sido una amenaza, creía que estaba claro —susurró cerca de mis labios, remarcando cada palabra.

—Su finalidad y propósito es ser él el que te tenga así. Es lo único que busca.

—¿Quieres saber los míos? —preguntó mirándome con intensidad y asentí en tensión— Hacerle pagar por cada cosa que nos ha hecho a mi padre y a mí. Desde engañarnos, hasta faltarnos el respeto, pasando por encima de nosotros como si no fuéramos nada. Mi padre ya está trabajando en ello, yo me uniré a él el lunes, en cuanto vuelva a la oficina.

»La forma en la que anteriormente podía verlo se me cruzó en la fiesta, de la peor manera, y esa sensación ha ido incrementándose hasta unos límites en los que estoy deseando tenerlo cara a cara para dejarle las cosas muy claras. Sucederá cuando mi padre me dé el visto bueno y pueda actuar libremente, sin perjudicarnos.

—Una última cosa. —Tragué saliva cuando jugó con la goma del bañador, hasta levantarla, metiendo la mano dentro.

Por unos instantes cerré los ojos por el placer de sentirla rodeándome directamente, sin ninguna barrera de por medio, piel contra piel.

i

—Mierda —siseé cuando me apretó el glande y lo acarició, resbalando la mano hacia abajo, haciendo presión.

—Cuesta, ¿eh? —susurró.

Se ganó que yo incrementara el roce sobre su clítoris y que empezara a mover el dedo, entrando y saliendo. La dejé callada de golpe, pero toda acción tiene su reacción y la suya fue igualar sobre mi miembro el placer que estaba sintiendo, poniéndome cardíaco.

—No sabes cuánto, sobre todo, tener que sacar el tema de ese gilipollas en medio de lo que llevo deseando demasiados años. —Mis palabras hicieron que frenara sus movimientos, pero no se apartó, continuó haciendo presión en el largo de mi erección.

—¿Nunca...?

—No —respondí rápido, interrumpiéndola—. Nunca he podido olvidarte, ni lo más mínimo, Olaya.

—Si no hubieras regresado, si tu madre no estuviera enferma...

—No he vuelto solo por ella. Tenía todo el peso de mi decisión por las circunstancias, pero no estoy aquí solo por ella —insistí para que lo entendiera y le quedara claro.

—¿De verdad? —susurró bajando la mirada, perdiendo las fuerzas.

—Nunca te he mentado, siempre he actuado según mis principios y lo que siento. —Liberé una mano para agarrarla de la barbilla, para que no dejara de mirarme directamente y pudiera ver la verdad en mis ojos—. En ningún momento, ni siquiera en la última conversación que mantuvimos años atrás, de la que no sabes cómo me arrepiento y me tortura. Pero en ese instante era tan sincero como ahora porque creía en la verdad de mi padre, en la que me contó, no en la real. Lo lamento mucho, Olaya, no sé si alguna vez podré perdonarme el daño que te hice, hicimos.

Le acaricié la mejilla y le retiré un mechón de pelo húmedo detrás de la oreja. El brillo extra de sus ojos me hizo tragar saliva, sin saber qué haría a continuación al abrir la caja de los recuerdos que más nos pesaban, a los dos, porque ella en aquel momento, como es lógico, no se vino abajo y me igualó, defendiéndose.

—Lo que hiciera tu padre no es responsabilidad tuya —susurró triste—. ¿Sentías todo lo que me dijiste aquel día?

—No, solo he dicho que hablé sin mentir, basándome en una falsa realidad que no se destapó hasta años más tarde, cuando estaba en Berlín. Ahí empezó mi segundo calvario, al darme cuenta de lo imbécil que fui y me atormenté por el daño ocasionado, sin sentido.

»En nuestro último encuentro, en la pelea, exterioricé ante ti mis miedos, la rabia de pensar que habías jugado conmigo y que me habías traicionado, la impotencia de no poder controlarme al querer hacerte el mismo daño que yo sentía. Era joven, Olaya, no supe actuar de otra forma diferente, ni ver más allá de lo que me contó mi padre.

—No te atormentes más. —Tragó saliva, mientras una lágrima se resbalaba por su mejilla. Se la retiré rápido, no podía soportar verla mal—. Yo tampoco fui suave en aquel momento.

—No lo fuiste, no. —Sonreí de medio lado, para aflojar un poco la intensidad de los sentimientos que nos rodeaban—. Es superior a ti el quedarte callada, pero no debías hacerlo, enfrentaste la situación como correspondía y doy gracias a que dejaste las manos quietas. Lo que me lleva a lo que he intentado decirte antes de perder el norte por un momento.

—¿El qué?

—Cuando he dicho, «una última cosa» quería advertirte sobre David. —Levantó una ceja—. Ya. —Sonreí abiertamente—. Que tenga cuidado él ¿no? —asintió varias veces, con expresión pícaro—. Igualmente debes estar en alerta porque lo insté a que te entrara a saco.

—¿Qué? —Echó la espalda hacia atrás, sorprendida.

—Lo hice con toda la intención, sabiendo por anticipado qué resultado obtendría. —Apreté los labios, para no

reír.

—Ah, lo lanzaste de cabeza a la boca del lobo. —Hizo presión con la mano en mi miembro y contuve el aire, asintiendo.

—Me jodió que me pidiera consejos sobre ti. Mi padre se había ido de la lengua, lo que no me extraña, y sabía que estuvimos juntos.

—¿Hizo eso? ¿Te pidió consejo? No se puede ser más tonto. —Bufó.

—Lo último que digo, porque ya hemos perdido demasiado tiempo, ten cuidado con él y mantente con todas las alarmas activadas si lo ves, desde el inicio. Intentaré estar cerca, pero por el trabajo...

—Gracias, pero sabes que no hace falta. Igualmente, me advertieras o no, las iba a tener. —Sonrió de medio lado.

—Fin de la conversación. —La agarré de la nuca, acercándola a mi cara.

—Estoy de acuerdo —soltó un suspiro sobre mis labios, antes de dar comienzo a un beso que volvió a iniciar lo que habíamos postergado durante demasiado tiempo.

Nuestras lenguas se tentaron buscándose incansablemente, nuestros labios no se separaron mientras las manos de cada uno iban por libre, aumentando el placer que nos proporcionábamos. Sentir la suavidad de su sexo, resbaladizo por el agua y húmedo por sus fluidos, fue una delicia demasiado tentadora, mientras me sentía arder por su contacto en mi zona baja.

Cuando pausamos el beso, con las respiraciones entrecortadas, nos quedamos durante unos minutos observando nuestras expresiones de placer, necesitando interiorizarlas otra vez.

—¿Sabes?

—¿Qué? —susurré.

—Yo tampoco pude olvidarte, Novak. Te tenía tan presente, que tuve que odiarte para poder seguir adelante. —Me acarició la nuca.

—Lo sé. —Sonreí mirándola con todo el amor que sentía.

—Necesito decirte que iremos a por tu padre también, no sé si eso...

—Me importa una mierda —respondí rápido—. Tendrá lo que se merece, ni más ni menos. Ni se te ocurra pensar que puede afectarme de alguna forma, porque ya te dije lo que me une a él desde que supe la verdad de cómo me jodió. Y aunque no fuera así, solo con ver el daño que le hace a mi madre... —Apreté la mandíbula.

Intentó sonreír, pero la tristeza ganó la batalla. Necesitando aislarnos de todo lo que nos pesaba, la agarré de la cadera y la arrastré hacia atrás, hasta que puso los pies en el suelo del yacusi, quedándose frente a mí.

—Ahora mismo solo estamos tú y yo aquí, todo lo demás sobra —dije con voz ronca mientras metía varios dedos por los laterales de la braga del bikini, y la deslizaba hacia abajo.

Contuvo la respiración cuando la dejé desnuda de cintura para abajo y la acerqué a mí, sujetándola por el trasero, llenándome las manos de él. Puse los labios en su barriga a la altura del ombligo, y la besé cerrando los ojos. Besé con amor el lugar donde una vez, por poco tiempo, estuvo nuestro hijo. Sí, Olaya se quedó embarazada, pero abortó y no de manera natural. El culpable de ello fue mi padre, ya tenéis otro dato más a sumar al odio que sentía por él, información que se destapó cuando yo llevaba años viviendo en Berlín.

—Me importa una mierda —respondí rápido—. Tendrá lo que se merece, ni más ni menos. Ni se te ocurra pensar que puede afectarme de alguna forma, porque ya te dije lo que me une a él desde que supe la verdad de cómo me jodió. Y aunque no fuera así, solo con ver el daño que le hace a mi madre... —Apreté la mandíbula.

Intentó sonreír, pero la tristeza ganó la batalla. Necesitando aislarnos de todo lo que nos pesaba, la agarré de la cadera y la arrastré hacia atrás, hasta que puso los pies en el suelo del yacusi, quedándose frente a mí.

—Ahora mismo solo estamos tú y yo aquí, todo lo demás sobra —dije con voz ronca mientras metía varios dedos por los laterales de la braga del bikini, y la deslizaba hacia abajo.

Contuvo la respiración cuando la dejé desnuda de cintura para abajo y la acerqué a mí, sujetándola por el trasero, llenándome las manos de él. Puse los labios en su barriga a la altura del ombligo, y la besé cerrando los ojos. Besé con amor el lugar donde una vez, por poco tiempo, estuvo nuestro hijo. Sí, Olaya se quedó embarazada, pero abortó y no de manera natural. El culpable de ello fue mi padre, ya tenéis otro dato más a sumar al odio que sentía por él, información que se destacó cuando yo llevaba años viviendo en Berlín.

Capítulo 20



Olaya

—¿Y si aparece alguien? —susurré acariciándole el pelo, mientras mantenía los labios sobre mi barriga.

Me emocioné por lo que representaba su contacto en esa zona, recordando la dureza de lo que tuve que vivir.

—No va a pasar de la puerta, te lo aseguro. Sea quien sea, como lo intente, vuelve a entrar de cabeza y a la fuerza si es necesario, traspasándola. —Sonreí ante su contestación.

Dejé salir un jadeo cuando subió mi cuerpo hacia arriba, al besarme y lamerme casi entre las piernas, zona que quedó a su alcance fuera del agua mientras me sujetaba con las manos del trasero. Me incliné hacia delante para no perder el equilibrio, apoyando las manos en el borde del yacusi. Estaba tan excitada, el efecto Novak había regresado con fuerza, arrasando con todo a su paso.

Cuando se separó, después de besarme las ingles, se echó hacia atrás, apoyando la espalda en la pared del yacusi mientras aflojaba el agarre de las manos para que volviera a apoyar los pies en el interior. Con los ojos cubiertos de deseo, como debía tenerlos yo, me acarició la barriga con las manos, deslizándolas hacia arriba, hasta mis pechos. De un movimiento rápido bajó las copas del bikini y me inclinó más hacia él, llevándoselos a la boca.

De mis labios salió un gemido cuando succionó y apresó con los dientes el pezón erecto. Me aferré con fuerza al borde, con las manos, sintiendo como me temblaba todo el cuerpo mientras sus labios se movían de uno a otro, atendiéndolos a los dos, masajeándolos con las manos y guiándolos como quería y necesitaba. Perdí la noción del tiempo mientras estuvo entretenido con ellos, hasta que se separó y buscó mi boca.

Caí sobre la suya con necesidad, sintiéndome arder cuando sin separar nuestras bocas se movió un poco, bajándose el bañador, dejando libre a su miembro erecto y duro. Así lo encontré, viéndolo a través del agua cuando nos separamos. Superada por todas las sensaciones, me subí encima de él mientras recostaba la cabeza hacia atrás y rodeaba mis pechos otra vez con las manos.

Me quedé en la misma posición que había estado y jadeé cuando me acaricié con su glánde, en los puntos exactos

para terminar por desesperarme. Sus facciones se marcaron ante mis movimientos, los que incrementé sujetando a su miembro para guiarlo como necesitábamos los dos.

Hasta que él tomó el control después de acariciarme el sexo y comprobar lo excitada que estaba. La expresión que apareció en su cara fue de satisfacción al comprobarlo, desprendiendo deseo y fuego mientras sus dedos entraban y salían de mi interior. Agarrándome de las caderas, posicionándose en la zona correcta, entró dentro de mí de un movimiento certero y duro, provocando que de nuestros labios saliera un gemido al mismo tiempo.

—Novak... —Cerré los ojos al sentirme llena por él y desesperada, porque se mantuvo quieto.

—Déjame un momento, necesito interiorizarlo —susurró con voz ronca.

Asentí sin abrir los ojos, pero eché por tierra su intención cuando me moví encima de él al acariciarme el clítoris.

—Si pudiera exteriorizar cómo me siento, cómo me pones... no encuentro las palabras exactas, Olaya. —Jadeó y apretó la mandíbula cuando empecé a deslizarme, subiendo hasta el límite, despacio, para volver a bajar, rápido.

De esa forma continué, con nuestros ojos conectados como estaban nuestros cuerpos. El ambiente fue caldeándose y consumiéndose, y más lo hizo cuando sus manos agarraron mi cadera y endureció y aumentó la velocidad de los movimientos, necesitando más intensidad. El agua se movía a nuestro alrededor, la que también se caldeó.

—Suéltate de una mano y tócate —me pidió con voz ronca, aún seguía aferrada al borde del yacusi con las manos

No tuvo que repetirlo, lo hice rápido, con necesidad. Mis dedos se movieron sobre mi clítoris mientras él impulsaba su pelvis hacia arriba con un ritmo frenético. Sentí el orgasmo aproximarse, hasta que me dejé llevar, desesperada, cayendo en sus brazos sin fuerzas. Pero, aun así, pegada a él, lo ayudé para que se saciara como lo había hecho yo.

Con la boca en mi hombro se corrió, apretándose el trasero con fuerza y necesidad. Todo cobró un sentido diferente, el silencio nos rodeó, mientras nuestras respiraciones se unificaban y se estabilizaban, volviendo a la normalidad. Me acomodé entre sus brazos. No quería moverme, ahora que lo tenía conmigo, después de todo lo que habíamos vivido y el tiempo que habíamos estado separados, por mi parte odiándolo con un sentimiento muy diferente y opuesto escondido, me daba miedo que saliera de mi interior y que todo se esfumara en cuestión de segundos.

Cerré los ojos con fuerza rodeándolo con los brazos, poniendo la cara en el hueco de su hombro.

—No voy a irme, ni desaparecer... Ya no puede nadie, absolutamente nadie, apartarme de ti —susurró y se me formó un nudo en la garganta.

Me aferré a él con fuerza, al igual que recibí. Me dio el consuelo que necesitaba, de la única forma que quería. Lloré en silencio, por todo el dolor acumulado, lloré por la desesperación y el desconsuelo vividos, lloré por nosotros y por todo lo que se nos vino encima, injustamente, alejándonos forzosamente de lo único que deseábamos: vivir el amor que nació entre nosotros desde que nos vimos por primera vez.

Adormilada, sin ganas de moverme, entreabrí los ojos cuando me movió. Perdí el calor de todo su cuerpo y lamenté que saliera de mi interior con un quejido. Me dejó sentada y cuando se puso de pie, frente a mí, me quedé embelesada mirando la sonrisa que apareció en sus labios. Se colocó bien el bañador y cogió mi braga que se quedó perdida por algún lado del yacusi. Sin dejar de observarme se arrodilló para colocármela, mientras yo subía las copas de los pechos. Cuando terminó, dejándome vestida con el traje de baño, me agarró de los brazos para que me incorporara. Me cogió en brazos y enroscó las piernas en su cintura, abrazándolo del cuerpo.

Salió del yacusi y se dirigió hacia la corredera, pidiéndome que lo guiara hasta mi habitación conforme iba apagando las luces por donde pasábamos. Lo hice a duras penas, los párpados me pesaban, pero conseguí mantenerlos abiertos. En el interior de mi habitación me llevó hasta el baño. Me dejó apoyada en el mármol del lavabo y cogió una toalla, con la que me secó el cuerpo, deshaciéndose del bikini conforme lo hacía. Fue dejando algún beso furtivo.

Desnuda junto a él, con las manos apoyadas en el mármol, observé con atención cómo se quedaba como yo después de quitarse el bañador. Se secó también y cuando terminó, lanzando la toalla a un lado, volvió a cogerme. Solté un suspiro al sentir otra vez el calor de su cuerpo mientras nos llevaba hasta la cama.

En ella nos tumbamos y nos tapamos con la sábana, después de encender el aire acondicionado.

—Ven aquí —dijo con voz pausada.

Me arrastré hasta quedarme pegada a él y lo rodeé con un brazo, apoyando la cabeza en su hombro, con su brazo rodeándome y su mano acariciándome la espalda.

—Descansa —susurró sobre mi cabeza, antes de darme un beso.

Murmuré la misma palabra, o eso creo porque no fui consciente de nada. Me quedé dormida al instante, con una sensación inmejorable.



Noté una sensación que me costó diferenciar. Todavía no había abierto los ojos, pero me removí en la cama, inquieta, notando la sábana debajo. Mis labios se abrieron para coger aire y fue en ese instante en el que fui consciente de lo que me sucedía.

Novak estaba besando y lamiendo mi sexo. Cuando conseguí abrir los ojos dejé salir un jadeo al bajar la mirada. Tenía las piernas abiertas y su cabeza se movía entre ellas, dándome placer.

—Novak... —gemí cuando me apresó el clítoris y jugó con él, con movimientos rápidos.

—Buenos días, preciosa. —Abrí un ojo para mirarlo al haberlos cerrado otra vez, provocando que de la sonrisa pasara a soltar una carcajada, por la cara que puse.

—Buenos días. —Me mordí el labio cuando volvió a retomar lo que había dejado a medias, sin darme tregua.

Eché la cabeza hacia atrás notando la electricidad recorrerme y cómo el deseo se descontrolaba. Sentía sus manos en mis nalgas, levantándose hasta su boca, mientras su lengua jugaba con mi sexo, recorriendo cada rincón y pliegue, demorándose más e intensificando el ritmo en los puntos exactos, inflamados y necesitados.

Me tapé la cara para amortiguar los sonidos que salían de mi garganta y no podía controlar, hasta que todo estalló dentro de mí, dejándome llevar por un orgasmo intenso. Sus labios y su lengua no se separaron hasta que no se quedó conforme, pasados unos minutos.

Me acarició las piernas y subió hasta quedarse encima de mí, soportando su pecho con un brazo. Llevé la mano hacia sus labios húmedos por mis fluidos y su saliva, y se los acaricé con los dedos sin poder apartar los ojos de los suyos. Atrapó uno de ellos con los labios, chupándolo. Me entró la risa floja y nerviosa.

—Me encanta verte así —susurró bajando la cabeza, buscando mis labios.

El beso de buenos días fue intenso y con necesidad. Tenía muy presente su dureza porque se clavaba en mi estómago. Bajé las manos hacia su trasero y se lo apreté, haciendo presión para que se pegara mejor a mí. De su garganta salió un gruñido antes de intensificar la unión de nuestros labios.

Paramos de golpe cuando escuchamos varios golpes en la puerta, pero no nos separamos

—¿Qué hora es? —susurré.

—Deben ser cerca de las once —respondió de la misma forma y me quedé a punto de decir algo más, pero me callé al escuchar la voz de Iraide al otro lado, desde el pasillo.

—Olaya, cariño, no sé si estás dormida todavía. Basil y yo nos vamos ahora, Salma y Félix hace un poco que lo han hecho. Más tarde hablamos.

—Vale —respondí lo suficientemente alto para que me oyera.

No dijo nada más, ni hizo el intento de abrir la puerta por lo que podría encontrarse al hacerlo. No sé si llegó a pensar que Novak estaba dentro, pero respetó mi privacidad. Volvimos a quedarnos en silencio y él se tumbó a mi lado, cerrando los ojos. Me puse de lado, observándolo.

Buscó con una mano alguna parte de mi cuerpo y dio con la mía. Se la agarré y me acercó a él, para que me apoyara en su pecho. Esa fue su intención, pero la mía, no, al ver su miembro húmedo y duro. Cuando estuve a su lado me subí encima de él consiguiendo que abriera los ojos de golpe y guié su erección hacia mi sexo, dejándome caer. Soltamos un jadeo a la vez.

—Ahora sí que son buenos días —susurré apoyando las manos en su pecho.

—Ni que lo digas —aseguró con la mirada fija en el balanceo de mis pechos cuando empecé a moverme.

Sus labios se entreabrieron cuando aumenté el ritmo, el sonido del choque de nuestros sexos nos acompañó, envolviéndonos, al igual que el de nuestras respiraciones, jadeos y gemidos, conforme la excitación fue incrementándose. Sus manos me ayudaron en los movimientos, convirtiéndolos en frenéticos, hasta que invirtió las posiciones.

Salió de mí y se quedó de rodillas, al igual que hice yo. No tardó en llenarme otra vez y me agarré a las sábanas porque la posición y la intensidad variaron mucho, tanto, que no tardé en correrme por la fuerza y el empeño que le puso para que lo hiciera. Me dejé llevar, esa vez sin la necesidad de amortiguar ninguno de los sonidos que salieron de mi garganta.

Varios minutos después, mientras guiaba mi cuerpo con la urgencia que tenía por saciarse, se corrió con un gemido fuerte. Sin salir de mi interior se tumbó de lado, llevándome con él. Me rodeó con un brazo, pegando mi espalda a su pecho, hasta no dejar ninguna separación.

—Quiero despertarme siempre así —susurró sobre mi pelo.

—¿Cada día? ¿No será un poco agotador? —pregunté con humor— Entre semana habría que madrugar mucho para no llegar tarde a los trabajos.

—Merecería la pena retrasarse si es por este motivo. —Me besó en la cabeza y sonreí como una tonta, cerrando los ojos.

Nos quedamos en silencio, al sentirnos saciados otra vez y cansados, porque nos dormimos muy de madrugada, no nos dimos cuenta cuando nos quedamos dormidos, sin variar la posición.

i

e

o

Capítulo 21



Un mes más tarde...

Novak

Le di el último sorbo al café y miré la hora en el móvil. Eran las seis y media de la mañana, estaba en mi casa, preparado para salir a correr antes de empezar la rutina del trabajo. Entré en la aplicación de mensajes y busqué la conversación de Olaya, entrando en ella.

Novak: *Buenos días, preciosa. ¿Se te han pegado las sábanas hoy o nos vemos en el parque?*

Recibí su mensaje de respuesta al instante, con el que sonreí al leerlo.

Olaya: *Si se me pegan las sábanas es por tu culpa. Y no, hoy no va a suceder lo mismo. En cinco minutos salgo, nos vemos en el parque.*

Novak: *No te hagas la ofendida, ni te quejes, que bien que me gritabas entre gemidos que vale la pena no poder madrugar si es provocado por las sesiones de sexo nocturnas. Me pongo en movimiento ya, lo que quieras decirme hazlo a la cara, enseguida te doy encuentro.*

Me guardé el móvil en la funda y me dirigí hacia la puerta principal. Salí y cerré, metiendo las llaves en un bolsillo del pantalón de deporte. Enseguida me puse al trote, aumentando poco a poco la velocidad. Sonreí cuando sentí la vibración del móvil. No podía ser otra persona que Olaya, por lo temprano que era, igualmente lo comprobé no fuera a ser mi madre con alguna urgencia.

Estuve en lo cierto, por lo que no me paré a mirar lo que me había respondido. Hacía dos mañanas llegó bastante tarde al trabajo, se quedó dormida. No recordaba ni cómo apagó las alarmas. No es que sucediera siempre, pero estuve con mi madre en el hospital para un nuevo ingreso en el que le administraron el tratamiento, y no nos vimos en dos días, completos. De ahí que me presentara en su ático y no saliera hasta la madrugada del día siguiente, con el tiempo necesario para llegar a mi casa, darme una ducha y empezar mi rutina diaria. No quise despertarla por lo tarde que nos dormimos, lo que propició que no lo hiciera por sí misma hasta media mañana.

Después de quince minutos corriendo a buen ritmo me adentré en el parque. Estaba bastante concurrido, con personas yendo en todas las direcciones mientras practicaban el mismo deporte, corriendo por los diferentes caminos asfaltados que había.

Me dirigí hacia la parte en la que solíamos vernos y al llegar y no encontrarla, me desvié para no pararme. Corrí variando la intensidad, hasta que decidí regresar para ver si ya había llegado o estaba cerca. Acortando la distancia, cada vez más cerca, cambié de dirección y mis labios se curvaron al ver su silueta a lo lejos, apartada, entre los árboles.

Llegué por su espalda, no tuvo problema para escucharme porque las pisadas sobre las hojas secas y las pequeñas ramas que había sobre el terreno me delataron. Se giró en mi dirección y me recibió con una gran sonrisa, la que no tardé en borrarle momentáneamente de la cara cuando me paré frente a ella y la besé con ganas, sin pararme a estabilizar la respiración.

—Buenos días —le dije apoyando la frente en la suya.

—Buenos días —susurró rodeándome con los brazos.

—¿Corremos un rato?

—Me gustaría más hacerlo en la intimidad, pero si insistes... —Sonrió de medio lado, provocándome una carcajada.

Le di una palmada en el trasero antes de empezar a moverme y me siguió enseguida. Era una escena que en el pasado se repitió muchas veces, siempre nos había gustado disfrutar juntos de otra de las pasiones que compartíamos. Escena que estábamos volviendo a retomar porque todas las mañanas, a excepción de algunas, nos encontrábamos en la misma ubicación.

Estuvimos una hora corriendo a buen ritmo, sin aflojar en ningún momento, hasta que llegó la hora de despedirnos. Nos refrescamos en una fuente y nos dijimos un hasta luego entre abrazos y besos, antes de tomar cada uno un camino diferente. Ella hacia el ático, yo hacia mi casa. En cuanto traspasé la puerta principal me dirigí hacia la habitación, tenía baño en el interior.

Me desprendí de la ropa y me metí en la bañera para darme una ducha que me sentó de lujo. Cuando salí y estuve arreglado cogí el móvil y fui hacia la cocina para tomarme otro café antes de salir hacia el trabajo. Estaba preparándomelo cuando me sonó el aviso de un mensaje. Terminé de hacerlo y dándole un sorbo me acerqué hasta la isla, donde lo había dejado.

Luc: *Buenos días, amigo. Acabo de llegar al trabajo y de enterarme, te lo adelanto por si tienes que empezar a*

planear algo sobre la marcha. Mañana salimos de viaje de trabajo, no me han dado más datos. He visto al jefe y me lo ha dicho, como también que el resto de los detalles te los dirá a ti cuando llegues, ya me informarás.

Fruncí el gesto porque no me lo esperaba, para nada.

Novak: *Buenos días, me termino el café y voy para la oficina. ¿Tan rápido? Ayer por la tarde no se sabía nada.*

Luc: *Por lo visto sí. Ni idea, tío, estoy como tú.*

Me bebí el café de un trago y salí de la cocina, yendo a la habitación para coger todo lo que necesitaba. A los pocos minutos ya estaba montado en el coche y dirigiéndome hacia el trabajo. Estacioné en el aparcamiento, en m plaza, y accedí al edificio, pensativo. Nada más salir del ascensor en la planta donde estaban los despachos, incluido el mío, me dirigí hacia el del jefe. Parado frente a la puerta di unos golpes con los nudillos.

—Adelante —dijo y abrí.

—Alejandro —lo llamé por su nombre.

—Novak, pasa. —Me sonrió parándose en medio del despacho, con un café en la mano—. Si llego a saber que aparecerías directo aquí, te hubiera preparado uno. —Levantó el vaso.

—No te preocupes —dije después de cerrar la puerta y acercarme—. Vengo servido de casa, en un rato iré a por otro.

—Tengo que comentarte algo. —Ocupó su silla, yo me mantuve de pie frente a la mesa.

—Tú dirás, Luc me ha adelantado algo de un viaje.

—Así es, hemos coincidido al llegar —asintió—. Tenéis que salir de viaje mañana, hay que cerrar un acuerdo importante. Tranquilo que solo os tenéis que desplazar a una hora de aquí, pero necesitaréis varios días para dejarlo todo atado. Por eso os quedaréis por aquella zona y viajaréis en coche. Había pensado en reservar un billete de tren, pero después he caído en la cuenta de que es mejor que tengáis más libertad de movimiento, por si tienes que regresar con alguna urgencia.

—Sí, te lo agradezco. Lo prefiero así.

a

—Te he llevado la carpeta del cliente a tu despacho, la tienes encima de la mesa desde hace unos minutos.

—Está bien. —Dejó salir el aire, despacio.

—¿Te supone algún problema? Me gustaría que fueras tú, pero si necesitas quedarte...

—No pasa nada, es que cada vez me gusta menos alejarme. De un tiempo a esta parte no me siento a gusto haciéndolo. Pero serán pocos días y como has dicho, puedo regresar rápido en cualquier momento —asentí.

—Así es, si tenéis alguna complicación me lo haces saber rápido y lo solucionamos.

—De acuerdo —dije relajándome.

i—Si quieres puedo llamar al cliente. La primera reunión está programada para mañana por la tarde, por eso le he dicho a Luc que salís por la mañana. Pero si lo ves conveniente intento adelantarla a primera hora del día, así podéis iros esta tarde y hacer noche en el pueblo, adelantándolo todo.

»No esperes encontrarte gran cosa allí, es una zona de montaña y está bastante aislada del bullicio. Vais a una de las sucursales que tienen porque da la casualidad de que el dueño estará allí unos días. Por eso la urgencia, para que no tengáis que hacer un viaje más lejos dentro de unas semanas.

—Me parece bien, si no es mucha molestia te lo agradecería. Solitario me llaman. —Le hice un guiño, recibiendo una sonrisa por su parte.

—Cuenta con ello, ahora mismo me pongo en contacto con él.

—Gracias. Voy al lío porque si sale bien la jugada, quiero dejar varias cosas cerradas antes de desaparecer varios días.

—Ve tranquilo, te llamo con la respuesta que me dé el cliente.

Asentí y me despedí de él hasta más tarde. Salí de su despacho y cambié de pensamiento sobre el café. Antes de ir al mío me dirigí hacia la sala donde teníamos una cafetera y me preparé uno bien cargado.

Me encerré en el despacho y lo primero que hice fue revisar la carpeta que me había dejado el jefe, comprobando de qué cliente se trataba. Le di un buen repaso a la información mientras me tomaba el café, para refrescarla, y me puse con todo lo que tenía pendiente y quería dejar cerrado, o, al menos, encaminado para hacerlo cuando regresara.



—Mamá, ¿cómo va el día? ¿Todo bien? —le pregunté en cuanto descolgó mi llamada de la tarde.

—Claro, deja de preocuparte.

—No sé para qué insistes en pedirme eso, es un imposible. —Sonreí al escuchar su risa.

—Estaba pensando en salir a dar un pequeño paseo. Necesito mover más las piernas, hoy las tengo muy hinchadas.

—Hazlo, te sentará bien y ten cuidado. No te digo que me esperes para acompañarte porque tengo que salir de viaje —la informé porque el cliente había aceptado adelantar la reunión.

—Vaya, ¿muy lejos?

—No, a una hora de aquí, pero tengo que quedarme en el destino porque nos llevará varios días terminar. Falta un poco para que salga de la oficina y vaya para casa a preparar la maleta.

—Vale, cariño. No te preocupes, yo estaré bien.

—¿Seguro? —Repiqueteé los dedos en la mesa, pensativo.

—Por supuesto. Novak que será poco tiempo, hijo. Tienes que relajarte, me ves cada día.

Me guardé para mí comentar que por eso mismo me sentía intranquilo, porque la veía cada día y era muy consciente de cómo estaba, aunque lo intentara ocultar ante mí.

—Está bien. No te lo prometo, pero haré un esfuerzo en ello.

—Olaya me ha llamado esta mañana —dijo emocionada.

Desde que sabía que estábamos juntos era más feliz que nosotros mismos. Solo ella, nuestros amigos y los padres de Olaya eran conocedores de nuestra relación. No nos ocultábamos, para nada, ni tampoco permitiría que sucediera, pero cuanta menos gente estuviera al tanto, mejor.

—¿Sí? —Sonreí.

—Mañana vendrá a verme a última hora de la mañana y me ha propuesto salir a comer a un restaurante muy bonito. No está muy lejos e iremos en su coche, no me cansaré.

—Me encanta verte tan animada y me parece genial, así te despejas y pasáis un buen rato.

—Pensaba que nos acompañarías, pero después de lo del viaje...

—Cuando regrese lo repetimos, no hay problema. —Volví a sonreír.

—Vale, hijo. Cuando llegues adonde tienes que ir, dímelo.

—Sí, mamá. —Apreté los labios, divertido.

—Echa alguna chaqueta por si por la noche refresca.

—¿En serio? ¿Con el calor que hace? —Reí.

—Hazme caso. —Bufó.

—Sí, mamá —repetí dejando ver la diversión en el tono de voz.

—No sé ni para que lo intento, me estás dando la razón cuando vas a hacer lo que quieras, como siempre.

—Ahora nos entendemos. —Volví a reír, con ganas—. Escúchame —me apoyé en la mesa—, quiero que me llames cuando lo necesites y, sobre todo, si te encuentras mal por cualquier motivo...

—Veteeee tranquilo...

—Valeeee... —Reímos.

Colgamos y me centré en lo último que me quedaba por hacer. Quince minutos después, apagué el ordenador y salí del despacho llevándome la carpeta del cliente. No vi a Luc y le envié un mensaje diciéndole que me iba, que en una hora y media estaría en la puerta de su casa para recogerlo.

El equipaje lo hice rápido, eché ropa para cuatro días, por lo que pudiera pasar y varias cosas más necesarias. A falta de media hora para ir a recoger a Luc, lo que no me llevaría más de diez minutos, me senté en el sofá y llamé a Olaya.

—¿Ya vienes? —respondió al segundo tono.

—Es lo que más me gustaría, pero no. Ni hoy, ni mañana, y no sé si se alargará más.

—¿Pasa algo? —Se extrañó.

—No, es por trabajo. No te lo he dicho hasta ahora porque ha sido muy precipitado y me he liado tanto para terminar cosas pendientes, que no me he parado a nada más. A mi madre hace nada que la he informado. En unos minutos salgo de viaje con Luc.

—Jooo... —Sonreí al imaginarme la expresión que apareció en su cara—. Pues me quito el picardías que me he puesto al salir de la ducha.

—No me tientes de esa forma —la advertí profundizando la voz.

—Solo te estoy dando datos reales. —Rio.

—¿Seguro? Apuesto a que lo que llevas encima ahora mismo no se parece en nada a un picardías. ¿Me equivoco?

—Has acertado porque acabo de secarme y no llevo nada, estoy desnuda.

—Joder, eso es peor. —Reímos.

—¿Adónde tenéis que ir?

—A un pueblo que está a una hora de aquí. Vamos en mi coche.

—Ah, está cerquita y será rápido.

—Sí. —Sonreí—. Te voy a echar de menos.

—Y yo. —Bajó el tono de voz—. No te preocupes por tu madre, la he llamado hoy y mañana iré a verla. Saldremos a comer a un restaurante que tiene una terraza impresionante mezclándose con la naturaleza, en un parque muy bonito. Le sentará genial porque es muy tranquilo y estaré más pendiente de ella mientras estés fuera.
—Sonreí de oreja a oreja, atontado porque me volvía loco.

—Gracias. ¿El que está a las afueras? No he ido nunca, pero he escuchado hablar muy bien de él.

—No vuelvas a dárme las porque la liamos —me advirtió, haciéndome reír—. Sí, ese. Yo solo he estado una vez con las chicas, nos encantó. Es muy relajante y se come muy bien.

—Ya iremos.

—Claro —dijo animada.

—Te tengo que dejar, voy a buscar a Luc y pongo rumbo hacia el destino.

—Ten cuidado y que salgan bien los negocios.

—Igualmente, nos vemos a la vuelta.

Me levanté del sofá y mientras les escribía a mis amigos que tenía que irme de viaje de trabajo, fui hacia la habitación para coger la maleta, con la que salí de casa, dejándolo todo cerrado. Llegué puntual a la ubicación de Luc, haciéndome notar tocando el claxon. No tardó en salir por la puerta y en localizarme, caminando con una sonrisa hasta el coche.

Cuando metió el equipaje en el maletero y se montó en el asiento del copiloto, después de saludarnos por segunda vez ese día, introduje la dirección en el GPS y empecé a circular. Eran las seis y media de la tarde, llegaríamos de día si el tráfico y las condiciones no nos retrasaban.

—Claro —dijo animada.

—Te tengo que dejar, voy a buscar a Luc y pongo rumbo hacia el destino.

—Ten cuidado y que salgan bien los negocios.

—Igualmente, nos vemos a la vuelta.

Me levanté del sofá y mientras les escribía a mis amigos que tenía que irme de viaje de trabajo, fui hacia la habitación para coger la maleta, con la que salí de casa, dejándolo todo cerrado. Llegué puntual a la ubicación de Luc, haciéndome notar tocando el claxon. No tardó en salir por la puerta y en localizarme, caminando con una sonrisa hasta el coche.

Cuando metió el equipaje en el maletero y se montó en el asiento del copiloto, después de saludarnos por segunda vez ese día, introduje la dirección en el GPS y empecé a circular. Eran las seis y media de la tarde, llegaríamos de día si el tráfico y las condiciones no nos retrasaban.

Capítulo 22



Olaya

—Cariño. —Me recibió mi madre, sonriente al abrir la puerta de su casa.

—Hola. —La abracé dándole un beso.

—¿Cómo no me has dicho que venías? Porque te quedas a cenar, ¿no?

—Había quedado con Novak, pero le ha surgido un viaje de trabajo inesperado y ha tenido que irse. No lo he pensado, he salido a dar un paseo y he llegado muy cerca de aquí. —Me encogí de hombros.

—Muy bonito, si él no llega a anular los planes no te veríamos en días. —Puso los ojos en blanco, provocándome una carcajada.

—No le hagas caso, hoy ha comido exageración para una semana. —Apareció mi padre, acercándose a nosotras sonriente. Nos abrazamos.

—Ya lo veo, ¿modo drama? —pregunté divertida, mirándolo de reojo.

—Ni te lo imaginas. —Soltó una carcajada que me contagió.

—Esto es increíble. ¡Qué estoy delante! —Nos señaló a los dos.

—¿Qué delicia has hecho para cenar? —Cambié de estrategia, tocándole su punto débil.

—No sabe nada la niña. —Bufó, pero terminó riendo—. Esta mañana he preparado ensaladilla rusa —dijo animada y sonreí—. Ven, a ver que te apetece de segundo. —Me agarró de una mano y me dejó guiar por ella hasta la cocina, mirando de reojo a mi padre, ganándome un guiño por su parte.

—Me da igual —aseguré cuando entramos los tres—. No te líes mucho, pero te ayudo. —Me apoyé en la encimera.

—¿Pescado? —preguntó con la nevera abierta.

—¿Con la salsa que me gusta?

—Sí. —Rio satisfecha y asentí—. Pues venga, nada de ayuda. Iros al salón o adónde queráis que yo me apaño mejor sola. —Nos echó directamente, haciéndonos reír.

Antes de salir de la cocina cogí un refresco de la nevera y caminé hacia mi padre. Me esperaba con los brazos cruzados apoyado en la pared, sin perder la sonrisa. Nos quedamos en el salón y nos sentamos en el sofá.

—¿Cómo va todo? —Se interesó.

—Papá, me ves cada día y nos hemos despedido hace unas horas —negué divertida.

—Sí, pero últimamente tenemos tanto trabajo que no nos da tiempo a pararnos un momento a hablar. Aunque no hace falta que te pregunte, solo tengo que verte para saberlo.

—Pues eso mismo —confirmé después de refrescarme la garganta con el refresco, bebiendo de la lata.

—Así que Novak se ha ido de viaje...

—Sí. —Bajé la mirada hacia la lata.

—¿Te preocupa?

—¿Por qué debería hacerlo? Va a regresar —dije en tono bajo, dejando ver un poco mi miedo, no por el viaje, sino en general.

—No tengas dudas sobre eso, Olaya. Después de la conversación que tuve con él... —Carraspeó.

—¿Cuándo habéis hablado sin estar yo delante? —Me giré para mirarlo a la cara, sorprendida.

—Vino aquí a los pocos días de que nos contaras que volvíais a estar juntos —respondió por él mi madre, uniéndose a nosotros—. Lo he dejado todo preparado en la cocina, esto es más interesante —añadió por cómo la miramos, haciéndonos reír.

—No lo sabía, no me ha dicho nada —susurré.

—Lo no vería importante, en realidad no lo es. Lo hizo porque lo necesitaba, no hay más.

—¿Qué os dijo?

—Nos pidió perdón —contestó mi padre. Tragué saliva, emocionada—. Todo está mejor que bien, cariño. —Me acarició el pelo y sonreí—. Sabes que si tú eres feliz nosotros lo somos también, nunca nos hemos metido en tu vida, a no ser que viéramos que podías salir perjudicada. A pesar de lo que suponía el apellido de Novak, no pudimos intervenir por lo feliz que te veíamos. Confiamos y dejamos que el curso de la vida hablara por ella misma.

—Siempre lo vimos con buenos ojos porque él es independiente a todo lo que lo rodea, y porque se hace querer —continuó mi madre—. Actuó mal, sí, nadie lo pone en duda, ni él mismo. A todos nos dolió lo que sucedió, incluido a Novak, pero no tenía la madurez suficiente para enfrentarse a los demonios del titán de su padre, hija. Lo manipuló sin darse cuenta, esa es la realidad y a veces, no somos conscientes de las repercusiones que pueden conllevar nuestros actos.

—Sé que no puede apartar el peso del pasado. A veces lo veo muy pensativo, observándose —comenté.

—Lo hará, tú lo ayudarás. —Se inclinó hacia delante mi padre, poniéndose a mi altura—. ¿Y sabes por qué? —negué— Muy simple, porque os queréis. Nunca habéis dejado de hacerlo y cuando un sentimiento se forma de esa manera, tan fuerte e inquebrantable, a pesar de las adversidades y contra toda lógica, el resultado solo puede ser uno.

»Seguramente le cueste, pero conseguirá desprenderse de la carga que lleva, contigo a su lado. —Me agarró de una mano y sonreí más emocionada—. ¿Quieres saber lo que dijo después de que nos pidiera perdón? —asentí— Que te ama y no va a permitir que nada ni nadie os separe otra vez.

—Si es que ese chico se gana a cualquiera con la manera que tiene de ser. —Miramos a mi madre y sonreímos al ver cómo se retiraba la humedad de los ojos.

—El único culpable de todo lo que os pasó lo tenemos claro todos, lo demás fueron daños colaterales que se dieron en cadena. Difícil preverlo.

—Desde que nos volvimos a juntar no he podido evitar pensar en algunos momentos que os estaba haciendo daño al estar con él.

—Es a ti a la que no tiene que hacerte daño ni afectar, tesoro —intervino mi madre—. Nosotros hace mucho tiempo que lo perdonamos, de hecho, hace cuatro años que lo hicimos, cuando llamó a tu padre desde Berlín.

—¿Por qué no me dijisteis nada? —Agrandé los ojos.

—¿Nos hubieras escuchado? ¿Habrías entrado en razón al escuchar su nombre en aquel momento?

—No —respondí con sinceridad, haciendo una mueca.

—No queríamos perturbar tu paz —añadió mi madre—. Pero para nosotros todo quedó saldado en aquel instante. El que viniera en persona aquí hace unos días, es de agradecer porque dice mucho de él, pero solo fue necesario para Novak, nosotros no lo necesitábamos.

—Gracias, tengo los mejores padres. —Reí llorando y me aferré a los brazos de mi padre, cuando me rodeó con ellos.

—

—Lo mismo podemos decir nosotros en tu dirección. —Me dio un beso en la cabeza—. La vida es muy incierta, cariño. Lo que hoy piensas, dentro de un tiempo puede girarse por completo. Son los actos de las personas los que las definen, porque todos nos equivocamos, en mayor o menor medida, pero el saber rectificar y retroceder es de admirar.

»Novak es un gran hombre, con muchos valores e ideas claras, todo saldrá bien. No temas pensando en que se apartará de ti, ya te he dicho cuáles fueron sus palabras. Te ama, un sentimiento que ha perdurado en el tiempo, eso resume hasta qué punto es de fuerte lo que os une. Confía.

! —Muchas veces tengo miedo de que todo se evapore, de que pase algo que nos supere y no podamos evitarlo.

—Es normal —dijo mi madre, acercándose y sentándose en la mesa pequeña que quedaba enfrente del sofá y de nosotros—. Has pasado por mucho, has conocido lo que es el dolor y la desesperación, tesoro. Pero el tiempo es sabio, Novak apareció en el momento exacto, cuando todo estaba sanado, aunque te costara admitirlo cuando lo viste porque no es lo que creías pensar. Hace mucho, pero que mucho tiempo que lo perdonaste por lo que sentías

—Supongo, porque si no, cuando se presentó en mi ático a su regreso, hubiera terminado muy mal. Y no fue así.

—Sonreí con un nudo en la garganta.

—Ya se lo dije a tu padre.

—¿El qué?

—Sus palabras exactas fueron... —Carraspeó mi padre— «Si no ha terminado en la UCI todo está bien, hay amor todavía». —Reímos los tres.

—Bueno, ahora sí que me encierro en la cocina porque al final me hacéis pedir una *pizza* de esas que parecen plástico —habló mi madre, haciéndonos sonreír.

Antes de dejarnos solos me dio un beso en la mejilla y me la acarició con cariño, gesto que le devolví con la expresión.

—¿Cómo va el tema de David? Me tienes desinformada totalmente —me interesé acomodándome en el sofá, girada hacia él.

—Ya lo he finiquitado. Ha sido esta tarde, después de que te fueras. Pensaba contártelo mañana, pero...

—¿Cómo ha quedado todo?

—Mañana mismo se encontrará una demanda sobre la mesa. Nuestros abogados no han dejado ningún fleco suelto y han ido a por todas aportando muchas pruebas. Entre ellas fotografías de los encuentros que ha tenido con la competencia, como los ingresos que ha recibido en el banco que no puede justificar sin delatarse. Ya no estamos vinculados a él laboralmente, solo judicialmente —dijo satisfecho.

—No sabes cómo me alegro. —Sonreí de oreja a oreja.

—Al final nos ha venido mejor que tenerlo como cliente. —Reímos—. Con el dineral que tendrá que desembolsarnos creo que hasta puedo jubilarme —negó.

—Él se lo ha buscado. —Me encogí de hombros.

—Así es —asintió.

—¿Se ha ido ya de aquí?

—La última información que tengo es que se subió a un avión hace unos días, ya no le he seguido la pista.

—Mejor, y lo habrá hecho satisfecho, pensándose que todo está a favor suyo.

—Eso ni lo dudes. En las reuniones que he tenido con él no le he dado indicios de nada. Reuniones en las que por cierto siempre salía tu nombre a relucir, bastantes veces.

—Ya podría haberse atragantado al pronunciarlo. —Puse los ojos en blanco.

—Sé que sabes defenderte y no tendría que preocuparme, pero lo hago porque soy tu padre y las circunstancias

pueden desfavorecer. Solo te pido que...

—No te preocupes, papá. Todo estará controlado. —Sonreí para dejarlo tranquilo.

—Vale —soltó un suspiro, devolviéndome el gesto—. Tienes una vida prometedora por delante, lucha siempre por ella, cariño.

—Lo haré, tengo los mejores maestros. —Lo abracé con fuerza.

—Solo una cosa más. Los abogados ya están avisados. Si por alguna casualidad te encuentras a David por la calle y te hace sentir incómoda, de la forma que sea, puedes dejarlo cao directamente, porque la repercusión se la llevará él. He querido cubrimos muy bien las espaldas y se han documentado ciertos detalles legalmente, para que ese hombre no suponga ningún problema para ti si intenta sobrepasar algún límite. —Noté cómo su pecho se movía irregular, detalle que me dio a entender, porque no le veía la cara, que estaba conteniéndose para no reír.

—Eso sí que es un buen dato, muy esclarecedor —dije pensativa y terminamos soltando una carcajada fuerte, al mismo tiempo.

—Sinceramente, en cuanto tenga las denuncias, porque no se encontrará solo con una, no creo ni que lo intente. He ido a por él en todo lo que he podido.

—Yo tampoco lo creo —dije convencida.

Nos quedamos en silencio sin movernos del sofá, hasta que nos levantamos para ver si la cocinera necesitaba ayuda y no nos volvía a echar de su lado. Cuando llegó la hora de cenar nos sentamos en la mesa del salón y una hora y media después, a las diez y media de la noche, me despedí de ellos rechazando el ofrecimiento de mi padre para llevarme en coche. Me fui para el ático dando otro paseo finalizando el día, tranquila y satisfecha.



—¡Este café sí que está bueno! —Se relamió Paula.

Habíamos salido de la oficina para desayunar en una cafetería que estaba al final de la calle.

—Como te oiga el jefe, ya verás —dije divertida, refiriéndome a mi padre.

—Me daría la razón. —Reímos.

—De vez en cuando viene bien salir del edificio. —Apuré el mío.

—Voy a pagar. —Se levantó—. Esta vez me toca a mí.

—No seas pesada, da igual.

—Ah, no. Ni te muevas. —Se alejó rápido, haciéndome reír.

Saqué el móvil del bolso y sonreír al encontrarme un mensaje de Novak. El día anterior, cuando se fue, me llamó cuando ya estaba acostado.

Novak: *Hola preciosa, ya he salido de la primera reunión. Ha ido muy bien, no se va a alargar mucho más. Para esta tarde hemos programado otra reunión porque el cliente ha adelantado el viaje de regreso, está de visita en esta sucursal. Doy por hecho que será la última con un resultado satisfactorio para todos. En cuanto pueda salga para allí, enseguida. Te diría que me esperaras en mi casa, pero no sé a qué hora llegaré. Es mejor que yo vaya a la tuya porque esta noche duermo contigo, sí o sí. Ahora voy a desayunar con Luc y después haremos tiempo recorriendo el pueblo.*

Olaya: *¡¡Hola!! Me alegro de las buenas noticias, de todas. Lo estoy deseando, te espero en el ático a la hora que sea. Ten cuidado en la carretera y disfruta un poco de la zona. Yo he salido del edificio para desayunar con Paula, ya hemos terminado, vamos a regresar ya.*

Novak: *Perfecto, pues hablamos más tarde. Te quiero.*

Sonreí de oreja a oreja, releiendo varias veces su despedida. Solté un suspiro y tecleé la mía.

Olaya: *Te quiero.*

—Ya está. —Levanté la cabeza hacia Paula y asentí, incorporándome.

Guardé el móvil en el bolso antes de colgármelo al hombro y salimos de la cafetería despidiéndonos de los camareros. Yo con más ganas de las que había entrado, la verdad, y todo debido a Novak.

—Chica, qué bien te ha sentado hoy el desayuno —comentó Paula mientras caminábamos por la acera.

—¿Por?

—Te ha dejado una sonrisa tonta que no veas. —Sonreí.

—Es por Novak —le aclaré, le había hablado de él.

—Ah, ahora lo entiendo. Ya decía yo. El café hace milagros a veces, pero tanto... —Reímos.

—Vaya, vaya, la pequeña Ariza. —Escuchamos a nuestras espaldas y me paré de golpe, maldiciendo interiormente y preparándome.

Me giré despacio, calculando cada movimiento, los que imitó Paula, pero ella de forma natural sin prever lo que iba a suceder.

—Señor Debon, ¡qué sorpresa! —Se dirigió a él. Lo conocía de las veces que había estado en la empresa, para reunirse con mi padre.

—Me alegro de que te lo parezca. —Sonrió de medio lado—. ¿Puedes dejarnos un momento a solas?

—Eh... —Me miró de reojo Paula—. Claro.

—No hacen falta tantas molestias. Paula va a llegar a la oficina como ha salido, conmigo —aclaré quitándole la intención.

No me suponía gran cosa quedarme a solas con él porque lo echaría rápido de mi lado, pero no me dio la gana, directamente. Levantó una ceja ante mis palabras. Como si me importara, me dije.

—Bueno pues tendrá que ser de esta forma. —Carraspeó—. Vengo a invitarte a comer, no puedes negarte. Desde que llegué para las reuniones con tu padre has estado muy escurridiza y no hemos coincidido en ningún momento

—De las reuniones ya hace tiempo. —Me crucé de brazos—. Y perdona que te rebata, pero no voy a ir a comer contigo, ni voy a perder ni un segundo de mi tiempo a tu lado. Creo que estoy siendo muy clara, pero por si acaso... Ni se te ocurra hacer ningún intento más para acercarte a mí porque saldrás perdiendo.

—¿A qué viene ese comportamiento? —Se extrañó frunciendo el gesto, dando varios pasos hacia nosotras.

La cara de Paula era de estar alucinando, no sabía el trasfondo de lo que sucedía. Para ella David era un cliente importante de la empresa, hasta ahí llegaba su información.

—Será mejor que regreses a tu ciudad, con urgencia. —Curvé los labios porque no tardaría en encontrarse con lo que se le venía encima—. Mi comportamiento es el más normal hacia una persona como tú. No tenemos nada de lo que hablar, así que, si nos disculpas. —Descrucé los brazos y me giré, dándole la espalda, peroteniéndolo muy presente.

Empecé a caminar y Paula se puso a mi lado enseguida, lanzándome miradas interrogantes. Se lo aclararía en cuanto pudiera para que entendiera la situación que había presenciado.

—No, hasta que me des una explicación —dijo con voz más profunda, alzando el tono de voz y curvé los labios a sentir el agarre de su mano en mi brazo, parándome.

Era todo lo que necesitaba, notar la gran fuerza con la que me apretaba. No lo vio venir. Me moví rápido y terminó tirado en el suelo en una mala postura, con expresión asustada y desconcertada. ¿Qué puedo decir? No iba a quedarme con las ganas de hacerlo y me esmeré para dejarlo desarmado.

—Te he advertido de que no te acercaras y demasiado poco te he hecho —susurré remarcando cada palabra, inclinada hacia él—. Inténtalo otra vez, de la forma que sea, y comprobarás mejor y de la peor manera, lo que soy capaz de hacer. Si te piensas que un hombre como tú puede interesarme en algún sentido, es que vives en una realidad paralela a la que es. —Me incorporé despacio, quedándome recta.

—Esto no va a quedarse así. —Se levantó con movimientos lentos, se había hecho daño en el costado—. Ahora mismo voy a hablar con tu padre y nuestra relación laboral quedará dañada.

—¿Me ves llorar? —Reí empezando a caminar otra vez, alejándome de él— David —dije en alto, sin pararme ni volverme, con Paula al lado con expresión asustada—, corre para coger un vuelo que te lleve a casa, te has sentenciado tú solo.

Empecé a caminar y Paula se puso a mi lado enseguida, lanzándome miradas interrogantes. Se lo aclararía en cuanto pudiera para que entendiera la situación que había presenciado.

—No, hasta que me des una explicación —dijo con voz más profunda, alzando el tono de voz y curvé los labios al sentir el agarre de su mano en mi brazo, parándome.

Era todo lo que necesitaba, notar la gran fuerza con la que me apretaba. No lo vio venir. Me moví rápido y terminó tirado en el suelo en una mala postura, con expresión asustada y desconcertada. ¿Qué puedo decir? No iba a quedarme con las ganas de hacerlo y me esmeré para dejarlo desarmado.

—Te he advertido de que no te acercaras y demasiado poco te he hecho —susurré remarcando cada palabra, inclinada hacia él—. Inténtalo otra vez, de la forma que sea, y comprobarás mejor y de la peor manera, lo que soy capaz de hacer. Si te piensas que un hombre como tú puede interesarme en algún sentido, es que vives en una realidad paralela a la que es. —Me incorporé despacio, quedándome recta.

—Esto no va a quedarse así. —Se levantó con movimientos lentos, se había hecho daño en el costado—. Ahora mismo voy a hablar con tu padre y nuestra relación laboral quedará dañada.

—¿Me ves llorar? —Reí empezando a caminar otra vez, alejándome de él— David —dije en alto, sin pararme ni volverme, con Paula al lado con expresión asustada—, corre para coger un vuelo que te lleve a casa, te has sentenciado tú solo.

Capítulo 23



En cuanto entré en la oficina me dirigí al despacho de mi padre, para explicarle el encuentro con David. Su primera reacción fue sobresaltarse y enfadarse cogiendo el teléfono para hacer una llamada, pero lo tranquilicé comentándole al detalle cómo se había dado y el resultado, con el que estuvo más que satisfecho. Todo seguía en marcha y no pasaría mucho tiempo para que se le bajara la superioridad que mostraba.

Antes de ir a mi despacho para seguir con el trabajo, le informé de que me tomaba la tarde libre porque iba a comer con Maite, la madre de Novak. No quería tener ninguna prisa por regresar, mi intención era pasar el máximo de tiempo posible con ella. Las últimas veces que la había visto me había quedado intranquila, a pesar de que siempre tenía una sonrisa para los demás. Cada vez se la veía más agotada y sin fuerzas, con un deterioro que me asustaba.

Era la una y media del mediodía, la hora de salir para comer. Apagué el ordenador y lo dejé todo organizado. Cuando terminé me levanté de la silla y fui a coger el bolso.

—Venía a por ti. —Escuché la voz de mi padre y me giré hacia la puerta.

—Sí. ¿Necesitas algo? —Me colgué el bolso, yendo hacia la mesa para coger el móvil.

—Que te lo pases bien. —Sonrió—. Solo venía a ver si estabas lista, para bajar juntos.

—Ah, vale. —Le devolví el gesto poniéndome a su lado.

—De lo que me hablaste hace una semana...

—Ya lo tengo —confirmé haciendo una ligera presión en el móvil que llevaba en una mano. Asintió.

—¿Y?

—Todo perfecto. —Sonreí después de soltar un suspiro.

—Estoy muy orgulloso de ti. —Me rodeó con un brazo cuando entramos en el ascensor y me pegué a él.

—Gracias, papá.

Nos quedamos en silencio, con muchos pensamientos rondándonos la cabeza. De la misma forma, salimos del edificio dirigiéndonos a nuestros coches.

—Dale recuerdos a Maite y disfrutad. Nos vemos mañana, cariño. —Me dio un beso en la cabeza antes de separarnos.

—De tu parte, y lo haremos. Hasta mañana —me despedí montándome en el coche.

Arranqué y tomé la dirección de la casa de la madre de Novak. Ya estaría esperándome, aunque iba bien de tiempo y me adelantaría a la hora que le dije que iría a recogerla. Aparqué después de quince minutos, caminé hacia la entrada principal y llamé al timbre.

—¡Qué guapa estás! —dije sonriendo, en cuanto apareció ante mí al abrir la puerta de su casa.

Como primera respuesta rio y me encantó verla así. Cerró tras de sí y nos abrazamos.

—Para una vez que salgo me he arreglado un poquito, pero tanto como has insinuado... —negó divertida, agarrándose del brazo que le ofrecí.

—No he dicho ninguna mentira, hoy tienes un brillo especial.

—Será porque me hace mucha ilusión salir a comer, y más contigo. Me apetece mucho.

—Pues habrá que repetirlo más a menudo. —Le hice un guiño cuando llegamos junto al coche.

Le abrí la puerta después de desbloquear el cierre y la ayudé a subir. Desde el interior me sonrió con cariño al quitarle la intención de darme las gracias. Volví a montarme detrás del volante y tomé rumbo hacia las afueras, al restaurante. Enseguida dejamos el bullicio y el ajetreo de las carreteras principales, tomando una secundaria que nos llevaba directas.

El paisaje variaba mucho del centro, todo lo que nos rodeaba eran árboles y vegetación. En cuanto llegamos, la primera impresión que exteriorizó Maite fue de sorpresa y admiración.

—Es muy bonito y verde —dijo caminando por un camino asfaltado.

—Sí, espero que salgas satisfecha de todo. A mí me encantó.

—No lo dudo, cariño. —Nos sonreímos.

Nos sentamos en la terraza que daba al parque y nos atendieron enseguida. Disfrutamos de un rato muy divertido y animado, a Maite la sonrisa no se le borró en ningún momento. Todo lo que comimos fue tal y como lo recordaba, estaba buenísimo. Sin prisa, queriendo disfrutar al máximo, nos quedamos un buen rato reposando, interiorizando toda la paz que nos rodeaba.

—¿Estás cansada? —pregunté cuando la vi por segunda vez moverse en la silla.

—Me duelen las piernas, se me han hinchado.

—¿Quieres caminar un poco? Podemos hacerlo despacio, te vendrá bien.

—Vale. —Me sonrió y asentí.

Pedí la cuenta y pagué, mientras escuchaba divertida sus quejas por hacerlo. Lo ignoré todo, y cuando el camarero me devolvió la tarjeta del banco, nos despedimos y nos levantamos. Caminamos por la hierba agarradas de un brazo, viendo a personas disfrutar del espacio natural.

—Será mejor que demos media vuelta —propuse al cabo de un rato, cuando noté que fue bajando el ritmo, a pesar de que íbamos muy lentas.

—Sí, creo que por hoy ya he hecho bastante —soltó un suspiro.

—Lo has hecho muy bien. ¿Te ha gustado el lugar?

—También me ha encantado. —Me sonrió.

—Pues volveremos, Novak se ha quedado con ganas de acompañarnos.

—Se fue intranquilo —negó.

—Es normal, Maite. Está preocupado.

—Lo paso muy mal por eso, no quiero que sufra. —Bajó el tono de voz.

—Es inevitable. —Le acaricié la mano que tenía apoyada en mi brazo.

—Estoy preparada, Olaya.

—¿Para qué? —Tragué saliva al intuir a lo que se refería.

—Para irme definitivamente. Ahora sí.

—No digas eso. —Me paré sin poder enfocar bien la vista. Se me habían aguado los ojos.

—Hija, necesito que tú seas fuerte por él. —Me acarició una mejilla.

—No —negué varias veces—. No me gusta nada esta conversación.

—Es necesaria. Sé que te has dado cuenta, aunque intento disimularlo. —Dejó salir el aire lentamente—. Cada vez tengo menos fuerzas, cada vez me cuesta más hacer las rutinas habituales y teniendo en cuenta que no hago casi nada... Sé que serás fuerte y el apoyo que necesitará mi hijo, no dudo de ninguna de las dos cosas. No te separarás de él ni lo dejarás caer.

—Maite... estás hablando como si todo fuera a terminar rápido.

—No me queda mucho tiempo, lo sé. Mi cuerpo habla por sí mismo con el paso de los días.

—Te prometo que no me separé de Novak, nunca —dije con rabia debido a la situación, con un nudo en la garganta—. Como también, que todo va a ir bien. Lo sé, estoy segura de ello.

—Gracias, hija. —Me acarició la cara con las dos manos, emocionada.

Me incliné para que me diera un beso y la abracé cerrando los ojos con fuerza, sintiéndome impotente por cómo se encontraba y lo que daba por hecho.

—Te llevo a casa a descansar. —La rodeé por la cintura para ayudarla y para soportar un poco su peso, lo que me agradeció.

Nada más incorporarme a la carretera se quedó dormida y me tomé el privilegio de llorar en silencio. Era tan injusto, eran tantas las emociones y sentimientos que arrasaban con todo a su paso... Cogí varias bocanadas de aire para que las fuerzas me regresaran, pero lo hicieron de golpe cuando miré a través del espejo retrovisor. No tuve problema en distinguir el coche iba detrás del mío, al igual que lo hice con la persona que lo conducía.

—Hijo de... —Apreté la mandíbula y el acelerador al mismo tiempo, al darme cuenta de que se pegaba cada vez más.

Comprobé de reojo que Maite seguía durmiendo y la moví para ponerla en una mejor posición. No la despertaría : no ser que fuera necesario. Ese fue mi pensamiento, pero cuando sentí un pequeño empujón en la parte trasera del coche supe que todo se iba a descontrolar. Maldije apretando al máximo el acelerador, clavando el pie en él.

Todo pasó en cuestión de segundos, no pude ni supe reaccionar mejor que gritándole a Maite que se despertara para que fuera consciente de su cuerpo porque si no, el impacto que estábamos a punto de sufrir podía ser mucho peor al quedarse a la inercia de los movimientos. Agarré el volante con todas mis fuerzas para tener el control del vehículo el máximo de tiempo posible, mientras miraba con odio hacia la izquierda, al conductor del coche que se había puesto en paralelo.

—¿Qué...? —dijo desorientada cuando abrió los ojos.

—¡Agárrate fuerte! —grité con todas mis fuerzas.

Justo cuando sentí el golpe que nos echó de la carretera, giré de un movimiento rápido el volante, para cambiar la dirección del coche y encarar el impacto más importante contra los árboles con cualquier parte del vehículo que no fuera la delantera.

No sé si hice bien, pero lo llevé a cabo por instinto y con la maniobra que hice, antes de dejar de ser consciente de todo y quedarnos encajadas entre dos árboles robustos, el morro de mi coche impactó con el del otro, provocando que también perdiera el control, debido a la velocidad que llevábamos.

Silencio, absoluto silencio... sentí los párpados pesados y un quejido retumbarme los oídos, el mío. Conseguí abrir los ojos. Mi cabeza estaba apoyada en el volante y moví un brazo con mucho esfuerzo para tocármela con la mano. Cuando lo hice y la aparté, la vi cubierta de sangre y solté un jadeo intentando encontrar las fuerzas necesarias para mover el resto del cuerpo.

e

Lo hice a duras penas, necesitando cerrar los ojos por unos instantes al sentir un gran mareo. Tan desorientada estaba que me costó recordar que no iba sola.

—¿Maite...? —susurré.

Me apreté el estómago, me dolía horrores todo el cuerpo, pero conseguí tomar el control girando la cabeza hacia el asiento del copiloto. Un grito volvió a retumbar en el interior del vehículo, el mío otra vez, provocado al ver el cuerpo desmadejado de la madre de Novak, en una mala posición.

—Maite, ¿me escuchas? Dime que sí. —Lloré haciendo esfuerzos por quitarme el cinturón de seguridad, se había quedado bloqueado por el impacto—. Por favor...

Y lloré con más intensidad cuando escuché un pequeño quejido de su parte, dando gracias porque estuviera con vida.

—Mierda —grité cabreada, luchando con el puñetero cinturón.

Había perdido por completo la noción del tiempo, no supe cuánto me costó deshacerme del agarre, pero cuando lo conseguí me moví en el asiento con muecas de dolor.

—Eh, mírame, ¿qué te duele? —Le moví las manos para llamar su atención.

—Olaya... —susurró con voz muy débil.

—Voy a llamar a emergencias, aguanta —dije apresurada, alargando la mano hacia los asientos traseros.

Volví a maldecir porque el bolso se había caído a los pies de uno de los asientos y cada movimiento que hacía era un sufrimiento. Conseguí tirar de él y acercarlo. Levantado la mirada continuamente para no perder de vista a Maite, localicé el móvil en el interior y marqué torpemente el número de emergencias, de la misma forma que hablé cuando me atendieron.

—He tenido un accidente grave con el coche en la carretera secundaria que va hacia la ciudad, la que lleva al restaurante del parque que está a las afueras. Mi acompañante no se mueve y casi no reacciona. Necesitamos ayuda urgente, por favor...

Perdí por completo las fuerzas, sintiendo que me desvanecía mientras dejaba caer el teléfono. Solo me dio tiempo a escuchar que una ambulancia venía en camino, lo único que necesitaba saber. Creo que no duró más de unos minutos que volviera a ser consciente de mi alrededor, difícil saberlo.

—¿Maite? —Me moví quedándome bien sentada en el asiento, con varios quejidos— Ya vienen. —Noté la humedad de las lágrimas cayéndome por las mejillas—. Todo va a ir bien... Sí... Dime algo.

No obtuve respuesta y cerré los ojos con fuerza. Dejé salir el aire lentamente y me tragué el dolor, volviendo a moverme. Me acerqué a ella, no quería cambiarla de posición por si empeoraba algo, pero mi instinto me pedía con fuerza que la sacara del coche.

Cuando le apreté una mano y no reaccionó, pensé en lo peor. Estaba rogando para que la ayuda llegara rápido, cuando un ruido, no muy fuerte, me hizo mirar hacia el exterior. Fruncí el gesto y apreté la mandíbula al volverlo

a escuchar. Me acerqué a mi puerta e hice fuerza para abrirla, echando el cuerpo encima de ella para conseguirlo.

Salí cayendo al suelo y después de unos segundos de dolor intenso, observé todo lo que tenía alrededor. Hasta que di con el otro coche, el que había tenido peor suerte que el mío. Había chocado frontalmente, clavándose en un árbol, tenía el morro chafado por completo. Me levanté como pude, muy torpe, y caminé despacio y descoordinada hacia él.

Cuando llegué a la altura de la ventanilla del conductor, la imagen del padre de Novak, Alfonso, me nubló más la vista, por la rabia e impotencia que sentí.

—Eres un desgraciado, ojalá no salgas de esta y tengas tu merecido —siseé con asco, teniendo que apoyarme en la chapa del vehículo—. Vas a pagar por todo el daño que has hecho en tu vida, púdrete en el infierno que es adonde perteneces.

Entreabrió los ojos por unos segundos e hizo el intento de moverse, pero no pudo conseguirlo. Sin apartar la vista de él, vi cómo volvía a perder el conocimiento.

Di varios pasos hacia atrás, conteniéndome porque, a pesar de no tener fuerzas, todo en mí me impulsaba a lanzarme sobre él para dejarlo peor de lo que estaba, si es que seguía respirando. Poco me importó en ese instante, mis recuerdos me atormentaron. Por culpa de él aborté y estuve a punto del colapso, debido a unas pastillas que me disolvió en un refresco, un día que fui a comer a su casa. Por su culpa mi padre sufrió un infarto, por los problemas que le ocasionó. Por su maldita culpa, un Novak joven fue un títere en sus manos y lo alejó de mí de la peor manera, acabando con nuestra relación con mentiras horribles sobre mí. Y la vida que le había dado a Maite...

No, aunque suene duro, no iba a mover ni lo más mínimo para ayudarlo. Le di la espalda y regresé a mi coche, donde debía estar para cuidar de Maite. Entré en el interior y me tomé unos segundos para descansar por el esfuerzo que había hecho. Apoyé la cabeza en el asiento sintiendo que la vista se me nublaba e intenté no perder el conocimiento.

Fue imposible controlarlo, fue imposible mantenerme despierta, pero antes de dejar de ser consciente de todo, incliné el cuerpo hacia un lado y me quedé apoyada en el de Maite, necesitando sentirla de alguna manera.

—Ya queda poco... —Escuché mi voz lejana, antes de que todo se cubriera de oscuridad a mi alrededor, antes de perder una batalla que era imposible de ganar.

,

a

,

,

l

Capítulo 24



Novak

—Todo ha salido rodado, tío. —Rio Luc, haciéndome sonreír y asentir.

—Lo tenemos. —Levanté la carpeta que contenía la firma del cliente, mientras caminábamos hacia el coche—. Y solo queda ir al hotel, recoger el equipaje e irnos.

—¿Ganas de llegar a tu nidito de amor? —Me dio una palmada en la espalda.

—No te imaginas cuántas —negué.

Tal y como le dije lo hicimos nada más montarnos. Antes de salir de la habitación del hotel, teniendo la maleta conmigo, la que había dejado cerrada antes de irme hacia la última reunión, llamé a mi madre para saber cómo iba. Los tonos sonaron hasta que se cortó. No me extrañó porque si lo había dejado lejos, hasta que lo cogiera, podían pasar varios minutos. Me la devolvería enseguida.

Salí de la habitación encontrándome a Luc en el pasillo, esperándome. Dejamos el hotel y volvimos a estar subidos en el coche. Al poco de empezar a circular dirigí la mirada hacia la pantalla del móvil, pensativo.

—¿Qué pasa? —me preguntó Luc, al notarme demasiado callado.

—He llamado a mi madre antes de salir y con el tiempo que hace, ya debería saber algo de ella.

—Lo mismo sigue con Olaya. Para una vez que sale de casa...

—No lo creo, es muy tarde. —Eran las siete y cuarto de la tarde.

Para asegurarme marqué el número de teléfono de Olaya, obteniendo el mismo resultado, que los tonos sonaran sin que descolgara.

—¿A que se han ido de tiendas? —dijo despreocupado Luc, queriendo mostrarse así, otra cosa fue lo que pensó porque cuando giré unos segundos la cabeza hacia él, para decirle que eso era menos probable aún, me encontré con su preocupación.

—Mierda... —Dejé salir el aire despacio, apretando el volante.

Pisé un poco más de la cuenta el acelerador, sintiendo que algo no estaba bien. No sabía lo que era, pero un sentimiento que no me gustó nada se apoderó de mí, poniéndome intranquilo. Quince minutos después, exactos, volví a llamar a las dos.

—¿Qué cojones pasa? —susurré descomponiéndome cada vez más.

—Enseguida llegamos, Novak. —Intentó animarme Luc.
a

—Queda más de media hora, joder. —Golpeé el volante.

—¿Quieres que conduzca yo?

—No —respondí rápido y aumenté la velocidad, concentrado en la carretera, con la necesidad de acortar el tiempo de llegada.

—Seguro que no es nada —dijo en tono bajo mi amigo y asentí necesitando aferrarme a esa posibilidad.

El resto del trayecto nos mantuvimos callados, mientras yo continuaba haciendo intentos. Los resultados fueron los mismos y cuando cogí el desvió hacia la autopista que llevaba directamente hacia nuestra ciudad, volamos sobre el asfalto, literalmente. Me importaron una mierda las multas que me llegaran, solo quería tener respuestas.

Elegí ir primero hacia la casa de mis padres. Cuando llegamos, porque Luc se empeñó en acompañarme, paré el motor después de estacionar casi enfrente y me bajé rápido, corriendo hacia la entrada seguido por mi amigo. Abrí con mis llaves y el silencio que me encontré, con todas las luces apagadas, me puso el vello de punta.

—¿Mamá? —Me dirigí rápido hacia su habitación, para comprobar si estaba dormida.

Al abrir la puerta me la encontré vacía y volví a maldecir. En las condiciones que estaba no podría soportar tantas horas sin descansar. Saqué el móvil del bolsillo y marqué su número, para saber si estaba en la casa. No se escuchó nada. Colgué y volví a llamar al de Olaya.

—Me cago en todo, joder. —Me apreté la frente, intentando encontrar una lógica para no perder los nervios.

—¿Por qué no pruebas a llamar a los padres de Olaya o a sus amigas? Lo mismo saben algo o están juntos, yo qué sé. Te esperaban más tarde, nos hemos adelantado.

—Sí —asentí porque me aferraba a todo lo bueno con tal de no irme hacia lo peor.

Primero llamé a Iraide. Ella sí que atendió mi llamada, pero me dijo lo mismo que yo sabía, que Olaya había salido a comer con mi madre. No pudo aportarme nada nuevo. Se lo agradecí y colgué, preparado para hacer la siguiente, pero la pantalla se iluminó, saltándome una a mí. Tragué saliva y descolgué rápido al padre de Olaya, a Matías.

—¿Sabes dónde están mi madre y Olaya? —Me moví por el salón, nervioso— ¿Matías? —Me paré de golpe, sintiendo un escalofrío recorrerme.

—¿Cuánto te queda para llegar? —Fruncí el gesto.

—Acabo de hacerlo, estoy en la casa de mis padres y está vacía. No es normal... ¿Por qué no me has respondido?
—Quise saber con tono seco y cortante.

—Hijo, han tenido un accidente con el coche.

—¿Qué...? —Me faltó el aire y tuve que sentarme en el sofá que tenía al lado.

—No voy a decirte nada más hasta que nos veamos en el hospital. Aurora y yo vamos de camino hacia él, nos acaban de llamar para decirnos lo que ha sucedido.

—¿A cuál?

—Al General.

í

—Voy para allí. —Colgué dejando caer la mano y me levanté de un salto para salir corriendo hacia la puerta.

Luc se mantuvo callado. Al haberse puesto a mi lado había escuchado la conversación. Me siguió y me quitó las llaves antes de volver a subirnos al coche. Lo dejé hacerse con el control porque en ese instante no estaba ni para pensar. Los veinte minutos que tardamos en llegar se hicieron interminables.

Entré acelerado al interior, yendo directamente hacia la sala de espera. Me paré en la puerta y la recorrí con la vista. Matías me vio primero y yo lo localicé cuando se levantó, haciéndome una señal para que lo hiciera. Caminé hacia él junto a Luc.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo están? ¿Qué os han dicho? —Necesité saber después de abrazarlos y de presentarles rápido a Luc.

—Siéntate —me pidió Aurora.

—Estoy bien así. —Pasé la mirada de uno a otro, al no obtener respuesta.

Sus miradas de preocupación y tristeza se me atravesaron, eso sin contar los ojos enrojecidos de la madre de Olaya.

—Vamos mejor fuera. —Señaló la puerta Matías—. Enseguida volvemos. —Se dirigió a su mujer.

Aurora asintió ocupando otra vez la silla y bajó la cabeza, cerrando los ojos. Miré a Matías cuando sentí que me empujaba para que me moviera y lo hice por inercia, no porque fuera consciente de lo que hacía. En el exterior, cuando empezó a contarme lo que sabía, la sangre me hirvió al conocer la verdad.

Por unos instantes perdí la puñetera cabeza, se me fue por completo y la tomé con la pared del hospital. Fue el padre de Olaya el que me sujetó, bloqueándome para que no siguiera haciéndome daño. Y como si retrocediera en el tiempo, como si no tuviera más de cinco años y necesitara el consuelo de un adulto, me dejé abrazar por él, desconsolado, entre palabras susurradas para que me tranquilizara.

—Sabemos toda la información porque Olaya en una de las veces que ha recobrado el conocimiento, le ha dado tiempo a contarla. —Aflojó el agarre sobre mí, separándose—. ¿Mejor?

—Sí —confirmé susurrando, frotándome la cara.

—¿Ningún médico ha dicho nada? —preguntó Luc, poniéndose a mi lado.

—Por ahora, no.

—Dios mío... —Me pasé las manos por el pelo, revolviéndomelo.

—Esperemos que pronto sepamos algo —añadió Matías y asentí medio ido, con la vista desenfocada.

—Si les pasa algo... —susurré con rabia contenida.

Ninguno hizo ningún comentario, se mantuvieron callados, lo que agradecí porque me iba a explotar la cabeza. Nos quedamos unos minutos más en el exterior, hasta que entramos para estar con Aurora. En cuanto su marido

llegó a su lado se abrazaron, Luc y yo ocupamos las sillas que quedan hacia el lado derecho, a continuación de Matías.

Nuestros amigos, los de Olaya y los míos, fueron llegando con expresiones preocupadas. Todos, sin excepción, nos mantuvimos en la sala de espera del hospital, dándonos apoyo.

—Familiares de Olaya. —Escuchamos la voz de una mujer y la buscamos. Nos levantamos al momento y nos dirigimos hacia ella.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó Aurora, sin poder dejar de frotarse las manos.

—Acompañenme. La doctora quiere hablar con ustedes para informarles de un asunto —pidió mirándonos a todos.

Los padres de Olaya dieron un paso al frente y cuando sentí la mano de Aurora agarrar la mía, para que me uniera a ellos, pude volver a respirar. La miré agradecido y me sonrió con cariño, asintiendo.

Los tres la seguimos, hasta que llegamos frente a una puerta y nos dio paso.

—Buenas noches. —Se levantó otra mujer, aclarándonos a continuación quién era—. Soy la doctora que ha atendido a Olaya. —Se presentó ofreciéndonos la mano.

—Doctora, ¿cómo está? —Esa vez fui yo quién me adelanté.

—Estable y despierta. —Sonrió—. No corre ningún peligro. —Los tres soltamos de golpe el aire—. Necesitaré reposo, son varios los traumatismos que ha recibido por el impacto, pero después de todas las pruebas que hemos realizado, no hay nada por lo que debamos preocuparnos.

—Gracias —asintió Aurora, retirándose las lágrimas de la cara. Matías la abrazó al instante.

—Es fuerte y joven, se recuperará perfectamente.

—¿Y mi madre? La acompañaba en el coche —pregunté nervioso.

—No puedo darte ningún dato exacto, la han atendido otros compañeros. —Se me vino todo encima, otra vez—. Lo único que puedo decirte es que están terminando de intervenirla en este momento.

—Está muy débil y enferma —susurré.

—Tranquilo, lo sabemos. Tenemos su historial —asintió—. Ahora seguiré hablando sobre ella, pero les comento que el otro conductor no ha sobrevivido a la operación que le estaban realizando de urgencia.

Silencio absoluto por parte de los tres, eso es lo que recibió como respuesta la doctora. ¿Me alegré? No. ¿Me importó o afectó? Tampoco. Simplemente me dio igual y por mal que suene y duro que parezca, sentí alivio instantáneo al saber que mi padre había fallecido después de intentar quitarles la vida a mi madre y a Olaya.

—Vuelvo al caso de tu madre, lo que me lleva a hablar de vuestra hija también. —Llamó nuestra atención la doctora.

—¿Qué pasa? —preguntó Aurora, nerviosa. Yo fruncí el gesto, poniéndome en tensión.

—Olaya ha sido muy clara en la petición que nos ha hecho. Está lúcida, es mayor de edad, nos ha aportado todas las pruebas que necesitamos, pero es nuestra obligación poner en conocimiento de los familiares la situación.

—¿De qué habla?

—Quiere donar parte de su hígado a tu madre —me respondió.

—¿Qué? —dijo con un pequeño grito Aurora, yo me quedé paralizado.

—Lo tenía pensado desde hace un tiempo. —Empezó a hablar Matías, captando nuestra atención—. Ya sabéis cómo es, cuando toma una decisión es difícil hacerla cambiar de parecer, por no decir que es imposible. Vino a mi despacho y me contó la decisión que había tomado. Se informó bien, habló con médicos y le hicieron todas las pruebas pertinentes para saber si era compatible con tu madre, Novak.

»Hace poco le dieron los resultados. Lo es, y lo tiene aún más claro desde que lo sabe. Quiere ser su donante. Nunca quise quitarle la intención, lo único que hice cuando me lo contó es decirle que era una decisión muy importante y que debía tener en cuenta todas las posibles consecuencias. Como ha dicho la doctora, es adulta y está en todas sus facultades para decidir qué hacer con su vida.

—Pero, Matías... —habló Aurora, con voz ahogada.

—Sé que da miedo, cariño. —La abrazó, consolándola—. Mucho, pero tienes que sentirte muy orgullosa por lo que quiere hacer y feliz porque es la única posibilidad que tiene Maite para vivir.

—Así es, como bien has dicho —me miró la doctora, yo todavía estaba *shock* por toda la información—, tu madre está muy débil y yo añado que le queda poco tiempo. Olaya ha remarcado que no va a salir del hospital sin donárselo. No es una operación de las que realizamos continuamente porque no es habitual, pero los cirujanos especializados están cualificados para llevarla a cabo.

—¿Pero si le quitan parte del hígado podrá hacer vida normal? —Quiso saber su madre.

—Sí, en cuestión de diez o doce meses los hígados estarán regenerados por completo y estarán como nuevas, las dos. Lo que no quiere decir que vayan a tardar tanto en recuperarse. Lo harán mucho antes con las debidas recomendaciones porque es el único órgano que, aunque no esté formado y no tenga su tamaño normal, sigue haciendo su función igualmente.

»Refiriéndome a tu madre que es la que recibe un órgano que no es suyo, deberá tener más cuidado y tomar una medicación de por vida, para evitar posibles rechazos. A pesar de ser compatibles, el cuerpo de la receptora lo verá como una intrusión. Solo eso. Vida sana, ejercicio, cuidados y a vivir. —Nos sonrió.

—Quiero ver a Olaya —pedí con voz ronca.

—Claro, a partir de ahora y hasta que se programe la intervención puede recibir visitas. —Se levantó la doctora— Acompáñeme. —Caminó hacia la puerta.

—¿Puedo ir primero? —les pregunté a sus padres.

La sonrisa que me dedicaron, emocionados por todo el conjunto, me hizo saber que estaban de acuerdo. Recorrí los pasillos junto a la doctora, hasta que me indicó dónde estaba Olaya, parándose al lado de una puerta. Agarré el pomo y abrí, dando unos pasos dentro. La encontré tumbada en la cama, con los ojos cerrados, pero no tardó en abrirlos, dedicándome una sonrisa. A pesar de ese gesto su expresión era de tristeza.

i

—Novak... —susurró tragando saliva y me acerqué rápido a su lado, dándole un beso en los labios.

—Shhh... no te esfuerces. Tienes que descansar —le pedí con la frente apoyada en la suya—. ¿Cómo estás? —susurré acariciándole la mejilla.

—Muy dolorida y cansada —soltó un suspiro.

—Lo siento mucho, cariño.

—No —negó despacio—. No vuelvas a sentirme culpable, por favor.

—Ha intentado mataros, Olaya.

,

—Solo él. —Dejó claro y asentí.

—Me he vuelto loco. —Cerré los ojos por unos instantes.

—Una parte ya ha pasado. He preguntado por tu madre a la última enfermera. Me ha dicho que están terminando de intervenirla, pero que va bien. —Sonrió—. También sé lo de tu padre. —Se puso seria.

—No quiero que aparezca nunca más entre nosotros. —Apreté la mandíbula y asintió emocionada—. ¿Por qué?
—Quise saber separándome para observar de cerca cada detalle de su expresión.

—¿Eh?

—¿Por qué quieres donarle parte de tu hígado a mi madre?

—Porque la quiero, porque te amo, porque tuve el impulso de hacerlo cuando me contaste de qué se trataba el trasplante.

—¿Desde ese momento? Fue cuando fui a tu apartamento la primera vez.

—Sí, desde ese instante lo tuve claro. Me he hecho las pruebas de compatibilidad, solo lo sabía mi padre. Siento haberlo mantenido en secreto, pero sé que me habrías quitado la intención si te lo hubiera contado.

—Me da miedo que lo hagas, yo... —Tragué saliva, sintiéndome indefenso porque no estaba en mi mano la solución.

—También nos lo da que tu madre muera, Novak —asentí retirándome la humedad de los ojos—. Todo está bien, tenemos la solución, por fin, y por eso no puedo mirar hacia otro lado. Lo tengo claro y necesito que lo aceptes.

—¿Te he dicho que te amo?

—Así no.

—¿Cómo así?

—Con la nariz roja y los ojos llorosos. —Me dedicó una sonrisa preciosa.

—Te amo, Olaya Ariza y quiero que me prometas que vas a comportarte bien mientras te operan y que vas a regresar junto a mí —susurré—. Prométemelo, por favor. —Tragué saliva.

—Te lo prometo. —Lo hizo acariciándome la cara y cerré los ojos con fuerza.

—Cuando llegue el momento estaré esperándote, siempre lo haré.

Volví a unir mis labios a los suyos, necesitando sentirla para interiorizar que estaba junto a mí. Durante el tiempo que estuve haciéndole compañía no me aparté ni un momento de su lado, hasta que tuve que salir para que entraran sus padres. Nos despedimos con besos, con ganas de que la subieran pronto a una habitación para así no tener limitaciones de tiempo.

En la puerta me encontré con Matías y Aurora, esperando. Nos abrazamos emocionados y me hicieron el relevo. Cuando aparecí en la sala de espera informé a todos nuestros amigos de su estado y de la decisión que había tomado Olaya. A mi alrededor todo fueron alegría y felicidad por las buenas noticias, con alguna pequeña preocupación, pero primó todo lo positivo porque pudieron quedarse tranquilos.

Gracias a todos pasé las siguientes cinco horas sin desesperarme. Estuvieron apoyándome, muy pendientes de mí, hasta que la enfermera que salió para llamarnos por Olaya se dirigió a mí directamente, para llevarme otra vez dentro. La emoción fue máxima cuando un doctor me informó del estado de mi madre. Fue entonces cuando empecé a tener el control sobre mí mismo porque durante todo el tiempo que pasó, temí lo peor al estar tan delicada.

Según sus palabras la operación había sido un éxito y estaba saliendo de la anestesia. Necesitaría estar ingresada mínimo dos semanas en cuidados intensivos dado su historial, pero se mostró muy positivo con todo, sabiendo que el trasplante estaba próximo. Le habían informado y me comentó que lo tendrían todo preparado para realizarlo en cuanto mi madre tuviera las fuerzas suficientes para afrontar otra operación.

Me dejaron entrar a verla durante diez minutos. Lo hice con una mascarilla, un gorro, una bata y unos guantes que me dieron, por protección hacia ella. Verla respirando, aunque tuviera los ojos cerrados y muchos cables alrededor, me hizo emocionarme y volver a llorar.

—Mamá... —susurré.

—Novak... —dijo casi imperceptiblemente.

—No digas nada, con verte me vale. —Le acaricié una mano con ganas de darle un beso en la cara, aunque fuera con mascarilla, pero no me atreví. Cuanta más precaución, mejor.

—Te quiero, hijo.

—Yo también, mamá. Mucho.

—Estoy muy cansada —susurró.

—Shhh... duérmete, estoy aquí. Tendré que irme, pero volveré en el horario que me digan.

—¿Olaya?

—Está bien, esperando verte porque tiene algo muy importante que decirte.

—¿Me vais a hacer abuela?

—Todavía no, creo. —Sonreí con cariño—. No te agotes, descansa.

Cerró los ojos sin fuerzas para no decir nada más y yo no aparté los míos de su imagen, por miedo a que hubiera algún cambio. Poco tiempo pude estar a su lado, pero su estado era demasiado delicado como para pedir un poco más por ser la primera vez.

El tiempo pasó y evolucionó muy bien, no todo lo rápido como era lo normal, pero el resultado, aunque más lento nos tranquilizó a todos. Después de dos semanas salió de la UCI, a la que solo accedí yo. A pesar de que la subieron a una habitación, limitaron mucho las visitas por cautela.

—Mira quién está aquí —dije al entrar a verla.

—¡Olaya! —La recibió mi madre, ilusionada.

—Me ha dicho un pajarito que te está gustando mucho estar tumbada en esta cama, ¿eh? Eso no puede ser. —Se acercó a ella, quedándose a cierta distancia.

Todavía quedaba algún rastro de evidencias del accidente en Olaya, pero a los tres días después de que sucediera ya se levantó por sí misma de la cama. Dolorida y con muchas molestias, pero lo hizo, acelerando su recuperación.

—Ya me gustaría salir corriendo. —Sonrió mi madre.

—Poco a poco, a ver si ahora nos vas a ganar a tu hijo y a mí. —Sonrió pícaro—. ¿Cómo te sientes, Maite?

—No dejo de estar cansada, pero las enfermeras y el doctor siempre me dicen que voy a mejor.

—Es así, mamá. Y mejor vas a estar, ya lo verás —asentí.

—Tengo algo que decirte, Maite. Pedí que no hablaran contigo hasta ser yo quien lo hiciera.

—¿Qué pasa? —Nos miró a los dos, preocupada, al ver el cambio en nuestras expresiones, más serias.

—Nada malo, es muy bueno. Tranquila —dijo Olaya sentándose en un taburete—. Quiero que me escuches hasta el final, que no me interrumpas y a poder ser, que no digas nada negativo cuando termine.

—¿Nada? ¿Negativo?

—Ajá.

Fruncí los labios, divertido, poniéndome detrás de ella. Dejé las manos en sus hombros y por unos segundos levantó la mirada hacia mí, sonriendo. Asentí después de hacerle un guiño, para que empezara.

—En dos días vuelven a intervenirte, para hacer el trasplante de hígado. —Mi madre agrandó los ojos, conteniendo la respiración—. Y lo vas a recibir de mí. —Más lo hizo, sin salir del asombro, quedándose paralizada—. Todo va a ir bien. Entraremos las dos a quirófano y saldremos divinas después de unos retoques por aquí y por allá.

—¿No vas a decir nada? No puede hacerlo. —Las palabras de mi madre fueron dirigidas hacia mí, asustada por ella.

—¿Yo? —Me señalé—. Si he aprendido algo en estos años, es cuando tengo que mantenerme callado. —Apreté los labios, divertido.

—¿Has visto lo bien enseñado que lo tengo? —dijo Olaya, y tanto ella como yo reímos por la broma.

Mi madre no pudo hacerlo, entre emocionada, preocupada y muchos sentimientos más recorriéndola.

l.

—No sé qué decir... No puedo... —tartamudeó, dejando en libertad las primeras lágrimas.

—No tienes que decir nada y claro que puedes, con todo —susurró Olaya emocionándose, agarrándola de una mano—. Vas a vivir, te queda un camino muy largo por recorrer junto a nosotros. —Le acaricié los hombros, con un nudo en la garganta.

—Hija, ¿estás segura? Aunque esté la posibilidad, no quiero que...

—¿Sabes que a cabezota no me gana nadie? —la interrumpió levantándose, dándole un beso en la mano que no le había soltado— Quiero verte fuera de aquí caminando como cualquier persona normal, que rías sin ningún miedo oculto, que sonrías ampliamente ante la vida que te espera por descubrir, librándote de todos los temores que llevan durante mucho tiempo pesándote y atormentándote. Quiero que disfrutes de nuestra felicidad y que busque

la tuya propia. Y lo vas a hacer todo teniendo una parte de mí en ti.

Mi madre rompió a llorar desconsolada, Olaya lo hizo más contenida aguantando el tipo y yo, yo solo puedo abrazarla por la espalda, rodeándola con los brazos y pegándola a mí, muy emocionado y llorando en silencio, amando con todo mi corazón a las dos mujeres que tenía a mi lado.

;

s

la tuya propia. Y lo vas a hacer todo teniendo una parte de mí en ti.

Mi madre rompió a llorar desconsolada, Olaya lo hizo más contenida aguantando el tipo y yo, yo solo puedo abrazarla por la espalda, rodeándola con los brazos y pegándola a mí, muy emocionado y llorando en silencio, amando con todo mi corazón a las dos mujeres que tenía a mi lado.

Epílogo



Nueve años más tarde...

Olaya

Aferrarse a la vida, de eso se trata, con todas las consecuencias. Porque hacerlo, a pesar de todos los altibajos que nos encontramos, siempre merece la pena. Es una verdad indiscutible que no somos conscientes del valor que tiene el estar sanos hasta que se nos niega, esa es la realidad.

Sonreí viendo a Maite riendo junto a Mario mientras se echaban agua en la piscina, su nieto y el hijo de Novak y mío. Tenía seis años y no era hijo único. Por algún rincón de la casa debía estar Beka de cuatro años, seguro que haciendo alguna travesura porque no se la oía.

Escuché unos pasos a mi espalda y me giré, soltando una carcajada en cuanto vi a Novak levantando las dos cejas varias veces, con Beka subida a sus hombros. La pequeña se había pintado la cara con una barra de labios y cuando se pararon a mi lado, me dejó claro lo que le parecía su obra de arte.

—Beka está guapa.

—Estás preciosa cariño —negué dándole un beso en una pierna, en el poco trozo que le quedaba limpio.

Novak la bajó al suelo y no tardó en salir corriendo para unirse a su abuela y hermano en la piscina. Sentí los brazos de Novak rodearme por la cintura. Me pegó a él y me dio un beso en la cabeza mientras mirábamos la escena que teníamos delante. Beka no se lo pensó, llegó al filo de la piscina y saltó, sin saber nadar. Maite soltó un grito, asustada y se acercó hacia ella rápido. En cuanto sacó la cabeza del agua, agarrada al cuello de su abuela, rió con ganas.

—Tiene a quién parecerse —susurró Novak en mi oído.

—Sí, ¿eh? —Carraspeé.

—No hay ninguna duda. —Rio, divertido.

—Yo era más tranquila —me quejé.

—¿Seguro? ¿Quieres que se lo pregunte a tus padres cuando lleguen?

—Calladito estás más guapo —negué varias veces—. Como saques el tema, mi madre no lo deja hasta que se vaya.

—Vas a tener que pagar por mi silencio. —Me lamió el cuello y un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza, quedándose concentrado en una zona concreta, por la parte media.

—No empieces algo que no puedes terminar. —Jadeé al sentir su mano ponerse sobre mi sexo por encima de la ropa, protegido de la vista de todos por la mesa que teníamos delante.

—¿Quién dice que no puedo terminarlo? Los niños están con su abuela y el resto de los invitados al menos tardarán media hora en llegar, tiempo suficiente para hacerlo rápido y duro. Sígueme para más consejos —dijo de carrerilla y entró en casa.

—Jolines... —Bufé y no tardé en seguirlo, corriendo hasta saltar sobre su espalda, subiéndome a ella, provocando que los dos riéramos.

¿Lo hicimos? Sobra decirlo, pero igualmente os lo confirmo. Nos encerramos en la habitación y ni siquiera llegué a la cama. Me levantó el vestido veraniego por detrás y me retiró la braga del bikini mientras me llevaba hacia un sillón que quedaba cerca de la puerta. Gemí cuando me inclinó sobre él, al sentir sus dedos recorrerme el sexo, acariciando y arrastrando la primera humedad provocada por él.

—Va a ser rápido, abre las piernas —me pidió con voz ronca y volví a jadear cuando introdujo un dedo en mi interior, el que sacó y lamió, haciéndomelo saber al detalle, con palabras.

Liberó su miembro, apartó más la braga y lo resbaló por cada pliegue hasta humedecerse. Cuando me tuvo como quería, ayudado por sus dedos en el clítoris, entró en mi interior de un solo movimiento, provocando que me apoyara en el brazo del sillón, agarrándolo con fuerza. La posición era la perfecta para que me manejara como necesitaba, y así lo hizo, llevándome al borde la locura mientras entraba y salía con movimientos duros y fuertes, los que fue aumentando de velocidad hasta alcanzar un ritmo frenético. Me corrí desesperada, cayendo desmadejada en el sillón, mientras él terminaba de saciarse, hasta que me igualó.

Con las respiraciones aceleradas salió de mí y me quejé por perder su contacto y calor, lo que lo hizo reír.

—Por la noche será en condiciones. —Me adelantó restregando su semen por mi sexo, con los dedos. Apreté los labios con fuerza por el placer que sentí al centrarse en mi punto de placer sobreexcitado.

—¿Aguantarás? —pregunté sofocada, mordiéndome el labio inferior y cerrando los ojos cuando aceleró los movimientos.

—No lo sé. Me lo pones muy difícil, Olaya —siseó.

—Mmm... Voy a ponértelo, muy, pero que muy difícil —gemí cuando volvió a entrar en mí.

—Habrá que aumentar la dosis —dijo con voz ronca, empezando a moverse otra vez.

A pesar de haberse corrido, con los movimientos insistentes que volvió a hacer, su erección se puso otra vez dura y tensa en mi interior, llevándonos a la locura por segunda vez, mientras sus dedos se movían sobre mi clítoris con el mismo ritmo. Estallamos en otro orgasmo que duró más que el anterior, tanto para recibirlo, como lo que tardamos en recomponernos.

—¿Bien? —dijo cuando me giré, quedándome sentada en el brazo del sillón.

Asentí en silencio mientras se colocaba bien el bañador. Sonriendo de medio lado, me quité el vestido delante de él y me incorporé, desprendiéndome de la braga del bikini también. Se la lancé a la cara y corrí entre risas al baño encerrándome en él porque se acercó a mí para continuar. ¿Haciendo qué? No lo supimos y no dimos pie a saberlo ninguno de los dos porque el timbre sonó cuando intentaba abrir la puerta, arrastrándome con ella.

—Salvada por el timbre. —Escuché su voz alejándose, riendo.

—¡Si lo que quiero es que me atrapes! —me quejé abriendo, viendo cómo salía de la habitación con una sonrisa de medio lado.

—No me tientes más que la liamos. —Bufó y esa vez reí yo, excitada y divertida a partes iguales.

Esto que acabábamos de vivir y lo que conocéis hasta ahora, puede ser un resumen perfecto de mi vida junto a Novak, mi marido. Nos casamos en cuanto estuve recuperada por completo del trasplante, al igual que su madre. No hace falta que os diga que todo salió genial, ya lo habéis comprobado porque Maite estaba perfecta y feliz, y yo, pues con una vida plena llena de amor, pasión y alegría.

Es innegable que fue duro el momento en el que se llevaron a cabo las intervenciones. La mezcla de sentimientos fue muy contradictoria: felicidad por Maite y miedo por mí. La primera en entrar al quirófano fui yo, lógicamente y después de muchas horas de intervención, lo hizo Maite, dispuesta a recibir una parte de mí.

Sonreí frente al espejo del baño, después de asearme y de cambiarme de bikini. El rubor cubría mis mejillas, mis ojos brillaban más de lo normal y la sonrisa parecía pintada en mi cara. Soltando un suspiro, salí para recibir a los invitados que habían llegado. Amplié la sonrisa al ver a mis padres hablar con Maite, mientras Novak jugaba con los pequeños.

—Papá, mamá... —llamé sus atenciones y nos abrazamos.

Entre ellos todo seguía igual de bien y mi padre continuaba con su empresa, despuntando en el sector porque desde que la empresa Emerson pasó a controlarla Novak junto a mi padre, la unificación hizo que no hubiera competencia posible. Yo seguía ocupando mi puesto, pero con la diferencia de que por las mañanas lo hacía en la oficina y por las tardes, desde casa, tranquilamente, disfrutando también de los niños. Novak continuó en el mismo trabajo que tuvo desde que regresó a España, y lo complementó con la nueva aventura que fue tomar las riendas de la empresa que le quedó en herencia.

1

Ah, y un dato importante sobre Maite, había encontrado el amor, esta vez de verdad. ¿Quién era el afortunado? Patrick, el doctor que la atendió después de que sufriéramos el accidente de coche y el que realizó el trasplante. La que surgió en el quirófano perduraba en el tiempo, aunque a ella le costó asimilar el nuevo rumbo que tomó su vida. Patrick le dio todo el tiempo que necesitó y la paciencia que lo caracterizaba, yendo poco a poco, hasta que se enamoraron perdidamente. En la comida que habíamos organizado se notaría su ausencia, pero era por obligación porque tenía guardia en el hospital.

,

³Debo decir que mi padre ganó judicialmente todas las demandas que le puso a David, de la empresa Debon, y que nunca más volvimos a saber de él. Y suerte que fue así, porque Novak se la sentenció por increparme en la calle e intentar pasar los límites.

Cuando el timbre volvió a sonar fui hacia la puerta y sonreí al ver a todos nuestros amigos juntos. Iraide agarrada del brazo de Basil, Félix sujetando de la cintura a Salma y, como no podía faltar, Luc, el compañero y amigo de todos a esas alturas, acompañado de Paula, a la que abrazaba por los hombros. Sí, mi mano derecha en el trabajo, Paula. Los más pequeños, la descendencia, se metieron entre nuestras piernas y entraron corriendo para unirse a los míos, dispuestos a disfrutar del agua y de la diversión.

Ahora mismo entro en detalle de todos ellos...

Sobre Iraide y Basil solo puedo decir que la flecha que impactó en ellos aquella noche en la discoteca, no se había roto ni astillado en ningún momento con el paso del tiempo. Recibieron tal flechazo que no tardaron en irse a vivir juntos y se casaron cuatro meses después de empezar mi recuperación y la de Maite. Tenían dos hijos, mellizos, Paul y Carolina. Parece mentira que pasas la vida viendo a una persona, coincidiendo con ella, haciéndola habitual, y, de repente, de la noche a la mañana, porque es lo que les sucedió a ellos, empiezas a mirar con otros ojos y significado a quien tienes delante. Eran muy felices, habían formado una familia preciosa y se llevaban de maravilla porque eran tal para cual.

Félix y Salma estuvieron tonteando durante varios meses. Ninguno de los dos se decidía a dar el paso definitivo. Pero eso cambió una noche, saliendo de un restaurante en el que cenamos todos juntos, Salma se encontró de frente con su ex, Santiago, y la increpó al ir pasado de alcohol. Aunque siendo sincera no tenía que estarlo para amargarla. Ese fue el momento en el que Félix lo cogió del jersey y lo levantó, dejándole bien claro que como se le ocurriera decirle algo más a su mujer, o a molestarla de alguna manera, la próxima vez que lo viera se lo dejaría tan claro que terminaría por no poder ver de la que iba a recibir. Esas palabras fueron mano de santo, en varios sentidos. Consiguieron que Santiago desapareciera de la vida de Salma y provocaron que mi amiga se lo comiera besos en medio de la calle, literalmente, diciéndole que eran una pareja. El comentario efusivo de ella le hizo soltar una carcajada a él, que la cogió en brazos y empezó a dar vueltas. Tenían un niño, Carlos, y Salma estaba embarazada por segunda vez, de cuatro meses.

Ya solo me falta mencionar a Luc y a Paula, con ellos sí que nos llevamos una gran sorpresa. Fue inesperado y un flechazo en toda regla. Hace muchos años atrás, una de las veces que Novak pasaba a tomarse un café conmigo en horario laboral, se presentó en mi despacho con Luc, al que yo ya conocía del hospital, cuando estuve ingresada. Yo estaba ultimando unas cosas con Paula y... Se miraron, disimularon, ella se sonrojó girando rápido la cabeza hacia mí y se le cayeron varios folios al suelo de los nervios, él sonrió de medio lado al darse cuenta, satisfecho. Un resumen rápido de cómo se inició la historia de amor entre ellos y que Luc, antes de irse con Novak, propició al pedirle el número de teléfono a Paula. Estaban casados, por el momento no tenían hijos, pero como ellos siempre decían, ilusionados, tenían los nuestros para disfrutarlos al máximo.

Cuando vives el sufrimiento, el dolor y la desolación, el recibir amor, en el sentido más amplio de él, es una bendición. Se valora mucho más, se le da el significado real que tiene y no se juega en ningún instante a intentar perderlo porque lo que hoy es, mañana quizás no sea.

Sí, la vida es incierta, pero cuando tienes las bases asentadas y cuidas de ellas, por muy en contra que se ponga todo, no hay nada ni nadie que pueda trincar la felicidad a la que te aferras. Novak para mí era el pilar de esas bases, los cimientos de mi mundo, mi compañero de viaje y así seguiría siendo, mientras la vida nos permitiera disfrutar de nuestro amor junto a todos los seres a los que queríamos.

Félix y Salma estuvieron tonteando durante varios meses. Ninguno de los dos se decidía a dar el paso definitivo. Pero eso cambió una noche, saliendo de un restaurante en el que cenamos todos juntos, Salma se encontró de frente con su ex, Santiago, y la increpó al ir pasado de alcohol. Aunque siendo sincera no tenía que estarlo para amargarla. Ese fue el momento en el que Félix lo cogió del jersey y lo levantó, dejándole bien claro que como se le ocurriera decirle algo más a su mujer, o a molestarla de alguna manera, la próxima vez que lo viera se lo dejaría tan claro que terminaría por no poder ver de la que iba a recibir. Esas palabras fueron mano de santo, en varios sentidos. Consiguieron que Santiago desapareciera de la vida de Salma y provocaron que mi amiga se lo comiera a besos en medio de la calle, literalmente, diciéndole que eran una pareja. El comentario efusivo de ella le hizo soltar una carcajada a él, que la cogió en brazos y empezó a dar vueltas. Tenían un niño, Carlos, y Salma estaba embarazada por segunda vez, de cuatro meses.

Ya solo me falta mencionar a Luc y a Paula, con ellos sí que nos llevamos una gran sorpresa. Fue inesperado y un flechazo en toda regla. Hace muchos años atrás, una de las veces que Novak pasaba a tomarse un café conmigo en horario laboral, se presentó en mi despacho con Luc, al que yo ya conocía del hospital, cuando estuve ingresada. Yo estaba ultimando unas cosas con Paula y... Se miraron, disimularon, ella se sonrojó girando rápido la cabeza hacia mí y se le cayeron varios folios al suelo de los nervios, él sonrió de medio lado al darse cuenta, satisfecho. Un resumen rápido de cómo se inició la historia de amor entre ellos y que Luc, antes de irse con Novak, propició al pedirle el número de teléfono a Paula. Estaban casados, por el momento no tenían hijos, pero como ellos siempre decían, ilusionados, tenían los nuestros para disfrutarlos al máximo.

Cuando vives el sufrimiento, el dolor y la desolación, el recibir amor, en el sentido más amplio de él, es una bendición. Se valora mucho más, se le da el significado real que tiene y no se juega en ningún instante a intentar perderlo porque lo que hoy es, mañana quizás no sea.

Sí, la vida es incierta, pero cuando tienes las bases asentadas y cuidas de ellas, por muy en contra que se ponga todo, no hay nada ni nadie que pueda truncar la felicidad a la que te aferras. Novak para mí era el pilar de esas bases, los cimientos de mi mundo, mi compañero de viaje y así seguiría siendo, mientras la vida nos permitiera disfrutar de nuestro amor junto a todos los seres a los que queríamos.

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: [@carlotamanzanoautora](#)

Página de autora: [relinks.me/CarlotaManzano](#)

Twitter: [@ChicasTribu](#)